MVNDO HISPÁNICO



N.° 40 EN ESTE NÚMERO: LOS MALDITOS DEL EXISTENCIALISMO * RÉPLICA A "LIFE" SOBRE LOS PUEBLOS ESPAÑOLES * LOS DINEROS DEL TIO SAM



PRIMERA BIENAL HISPANOAMERICANA DE ARTE Y RETROSPECTIVA DE GOYA

MADRID OTOÑO 1951



MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO-BUENOS AIRES-MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ BELLA
DIRECTOR:
MANUEL JIMENEZ - QUILEZ
REDACTOR-JEFE:
MANUEL SUAREZ - CASO

NUM. 40-JULIO 1951-AÑO IV-15 PESETAS

SUMARIO

Colaboración gráfica: Instituto Nacional de Colonización, de Madrid; Ruiz Vernacci, Michel Simon, Filipacchi, Leo Berger y Jacques Portier, de París, y Press Difusion, de Lausana.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEF. 23-05-26
APARTADO 245 — DIRECCION TELEG.: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 — MADRID

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN, MARSIEGA, S. A. (MADRID) HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRÁFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIÁN) * FOTOGRABADO, FUGUET

Para qué y hasta cuándo

ENTRE los numerosos ataques de la propaganda enemiga que desde julio de 1936 se han ido lanzando como mordiscos inútiles contra la fortaleza granítica del Movimiento Nacional de España, los hubo de todas clases: directos y amenazadores a cargo casi siempre de nuestro enemigo máximo, el comunismo soviético y sus agentes dispersos por el orbe, o aviesos y solapados, salidos, unas veces, de las filas de la emigración política española y de las cancillerías de aquellos países que no se resignaron a contemplar en silencio una resurrección española que, aparte su anticomunismo, tenía fundamentalmente como objetivos propios una profunda reforma social y vital de la existencia española y una plena independencia de la política hispana frente al mundo exterior. La inmensa batahola organizada por las radios y la prensa y los folletos y los libros hostiles a España y a su verdad no ha cesado todavía de obsequiarnos, desde aquella lejana fecha, con los estertores de su rencor. Y no hace sino pocas semanas que, editado en cierta capital sudamericana, ha salido a guiñar los ojos al público en los escaparates la última pirueta de un lamentable payaso disfrazado de nacionalista vasco, que se titula así: «Para qué y hasta cuándo», alegato chismográfico que pretende plantear esos interrogantes referidos al régimen de España como si el Movimiento Nacional no tuviera un intrínseco sentido finalista y su vigencia no fuera como la de todo régimen político estable indefinida en el tiempo e incompatible con las interinidades. Nosotros queremos recoger aquí como resumen de este número de MVNDO HISPANICO aquellas preguntas para darles respuesta adecuada, sin que para ello pensemos, ni remotamente, entrar en polémica con el ladrido rabioso de tal gozquecillo olfateador de esquinas. Deseamos decir una vez más *para qué* se hizo, se consolidó y se mantiene, el espíritu del Alzamiento de Julio. Nos interesa subrayar *hasta cuándo* este espíritu y esta gran sacudida de ánimo del pueblo español deben mantenerse.

Aun a trueque de parecer insistentes resulta obligado señalar aquí la histórica coincidencia en el Alzamiento de Julio de factores enteramente distintos entre sí pero que inevitablemente condicionaron su desarrollo. Nos referimos, claro es, a la génesis interna espiritual y social que obligó al pueblo y al Ejército a levantarse en armas en el verano de 1936 contra una mostruosa tiranía basada en la violencia, que representaba la última fase de la demagogia republicana del Frente Popular, y al hecho de que en ese mismo verano de 1936, la II gran guerra mundial estuviese gestándose febrilmente en las Cancillerías y Estados Mayores de Europa, de Asia y de América. El Levantamiento Nacional tenía razones y motivos tan viscerales que hubiese tenido lugar con el mismo ímpetu, con la misma arrolladora pasión, si—en hipótesis—la República española hubiese sobrevenido diez años antes y su proceso desintegrador y caótico llegara en 1926 o en 1928 a su apogeo. Queremos con ello recordar la absoluta falacia—tan utilizada por la propaganda enemiga—de que el Alzamiento de Julio era una artera jugada de preparación que los fascismos—ya dispuestos a la guerra—lanzaron sobre el mapa de España. Cualquiera que conozca un poco la mentalidad política española de esta centuria sabe bien hasta qué punto los problemas exteriores resbalaban en general sobre la piel de nuestros políticos de izquierda o derecha. Repásese la colección del «Diario de Sesiones» de la II República y difícilmente se hallará una lejana y vaga alusión a los problemas de carácter exterior que eran, sin embargo, en el quinquenio 1931-1935, bastante agudos como para atraer su atención. Tal cual debate académico sobre nuestras aspiraciones tangerinas o mediterráneas hacía bostezar a los honorables diputados y provocaban a veces éxodos totales del hemiciclo hacia el «bar» o los pasillos. En la campaña electoral de febrero de 1936, tan cargada de pasión y de argumentos exhaustivos de uno y otro lado, el problema internacional, el hecho indiscutible de vivir en Europa, de formar parte de un Continente y de un mundo a punto de encenderse en otra inmensa hoguera, no fué suficiente para que un sólo orador de la derecha o de la izquierda, aludiese a ello, ni siquiera de pasada. Tan específicamente nuestro, tan autóctono, tan cerradamente ibérico, era el planteamiento del problema político que nadie se molestaba en mirar hacia afuera, ni en pensar en las inevitables concomitancias que cualquier suceso o sacudida internos habría de tener con la trayectoria

general de la política de Europa y viceversa. Si hubiera sido verdad el decantado argumento de que el Alzamiento Nacional había sido cuidadosamente preparado por el eje Roma-Berlín para ganarse una plataforma militar en la futura guerra, ¿cómo explicar entonces la inverosímil dificultad, la milagrosa improvisación, la providencial genialidad con que Franco y los suyos fueron convirtiendo en victoria militar lo que no había sido en sus comienzos sino un golpe de Estado malogrado? ¿Cómo las ayudas amistosas no llegaron al bando nacional sino después de que el comunismo internacional había desequilibrado la balanza echando en ella la carroña de las brigadas internacionales con sus laboristas incluídos? Para cualquier historiador del futuro será obligado explicar la guerra española como algo distinto de una jugada de ajedrez entre los futuros beligerantes de una guerra mundial; es decir, como la llamarada espontánea de un pueblo que no se resigna a morir, episodio sin filiación posible para ser clasificado entre los que en aquel año y los siguientes, iban ocurriendo en Europa con tono y tendencia inequívocos, como uno más.

Pero la guerra española, una vez iniciada, iba a tomar en lo exterior, y de un modo inevitable, proyecciones definidas. Para nuestro fuero interno era la decisión tajante que resolvía de plano muchas cosas. Eran el honor y la unidad de la Patria mancillados y rotos por la acción y el propósito deliberado de los gobernantes. Eran las garantías personales de los ciudadanos, asesinados a mansalva y a traición. Era la restauración del principio de autoridad tirado por los suelos y escarnecidos. Era la salvaguardia de la fé religiosa perseguida y brutalmente maltratada en edificios, en objetos y en personas sagradas. Era la posibilidad de la convivencia política, rota una madrugada de julio, al ser asesinado por orden del Ministro de la Gobernación, e intermedio de la fuerza pública, el jefe de la oposición parlamentaria del llamado Congreso de los Diputados... Nadie, por flaco que esté de memoria y por exento que se halle de objetividad puede negar que este panorama era el vigente. La guerra española fué un estado de necesidad que obligó a la parte sana de la sociedad a apelar a la violencia para salvar su vida. No se registran en las páginas de la historia del mundo, muchas rebeliones tan legitimadas por el derecho natural y por la moral religiosa, como esta que lanzó a los españoles a empuñar las armas para defender el recinto de sus hogares, la integridad de sus vidas y el derecho a una existencia digna sin campos de concentración ni tiros en la nuca.

Pero este era el ámbito interno. En lo exterior, el perfil del Alzamiento Nacional lo entendieron bien algunos pero lo deformaron en seguida en provecho de sus propagandas casi todos. Cosa curiosa: Quienes mejor atisbaron lo que había de auténtico y de profundo en la Cruzada española fueron los enemigos. El comunismo soviético que observó, no sin preocupación la reacción militar de un país entero contra sus métodos sangrientos de dominio frentepopulista, consideró el precedente como ejemplo peligrosísimo, para sus planes, basados inicialmente en el sopor bobalicón de la burguesía frente al peligro comunista. Los otros enemigos—los históricos—esos recelaron bien pronto de que una España independiente con voluntad propia, pudiera ser otra vez protagonista en el quehacer de Europa. Y ambos, comunistas y democracias de Occidente comenzaron a orquestar—ya desde entonces—la gran campaña de difamación y ataque contra España que había de durar hasta nuestros días. En cambio, muchos, incluso de nuestros amigos, tomaron con excesiva ligereza los accidentes externos como signo de contenidos permanentes y creyeron en un mimetismo fascista y en una eventual solidaridad guerrera para los fines militares y políticos del eje Roma-Berlín. Cuando al término de nuestra guerra—abril de 1939—nuestro Caudillo, después de agradecer de corazón la generosidad de la camaradería de armas, repatrió a sus puntos de destino hasta el último de los voluntarios extranjeros, ya no pudo quedar una sombra de duda en nadie que discurriera de buena fe sobre el carácter netamente español del Alzamiento, sobre sus características peculiarísimas, sobre su total desconexión con los planes militares o estratégicos de las potencias foráneas, sobre la resuelta voluntad de Franco, de mantenerse en todo momento dueño de la situación.

Y así llegó la II Guerra Mundial. Guerra que se planteó absurdamente por todos los responsables de la misma: los dictadores fascistas y los políticos demócratas. Guerra que empezó siendo de amor propio y rencor nacionalista herido; de imperialismo expansionista, en choque con otros; y que acabó convirtiéndose bajo la inspiración soviética en «guerra de las democracias contra los fascismos», excelente *slogan* para la propaganda comunista después de la victoria. En esta gran guerra fuimos neutrales. Y lo fuímos en condiciones a veces desesperadas, porque nada se nos había perdido en tal pleito doctrinal. No éramos demócratas, pero tampoco éramos fascistas. No creíamos que el mejor medio de resolver un problema tan complejo como el de la organización de Estado y la estabilidad social pudiera ventilarse en una guerra universal. No creíamos en superioridades raciales, pero mucho menos nos ilusionaba un vago programa de filantrópicas promesas liberales y electorales. Y, finalmente, entendíamos que el verdadero enemigo—el que sabía lo que quería y adónde iba—era Rusia, la Rusia soviética, incluída de un modo inverosímil entre las potencias de carácter democrático y dispuesta a beneficiarse en la postguerra de los frutos de la victoria y de preponderantes posiciones geográficas, demográficas y políticas, capaces de transformar la historia y el equilibrio de Occidente y aún del mundo entero.

Insistir sobre la exquisita y correcta actitud española parecería ocioso a estas alturas. Ahí están los testimonios de Churchill, de Eisenhower, de los archivos secretos alemanes, del general Jodl, de los embajadores amigos, como Carlton Hayes, y enemigos, como Samuel Hoare. Coinciden todos unánimes, en apreciar la enorme dificultad española para mantenerse en el fiel de la balanza, las presiones que se ejercieron, las mínimas concesiones que se otorgaron, las grandes ventajas que los anglosajones y franceses obtuvieron del lado español y la decisiva ceguera y sordera española para que la ejecución de «Torch» fuera un éxito—el primer éxito aliado—en la guerra de reconquista de Europa.

Pero el fin de esta contienda iba a ser, junto a una aplastante victoria militar, un tremendo caos político. La inenarrable ingenuidad de Roosevelt, y acaso su muerte prematura, la caída de Churchill al primer empuje electoral, la frenética insensatez de la «rendición sin condiciones» y tantos otros errores—peores que crímenes—como en la frase memorable, dieron al traste con la tambaleante Europa y la convirtieron en un montón de escombros humanos y materiales. En Asia, otra cadena de lamentables equivocaciones contrapesaron la rotunda derrota del Japón con la entrega de China entera y otras extensísimas zonas de influencia al ámbito soviético. Pero con todo, no fué ello lo más grave, sino la total insensibilidad para percatarse del peligro, bien claro, sin embargo, para cualquier observador sagaz desde los últimos meses de 1945. El Kremlin hizo desde el primer momento sus jugadas estratégicas y políticas encaminadas al dominio mundial, con fría y astuta decisión. Frente a él, los políticos de Occidente enfrascados en aquellas domésticas disputándose el botín, ensañándose con los vencidos y, sobre todo, haciendo verdaderos alardes de antifascismo ultrademocrático iban entregando una a una todas las bazas del juego a la implacable expansión soviética.

Tuvieron que surgir los aldabonazos violentos de Rumanía, de Hungría, de Yugoeslavia, de Checoslovaquia, el bloqueo de Berlín, la invasión de Grecia, la rebelión de Indochina, la exaltación de Mao y tantos otros episodios que culminaron en la invasión de Corea para que, por fin, ante la

sangrienta realidad, el joven pueblo de los Estados Unidos abriese los ojos ante el abismo que a sus pies se abría. Sus aliados de Occidente, obsequiados por aquél, con una generosidad sin límites, sólo supieron poner objeciones y bastones en las ruedas, al terminante propósito norteamericano de luchar contra el comunismo. Y mientras ellos recibían unas armas que no deseaban y a veces vendían al enemigo—la China roja,—materiales estratégicos, y se oponían rotundamente a que se diesen armas al pueblo de Europa más capacitado para luchar contra el soviet, los jóvenes norteamericanos ofrecían ya un holocausto de 65.000 bajas en los lejanos campos de batalla, cifra impresionante que contrasta con la de funcionarios y sabios de otros países del Pacto del Atlántico, que se pasaban simultáneamente con armas y bagajes al campo enemigo.

Estamos llegando en estos días a los tiempos históricos en que el viraje del pensamiento político de los pueblos de Occidente está siendo decisivo y rotundo. Los gobernantes, aun los más débiles, o los más comprometidos, reconocen la acuciante necesidad de hacer frente al poderoso enemigo, tratan de levantar barreras defensivas, proclaman sus errores de 1945 a esta parte y ventean inquietos la proximidad de una tercera guerra mundial. Harán falta soldados para salvar a Europa de la avalancha roja. Harán falta armamentos modernos. Pero sobre todo hará falta una moral de combate. Una fe política que sea susceptible de erguirse frente al espantajo comunista—peligrosa sirena capaz de cuartear la consistencia de zonas enteras de opinión pública en cualesquiera países. Y esta fé ¿dónde será posible hallarla de un modo ardiente y vivo sino en aquellos pueblos como el español, que han hecho de su credo político un pública afirmación consustancial con el propio Estado, y no sometido, por consiguiente, a vaivenes de sufragio o limitaciones de legalismo trasnochado? El Estado español surgió de las batallas de una guerra ganada al comunismo. Pudo y quiso, naturalmente, ser un instrumento al servicio de la grandeza nacional y también una Institución de ancha base para que en ella cupieran todos los españoles, sin distinción de clases ni ideas. Pero, lógicamente, y advertido del peligro por dolorosa experiencia hecha en carne y sangre propias, montó una guardia defensiva implacable y constante para evitar hasta el mínimo las infiltraciones nocivas. La profilaxis anticomunista ha sido un punto de partida esencial, desde 1939 hasta hoy, en la trayectoria de la política interior española. Obvio resulta decir que esa profilaxis no es solamente represiva—aspecto muy importante y que no hay que minimizar en ningún caso—sino también preventiva en el orden de las realizaciones sociales y de la restauración espiritual y religiosa de las masas populares.

Así, la situación general, por paradójica que resulte, representa a los seis años de aquel solemne acuerdo de Potsdam, que fué el punto de partida de la campaña de aislamiento diplomático y económico de España, como una rotunda afirmación del régimen político español en el vacilante mundo del Occidente democrático. Nosotros, que éramos durante estos años, el «mal ejemplo» que los fariseos del antifascismo denostaban sistemáticamente, empezamos a ser ahora el posible «buen aliado» con el que la potencia mundial número uno desea tratar de un modo directo para un entendimiento profundo. Nuestro Alzamiento, nacido de la reacción heroica y viril de una sociedad amenazada de exterminio y válido en cualquier época de la historia de España en que se hubiera producido, resultó a la postre, por la sorprendente y providencial coincidencia de procesos externos, uno de los motivos de esperanza para los tenebrosos tiempos que se anuncian, un sólido punto de apoyo para la defensa del Continente frente a la marea roja y un ejemplo y ensayo lleno de fecundas enseñanzas para cualquier sociólogo, estadista o político que quiera, honradamente, aprender en nuestros quince años de Movimiento Nacional, lecciones de buen gobierno en circunstancias tan adversas, que ningún pronosticador habitual hubiera acertado en su dictamen, de no conocer las excepcionales cualidades de rector de pueblos que concurren en el Caudillo de España.

¿Para qué el Movimiento Nacional? ¿Para qué? ¿Hasta cuándo? Para salvar a España de su ruina segura. Para devolverla a la plenitud de sí misma. Para rescatar su albedrío exterior. Para haber podido ser neutrales a voluntad. Para hablar con los poderosos de fuera sin jactancia, pero sin temor. Para resistir un cerco de infamias y de «chantajes» internacionales nunca visto hasta aquella fecha. Para limpiar de comunistas la maquinaria del Estado. Para montar la guardia frente al enemigo. Para formar una juventud con espíritu religioso, patriótico y militar.

Y luego, en otro orden de cosas, para atacar de raíz el viejo problema de nuestra contextura interna de pueblo pobre, con tierras esquilmadas, pocos bienes de capital y presión demográfica intensa. Para hacer un planteamiento a fondo del problema con un plan gigantesco de industrialización audaz, pero necesario, porque en él está la clave de una reforma estructural de la vida nacional española. Para hacer un inmenso programa de regadíos, saltos de agua, colonizaciones, medios de transporte. Para construir ciudades, escuelas, universidades, iglesias, fábricas, sanatorios, viviendas...

¿Para qué? Para no malgastar una victoria costosísima en polémicas partidistas estériles. Para no resucitar la discordia de las clases, ni la rencorosa parcialidad regional. Para no discrepar en lo esencial, aunque se discuta lo accesorio. Para que los españoles no se odien más entre sí.

Para todo eso se hizo el Movimiento. Para eso se edificó sobre la victoria el Estado actual. Para todo ello el Generalísimo Franco conduce con mano firme el timón de la nave que un día de julio de 1936, su arrojo, su patriotismo, y el dedo de la Providencia pusieron en sus manos.

¿Hasta cuándo va a durar ese Régimen?, se pregunta el panfletista, como si fuera un simple capricho o una decisión voluntaria que tal empresa se prolongue en el tiempo por años sucesivos. El Alzamiento no tuvo plazos, ni términos, ni límites como no se parte para la guerra de los Treinta años, ni se fijan programas para hacer el amor o para arriesgar la vida en una pelea. Quince años lleva de duración el Movimiento español y a lo largo de esos quinquenios ha madurado su intrínseca fortaleza juvenil en frutos copiosos, de madurez y serenidad. Pasado el vendaval de los ataques exteriores, aplacado el torbellino de pasiones, el perfil de la España de Franco se va dibujando cada día con más firmeza en el horizonte de los pueblos de la cultura de Occidente. Situados en el extremo de Europa somos continentales, mediterráneos y africanos por la geografía y americanos por cuatro siglos de historia y de vida común. Pero no hemos hecho más que empezar. Yerran quienes suponen que es la nuestra una situación de paso, de turno, y mucho más los que confieren interinidades a un Régimen que no admite, en punto a estabilidad, parangón posible con ninguno de los que España conoció desde Fernando VII a esta parte. La gran obra revolucionaria y transformadora de la sociedad, de la estructura económica y de la vida española está en sus comienzos. Fruto directo de la misma ha de ser la mejora de nivel espiritual y material de las masas españolas y su encauzamiento en moldes sociales enteramente distintos y nuevos. Esta tarea, a la que tan abnegadamente entrega su pasión vital el Generalísimo Franco, no es una táctica ocasional ni un preparativo guerrero, ni un programa electoral. Está en la medula del régimen mismo y haya o no guerra exterior y seamos o no neutrales, se llevará a término con el mismo afán, con el mismo ímpetu, con invariable regularidad. El tiempo no cuenta si lo que está en juego es el propio destino y configuración de la Patria para los decenios próximos.



UNA ESCENA EXISTENCIALISTA EN LAS CATACUMBAS DE SAINT JULIEN LE PAUVRE (PARIS).

LOS MALDITOS DEL EXISTENCIALISMO

El existencialismo, en su expresión aparatosa y externa, no es más que una invención parisina, como la Torre Eiffel o el «can-can». Sería estúpido preguntar a estos comparsas de las fotografías por un principio formalmente filosófico o siquiera literario en torno a lo existencial o al existencialismo. La guerra ha traído sobre Europa, entre otras catástrofes, un desmoronamiento ético, una descomposición espiritual y hasta un escepticismo en las juventudes de ciertos países combatientes, que han derivado en la irresponsabilidad y la frivolidad al través de la mascarada. Subsiguen quizá estas manifestaciones juveniles a los propios principios literarios y filosóficos de los escritores existencialistas, pero, en el fondo, la mascarada se hubiese producido lo mismo sin los textos de Sartre.

(Continúa en la página siguiente).



EN EL «CAFE DE FLORE», DE SAINT GERMAIN DES PRES, LA EXISTENCIALISTA HA INVENTADO SU NOVIO ideal; un maniquí, con el que anda por París, enamoradísima y «epatando» a los turistas ingenuos y bobalicones.



EL «CAFE DE FLORE», EN EL PARISINO SAINT GERMAIN DES PRES. EL «CAFE DE FLORE» ES EL MAS famoso lugar de reunión de los existencialistas de la capital francesa, aunque los «malditos» estén hoy en otros puntos.

Este espectáculo decadente nace, en efecto, de la guerra europea (y de la descomposición de algunas naciones europeas), pero se dirige primordialmente al turista como un espectáculo barato. La angustia de Europa puede ser uno de los «slogams» de arranque del existencialismo y aun de nuestra propia inquietud espiritual y vital, pero conviene pensar que estos jóvenes franceses están realmente subvencionados por el Plan Marshall y que sus respectivas inquietudes personales no se encuentran muy azotadas por aquella angustia. Mejor podría decirse que ni la ven ni la sienten, a pesar de la suerte de su patria en la última guerra y a pesar de la suerte de su patria en un porvenir inmediato en que puede ser invadida por cuarta vez en los últimos ochenta años.

Mientras la gran mascarada se escenifica cada noche en el París para la exportación, Francia se constriñe y pierde sus plataformas mundiales. Es posible que esta triste suerte de Francia la sintamos más nosotros que muchos de sus jóvenes, «poilús» imposibles ya para hoy. Mientras los «malditos» del existencialismo bailan, se pierde Indochina. La cochambre puede hoy con el Imperio. La estupenda Francia de las formas ve a una parte de su juventud entregada al carnaval permanente: es el adiós a la ética y a la estética. Mientras, las últimas promociones de Saint-Cyr mueren heroicamente contra un comunismo lejano que se está apoderando de las colonias, de modo ya inevitable. Dancemos, amigos. Otro héroe de Saint-Cyr consume su última niñez en el presidio de Yeu, ante vuestra indiferencia. Y la mejor mente de Europa—Charles Maurrás—, está también en presidio. ¿Qué tiempo os quedará para la mascarada?

Es triste todo esto y nosotros lo sentimos por Europa y por Francia. Conturba pensar que, ante la nueva hora H del nuevo día D—la hora y el día del emplazamiento próximo—, los héroes franceses reservados para entonces no existan ya porque hayan ido cayendo lejos de la metrópoli. ¿En qué nuevo y futuro Verdún iba a sublimarse el heroísmo de ese joven Delatre de Tassingny, caído ya antes de tiempo? ¿Qué quedará para entonces? ¿Sólo esta juventud viciada, borracha y estúpida?

*

Lo que en Sartre, Camus o Gide—ya verá el lector por qué se cita a los tres—era sólo literatura e imaginación, en un grupo de adolescentes franceses fué en 1948 imaginación y realidad. Imaginación o mimetismo. La literatura francesa de los últimos tiempos abunda en episodios como el de aquel muchacho que mataba gallinas a cuchilladas, recreándose, y se embadurnaba y se empapaba después brazos, piernas y torso con la sangre caliente del animal. Sentía así un gran placer, una honda fruición. Pero antes que



DE PARIS, EL EXISTENCIALISMO HA SALTADO, insospechadamente, a Suiza. En Lausana, los «ratas» tienen ya su centro, en un hotel céntrico, para tristeza de la muy limpia y pulcra Confederación Helvética.



ESTA MUESTRA DEL EXISTENCIALISMO NO OFRECE MUCHA ORIGINALIDAD. SALVO QUE LA BORRACHERA no es la excepción de un día a la semana, sino lo cotidiano. Mientras, los últimos héroes se queman en Indochina.



LOS «RATAS DE CUEVA» SUIZOS ESCUCHAN, VARIOPINTOS, a la cantante existencialista Renee Dominique.



JEAN-PAUL SARTRE, EL BRILLANTE ESCRITOR, capitoste teórico del otro existencialismo: el literario.



LOS PRINCIPALES TESTIGOS DEL CRIMEN DEL BOSQUE DE MALNOUE, A QUE SE REFIERE NUESTRO artículo, esperan la hora de prestar declaración ante el tribunal. Casi todos sonríen, tranquilamente, como si no hubiese pasado nada. De izquierda a derecha: Bernard Petit, que organizó el asesinato (el «crimen perfecto») y entregó la pistola al asesino; Nicole Illy, la muchachita aprendiz de vampiresa por la que fué muerto Alain Guyader; Jo Graziani, que no tiene nada que ver en el asesinato, aunque era el novio oficial de Nicole, y Gérard Bureau, que asistió a la devolución de la pistola. La «foto»—todo un documento—corresponde a este año (1951). El crimen se cometió en 1948.



LAS AUTORIDADES Y LOS ENCARTADOS, EN EL BOSQUE DE MALNOUE, EN EL MOMENTO EN QUE VA A ser reconstruido el crimen. En primer término, tras el fotógrafo, Claude Panconi, autor material del asesinato. Dos metros más atrás, Nicole Illy, la «vamp» infantil que formó parte del «tribunal» que condenó a muerte a su otro novio, Alain Guyader. El crimen conmovió a Francia, en los finales de 1948. Y el recuerdo ha vuelto a conmoverla en esta primavera última, al celebrarse la vista del proceso en la Audiencia de Saine-et-Marne. La prensa francesa, y en general la europea, ha señalado el crimen como una consecuencia de la literatura existencialista o filoexistencialista.

Camus, ya «Pascual Duarte» se regodeaba con algo parecido.

En el grupo de adolescentes (1948 y penúltimo curso del Liceo George Sand, de París), se hallaban Alain Guyader (hijo del secretario municipal del Tercer Distrito), muchacho imaginativo y fanfarrón que ejerce gran ascendiente sobre sus compañeros; Bernard Petit (hijo de un alto inspector de la policía), último de la clase, que odia a Alain, aunque le obedece; Claude Panconi (hijo de corso), poco expresivo, bastante bruto, inteligencia limitada y el de más edad—18 años—entre todos los alumnos del Liceo, por lo que se siente humillado, aunque se considera hombre fuerte (Claude Panconi ha leído a Gide, Camus y Sartre, según confiesa en su diario); Nicole Illy, una muchachita insignificante, pero con aires de «vampiresa» y, en su juventud, ajena ya a toda moralidad; Gérard Bureau, Roger Yakoubovitch, Guy Guiard y Paúl Rosenbaum. Esta es la pandilla escolar.

Claudio Panconi se enamora de Nicolle. Pero antes de que conquiste el corazón de la muchacha se adelanta el altivo Alain Guyader, cacique del grupo. Alain inventa mil fantasías de espionaje en las que aparece como héroe; aprovecha argumentos de películas, se presenta a la muchacha como hombre cínico, como contrabandista de estupefacientes, como «gigoló»... Y Nicole, encantada. Claudio Panconi trata de desplazar a Alain, inútilmente. Para emular a su rival y «epatar» así a la jovencita, Claudio Panconi recurre a la imitación: muestra un tubo lleno de polvos de arroz, pero diciendo que es cocaína y, de cuando en cuando, se aplica unos gramos. Además, adquiere una vieja pistola, lleva bajo la solapa una cruz svástica hitleriana y afirma—inventa—que es agente de una organización clandestina a las órdenes de Martín Bormann. Alain Guyader da la réplica: dice que pertenece al Inteligence Service, que ha tenido un hijo con una amante, que a la amante la tiene instalada lujosamente nada menos que en el Hotel Crillon, que gana miles de dólares como traficante de armas y que forma parte de una banda de «gangsters», al frente de la cual ya ha matado a algún traidor... (En el juicio, dirá Claudio Panconi: «Esto no me causó ninguna impresión».) Un día, Alain mostrará a sus condiscípulos un fajo de dólares. Los muchachos quedan impresionados (no se han dado cuenta de que los billetes son de publicidad, impresos por una sola cara) y no dudan ya de que Alain es traficante en armas, «gangster», etc.

La muchacha, Nicole, corre ciertas aventuras con algún otro joven, al margen del grupo, durante unas vacaciones. Su madre, empleada de Correos, decide internarla en un colegio. Nicole acude al enfático y fabuloso Alain, proponiéndole la fuga, pero Alain, con su mejor prosopopeya y su mejor misterio, dice que no puede abandonar París. Nicole, entonces, hace la misma propuesta al pretendiente despreciado: Claudio Panconi. Y Claudio afirma solemnemente: «Yo te salvaré, Nicole. Huiremos a Africa». Falta el dinero, pero Claudio no olvida que su rival, Alain, tiene una fortuna en dólares. Aquí entra decididamente en juego Bernard Petit, quien, en el fondo, odia a Alain. Petit será el cerebro de Claudio. Los condiscípulos (Petit, Nicole, Bureau, Yakanbovitch, Quiard y Rosenbaum), se reúnen en asamblea en casa de Claudio, donde deciden constituir un movimiento de partisanos para el caso de una nueva guerra. «¿Y Alain?», dice uno. «Alain—aclara la despechada Nicole—es agente ruso». «Matemos a Alain—propugna Petit—y con sus millones financiaremos nuestra organización». Por unanimidad, Alain es condenado a muerte. Bernardo Petit organizará lo que él llama el «crimen perfecto». Y Claudio será el brazo ejecutor.

Citan a Alain en el bosque de Malnoue, el 9 de diciembre, con el pretexto de explorar un pasaje subterráneo... Petit organiza todos los detalles, entrega a Claudio una pistola (que antes ha sustraído a su padre, el inspector de policía) y se retira a tiempo, para volver cuando Alain esté muerto, a fin de desfigurar el cadáver hasta hacerlo inidentificable: hay que lograr «el crimen perfecto». Mientras, Quiard y Rosenbaum se encaminan al Hotel Crillon, para arrebatar los dólares a la supuesta amante de Alain.

Petit da las últimas instrucciones a Claudio. Claudio y Alain van por el bosque. Claudio se coloca, en un instante, a espaldas de Alain y dispara a quemarropa... Después se apodera de la inmensa fortuna de la víctima: 240 francos...

El delito, con sus antecedentes, conmovió a Francia entera. A media Europa. Algún periodista señaló que el espantoso crimen imitaba a cierta página de «Faux-Monnayeurs», de André Gide. (Gide, poco antes de su muerte, escribió al padre de Alain, rechazando, horrorizado, aquella especie.)

¿Quién es el culpable? ¿Claudio? ¿Bernard? No. El clima moral, la atmósfera en que se desenvuelve una juventud más próxima a la crapula de los cafetines que a Indochina, más cerca de los malditos del existencialismo que del esfuerzo heroico del teniente Delatre.

Los valores humanos en "El entierro del Conde de Orgaz"

Por

JOSE CAMON AZNAR



En el *Entierro del conde de Orgaz* nos encontramos con una de las claves de la pintura y aun del enigma de España. Su carácter representativo de una cultura ha determinado la simbólica atención que la crítica moderna le ha prestado. El carácter social del tema, su tratamiento realista, el cruce de sugestiones humanas y divinas, la tensión psicológica con que está tratado, motivan todas sus variadas posibilidades de interpretación. Cuadro elaborado en el momento de madurez espiritual de una sociedad, cuando con la mística y la novela ha logrado alcanzar la intuición de Dios y del hombre. Pasado este momento, su suntuosa y vital descomposición ha de producir las pompas barrocas de tanto primor formal. Pero ahora ningún aparato ni extremosidad necesita manejar el arte. Con ser fiel a su tiempo, generará arquetipos.

La primera e imperiosa impresión de esta obra, que nos arranca ya de toda posible normalidad en su contemplación, es la de tratar de una encrucijada donde se interfieren lo humano y lo divino. Sobre una fila de hombres consumidos y entretenidos por su arrebatos personales, cuelga una Gloria donde se explayan formas, alargadas una veces como imaginaciones angélicas y puntuadas otras por concretas precisiones faciales.

El primer grave riesgo de todos los que han contemplado esta obra desde los días mismos del Greco—recuérdese el fragmento que copia su hijo Jorge Manuel, en el Museo del Prado—es el de considerarla escindida en dos partes: el milagro y el entierro. Cuando en realidad es uno de los lienzos de composición más trabada y orgánica, con una mayor lógica y necesidad en el engranaje de todos sus elementos. La congruencia entre el hombre y la nube de Dios es el primer postulado para la composición de esta obra. Es cifra cósmica de un universo sin dualismo, en el que no hay transición entre oro de dalmática, mejillas excavadas, llama de cirio, jambas de bienaventurados, deshuesadas y caprichosas como nubes, y túnica del Eterno blanca, blanca como lo increado. Es un acorde en verticalidad, en el cual el rigor de la isocefalia nos hace detenernos en estos rostros que resumen la expiación de las telúricas tentaciones obsesivas y su conversión encima en esas revolantes formas extendidas, dúctiles a todos los imprevisibles instantes plásticos de la divinidad.

El Greco pinta este cuadro en 1586, cuando en España había una dominante arquitectónica en todas las inspiraciones artísticas y en la estructura y composición de los cuadros se buscaban esquemas de ritmos, contrarrestos y geometría en relación con el clasicismo trentino. Nada más indeciso que las formas del Greco, en perpetuo contubernio de límites. Y, sin embargo, este cuadro está concebido dentro de un armazón arquitectónico cuyos perfiles pueden seguirse con bastante precisión. Está construído sobre el esquema de un frontispicio clásico. En los extremos verticales, y exentas como columnas, se destacan las figuras de un franciscano y el del cura Santo Tomé. Sus cabezas regulan la altura de las del séquito, cuyos personajes se suceden casi en el mismo plano repetidos y semejantes, con la monotonía y la necesidad de las columnas de un pórtico. La horizontal regularidad de las cabezas impone la semejanza con el entablamento, flúido y renacido en cada expresión. De los extremos de este conjunto arrancan las masas oblicuas de las nubes, como las vertientes del frontón que se continúan en las figuras de la Virgen y de San Juan y que culminan en la figura del Padre, que cierra con su ápice este triángulo. Este remate triangular se ve batido por oleadas de santos y bienaventurados que jerárquicamente afluyen a la muda contemplación. La escena del milagro está concebida escenográficamente, como en una tragedia antigua. Ante el pórtico es conducido el héroe caído por San Agustín y San Esteban, mientras un sacerdote, con flotante sobrepelliz, canta, a manera de corifeo, la rareza y aleccionamiento del milagro.

Hay en esta obra una gradación expresiva que resume la interpretación del universo por este artista y que, en cierta manera, explica la inestabilidad y tránsito perpetuo de sus formas. En primer lugar, y como hecho el más accesible y primario, aquel cuya normalidad se impone como la más elemental: el del milagro. Es éste el arranque de toda su visión pictórica del mundo, la tierra nutricia de sus imágenes excepcionales, sin más justificación formal que su radicación en sus creencias. Esta aclimatación del milagro en el cotidianismo del hombre, permite el planteamiento plástico de este cuadro, con una gradación muy neta de mayor a menor realismo, comenzando por el suceso conmemorado. Hay en estos primeros planos la pura descripción mecánica de un enterramiento. La litúrgica opulencia con que están vestidos San Agustín y San Esteban en nada embaraza a la naturalidad con que sostienen al flexible cuerpo acorazado del conde. Hay en los dos santos tal dedicación a la faena caritativa, que no deja lugar para que se trasluzcan sus atributos divinos. San Agustín se ensimisma en su amor por el prócer caído. San Esteban desempeña humildemente su subalterno papel de diácono. Apenas si los pluviales pliegues suntuosos de la capa de San Agustín, con su hinchazón de oros pletóricos, aísla al santo del localismo en que se desarrolla la escena. Este santo, como los prelados bizantinos, se hieratiza con sus largas barbas plateadas y sus macizos ornamentos de sólidos reflejos. Su vejez es absoluta, como de desenterrado. Sus barbas son irreales, como espuma, transparentes. Una apasionada conmiseración de estirpe occidental descarna, sin embargo, sus mejillas y afila sus rasgos ante el caballero muerto. En éste, la muerte tiene un caliente sabor heroico con su armadura de reflejos impacientes y sus guanteletes, inútiles para las derrumbadas manos cruzadas. Se dobla con bélica elasticidad de héroe caído. Y su señorial tristeza de protagonista le hace digno de un sepelio al que asoman los hombres de Toledo y los cielos vivos. San Esteban, virginal y casi femenino, delicado como una flor precoz, tiene esa indecisa belleza del primer ensayo plástico de un mártir.

En la dalmática de San Esteban, tan rica de calidades áureas, de brocados, de borlones, de tactos aterciopelados y sedeños, de bordados relevantes, con sus rojos y sus amarillos, se desarrolla una preciosa escena con la Trinidad y la Lapidación del santo. Este fragmento es de la mayor importancia iconográfica, pues entre las obras perdidas del Greco, según el Inventario II figura un cuadro con este título, que seguramente repetiría en mayor tamaño la misma composición. Además, la representación de este martirio en la dalmática de San Esteban anuncia unas formas alargadas y espectrales, características de posteriores evoluciones del Greco.

El núbil santo, con el angelismo del que inaugura el santoral de los calendarios, ayuda a sostener el cuerpo plateado del conde. Y a los dos lados de su delicada cabeza flotan como dos alas las manos con vuelillos de un caballero de Santiago. La juventud tierna de este santo contrasta con la caudalosa vejez del San Agustín. Queda así el guerrero yacente entre las dos edades, sostenido por los dos crepúsculos, que se exhiben aquí, además, con todos los oros de los horizontes.

Un fraile de San Francisco se yergue al lado, vertical como uno de los pilares de la composición, con una técnica de la humildad que asimila todos los prodigios, sin extrañarse, con la sola secuencia del aniquilamiento personal. Este fraile con su formidable envoltura de tierra cruda, de color gris ceniza, con pliegues como barrancos, neutraliza la recamada brillantez y la vivacidad de la escena del sepelio. Quizá más que los típicos *San Franciscos* de este pintor, acertó en este fraile el Greco a exponer la teoría franciscana. Que estriba en utilizar la caridad como un ejercicio de anulación. En curar las llagas por confundirse con la misma llaga. En extenuarse con todas las miserias hasta disminuirse en neutro color de estameña. Así este lienzo se extingue por este lado, sumiendo la composición en la tierra de

este hábito que envuelve y sepulta a la Santidad franciscana. El Greco, siempre discursivo, imagina un ansioso diálogo entre los dos frailes. El franciscano, místico, se halla ensimismado en el milagro. El otro, de apasionados ojos profundos, muestra una faz terriblemente consumida y exaltada.

Entre San Esteban y San Francisco, un niño con alegoría de geniecillo clásico sostiene la antorcha encendida, que más que alumbrar al cadáver proclama su inmortalidad. Este niño se encuentra semiarrodillado. Salva así su trivial infantilidad y el respeto a la escena. Dobla una rodilla y apoya la otra en tierra. Frente al milagro, y en actitud declamatoria, un sacerdote vislumbra la apoteosis celestial. En este hombre ingenuo el prodigio se asimila en forma de éxtasis o de meditaciones. Su alma, tan transparente como la sobrepelliz que lo cubre, reacciona dinámicamente pidiendo explicación del hecho insólito. Flanquea aparatosamente al milagro, y su agitada extrañeza es tan expresiva que él sólo sirve para compensar el tétrico coro meditabundo de los caballeros toledanos. Mientras en éstos el milagro se transforma en un motivo de secretas aspiraciones, en el preste la aparición de los santos con sus oros pontificales lo conmueve expansivamente con humano deslumbramiento, en estupefacta interrogación. Su situación en el primer término del cuadro la aprovechó el Greco para derramar sus mejores calidades en la pintura de la sobrepelliz. Es uno de los trozos más sutiles de pintura de todas las edades. Con infinita sabiduría gradúa el pintor los matices de transparencia de esta tela, que unas veces se pega a la sotana, dejando traslucir un negro que hace más cristalino y leve su vaporoso tejido, y otras veces se suelta en blancas espumas luminosas, cendales inconsutiles menos densos que brumas. Su colocación hace de este personaje como el pórtico del cuadro. Es el primer encuentro del espectador con el milagro. Y sobre este zócalo de asombro ya todo se magnifica. A su lado, y con bella capa pluvial, lee el responso un sacerdote. Es impresionante el realismo de este preste. Insensible al prodigio, ausente de la milagrería, este recto varón siente que su mejor colaboración con la voluntad divina consiste en la exactitud del cumplimiento de su obligación sacerdotal. Y así, mientras lee las preces del responso, sólo el sacristán, que tiene la cruz parroquial—esta cruz, para no perturbar la Gloria, a la que alcanza con su altura, es transparente y casi inmaterial—, está atento a los latines. Forman los dos un grupo aparte de la escena. Es para ellos invisible el acaecimiento que ha motivado la rotura de las bóvedas de su templo mudéjar y la intervención caritativa de los santos. Su rezo—es tal el realismo de estas cabezas que podemos sin esfuerzo hasta imaginar el timbre de su voz—es como ese fondo insensible sobre el que todo acontecimiento, por muy fabuloso que sea, tiene que producirse. Y sobre los latines salmodiados, cada una de las figuras que aquí intervienen realizan su peripecia. También por este lado se extingue el cuadro sin dramatización en el ambiente que lo rodea. Este sacerdote se mantiene en el filo de la ilusión. Un paso más hacia atrás, y la misma figura, con los mismos hábitos y trazas rituales y los mismos volúmenes y color, oficiará viva sobre el pavimento del templo.

Se inclinan sobre el milagro estos racimos de cabezas apasionadas con tal densidad que por su repetición nos permiten vislumbrar la idea que el Greco tenía de la humanidad. Su demacrada ansiedad es la réplica española a los enérgicos caballeros venecianos, modelados por sus apetitos. Aquí, por el contrario, el hombre es concebido en sus posibilidades de aniquilamiento, colocando su máxima dignidad plástica en la volatilización de sus formas. A cada uno de estos erráticos caballeros se le ve enfrentado con aquella idea obsesiva más acorde con su consunción. El elemento diferencial entre los hombres es la muerte. Ella es la que singulariza los amores cuando se mete como un reptil entre su fronda. Por la muerte el hombre se subsume en su personalidad, es decir, en sus posibilidades de infinito. Cae su carne, indecisa, entre todos los relieves de la naturaleza y queda su soledad como su único medio de expresión. Pues bien, el Greco es el pintor que ha situado a sus personajes en la ruta de su deshacimiento. Cada uno exhibe de la manera más agónica el secreto de su muerte. Todos ellos se encuentran en este cuadro en el instante del total esclarecimiento, cuando los rasgos físicos recalan en las líneas por donde han de hundirse en la nada. El misterio del Greco radica en haber descubierto la expresión facial que inhibe la materia ante el éxtasis. Todos los relieves se encuentran modelados por esta luz interior, que los deseca y consume y los agudiza buídos en ese frenesí vertical del espíritu. Y el Greco los ha sorprendido en el límite de su consistencia formal, un instante antes de quedar ennubecidos y tembloteantes como sus criaturas celestiales. Pero el milagro del Greco y lo que determina ese pasmo repetido con que recorremos este griso de cabezas, es la manifestación de la unanimidad en el trance y de la absoluta diferenciación personal de cada uno de los transidos. Es la muerte la que sume a cada sér en sus líneas ineludibles. Y estos caballeros han afrontado con voluntad de evasión la vivencia de ultratumba, con su gloria y sus milagros, pero también con su proceso de descarnación. Cada uno se ha reducido a su vocación de tránsito, a su única posibilidad expresiva de perecimiento. Su personalidad se ha desprendido del *humus* unánime, de todos los casuales relieves naturalistas que los hacían genéricos con los demás tipos humanos. Y se han constreñido a su expresión singular, a la irrenunciable originalidad con que cada uno tenemos que asimilarnos a Dios. Es ese viento que adelgaza las nubes y arremolina arcángeles, el que hunde con sus frenéticos pulgares a cada rasgo en su definitivo futuro. La visión de la muerte ha cristalizado a estas cabezas en los módulos de su creación. Este agotamiento de las posibilidades plásticas de cada faz produciría una angustiosa impresión de inercia si esta materia derretida no lo fuera por el espíritu. Si sobre la decantación de cada rostro, en su esqueleto expresivo, no planeara una gloria gesticulante.



Estos caballeros, apretados en su haz condoliente, se encuentran, sin embargo, tan distantes como lo permite la capacidad de infinitos de su espíritu. A pesar de su pluralidad, es el conjunto menos multitudinario de toda la pintura. Los rodea una orla de soledad tan ancha como su visión de Dios. Y en ella realizan esas migraciones exhaustivas que obligan a desprenderse de toda la materia que no sirva como pura apoyatura del espíritu. Esta soledad activa está ocupada en toda su vastedad por los éxtasis en que se intercambian Dios y la criatura. El misticismo se hace tan desmedido, que desaparece todo lo que no sea sustancia personal, entera absorción de la vocación indeclinable. Cada sér se transfigura en su esencia. Y quedan así estos nobles toledanos reducidos a su pura eficacia individual, al ápice expresivo de su singularidad.

Con estas premisas de excepcionalidad ya los tipos formales pueden ser infinitos. Y, efectivamente, en esta sucesión de testas concentradas, cada una podía ser una fórmula cósmica. Las hay que revelan una tal inmersión en el milagro, tal consciencia de su naturalidad, que les basta una pasiva atención para su plena entrada en la escena. Hay otros seres desfallecidos, con la misma muerte que el muerto, resignados a un hálito de vida que, como una candela, sólo les sirve para iluminar la visión de sus postrimerías. Hay otros personajes dialécticos en los que el milagro se hace verbo, comprensión intelectual, convicción transmisible. Hay otras cabezas opacas, atentas sólo a sus íntimos avatares, con el alma ahondada por humanas desolaciones. Hay frailes cuya contemplación de la divinidad no se desfleca en traspasados deliquios, sino que se asienta reposadamente en ancha roca teológica. Los dos caballeros que accionan muestran en el juego de sus manos delicadas un asombro mensurado por lo previsible de este acaecimiento. Es el descenso de San Agustín y de San Esteban en su propia alma lo que les abre tan lógicamente sus brazos. Otra exaltada cabeza reacciona, lanzándose en vilo hacia la divinidad, leve, en el colmo de su éxtasis, de ojos abiertos y pasión descaecida. Entre estos dos personajes, un joven con altura de árbol contempla un hecho desacostumbrado, confuso para su boca insolente y claro para su sumisión doctrinal. Otro caballero de faz afilada encarna en su cotidianismo, en su densidad humana, la posibilidad de una normalidad en el filo del milagro, de un sentido de la dignidad en cuyo reposo se extiende la presencia de la muerte. Este milagro agrega a Covarrubias unas canas más a su cabeza y una sombra más densa a las mejillas. Su mundanidad accede al milagro temerosa de profanación, con humildad de oraciones. Y por encima de este collado de cabezas ejemplares y de este valle adonde el conde es conducido por santos, el Greco fija su dura mirada en ti, lector, en tus posibilidades de tránsito, indiferente a lo que ya sus pinceles han perennizado.

El Greco concibe a la Humanidad en esta obra en grupo plástico, terrero, en un solo plano, sin superación de la línea del horizonte. No hay en este conjunto

graduaciones espaciales que articulen la atención y permitan el reposo en un sistema. Sobre todos estos tipos alucinados pesa la ansiedad de su limitación, el estigma de su nivelación. En vano sus ojos brotan como azores hambrientos. Ellos quedan allí entestados entre sí, fieles a la ley de su tierra sin relieves ni misterios, de su tierra ancha y redonda como gesto de siembra. Estas cabezas enloquecidas quedan así entregadas a su propia extrañeza, exentas y desguarnecidas de toda colaboración ambiental, como presentes solitarios sobre la anchura de su tierra. Si el cuadro terminara en la raya inflexible de cabezas, produciría una maciza impresión de fatalidad telúrica, incapaz de expresar la encharcada angustia de los horizontes. Para que estas cabezas torcidas y arrebatadas no dejen una impresión de vesania, necesitan estar completadas por una Gloria que las inspire y justifique.

Antes de abandonar esta masa cuadrada y condolida de caballeros, insistiremos una vez más en la rítmica inspiración mudéjar y orientalizante que la regula. En esa repetición obsesiva del mismo motivo temático. Esta repetición se manifiesta ahora con plena conciencia estética, pues en los conjuntos mudéjares los motivos podrán repetirse sin saciar, porque su inanidad artística y su prestigio radicaba precisamente en su multiplicación. Pero ahora el Greco trabaja con las formas más expresionistas de toda la pintura. Cada una de ellas, solitaria, despertaría un encandilado interés. Y, sin embargo, las dispone serialmente, sin establecer entre ellas diferencia de valor ni de situación. Se suceden en disposición superficial, una tras otra, como los polígonos de una lacería mudéjar. Este artificio es del más alto valor expresivo. Cada una de ellas se potencia por el número total de facies exhibidas en teoría. Y cada una agrava su expresividad hasta la exageración por el contagio de tensiones de las inmediatas. En su recorrido por esta fila agónica, la mirada se va cargando de intenciones desmesuradas. Y queda un trepidante conjunto, en el que no hay el reposo de un hueco o de una forma cualquiera que no sea la de una enfebrecida faz. Lo mismo que sucede en las lacerías, el conjunto espacial se recorta casualmente, sin que sus límites los imponga ninguna necesidad orgánica en el cuadro. Aquí las cabezas podían continuarse a los lados indefinidamente. No hay en este cuadro un sistema expresivo ni perspectivo que imponga un límite numérico. Este coro de nobles toledanos podía ampliarse con nuevos personajes iluminados según la simple extensión del lienzo. Como en los paños mudéjares, la limitación de los perfiles no es asunto estético, sino económico. Y como en esta decoración superficial, estas cabezas en la flor del éxtasis, con sus sépalos de gorgueras, se apoyan no sobre cuerpos de sólido relieve, sino sobre masas negruzcas con leves indicaciones de su corporeidad. Su apretada repetición sobre planos muy cercanos impone una confusión de sus volúmenes que se aumenta por la falta entre ellos de rendijas de vacío. La escena del *Entierro* se desarrolla así sobre una densidad humana que prestigia de una manera palpitante a la muerte. El cadáver, al caer no sobre la tierra, sino sobre otros personajes, les enhuesa las cabezas y les hace exhalar el alma expirante no por la boca, sino por los ojos.

Son treinta las figuras agrupadas en la parte baja de este cuadro. Y aunque la presencia de la Gloria teluriza esta escena y nos permite contemplarla a nuestro nivel físico y espiritual, es lo cierto que tiene toda ella un énfasis sobrenatural, una dignidad de acontecimiento empíreo. En primer lugar, la falta de tierra. No se advierten los pies de ninguno de estos personajes, que quedan así en trance de levitación, al que coadyuvan sus cabezas exaltadas. Si la tierra está ausente de este entierro, también lo está el cielo natural. Simbólicamente, acaece el milagro sobre un fondo negruzco, terriblemente sombrío. Y este cielo ceñudo no lo alumbran los blandones. Su llama es fría, no da luz. Son llamas mortuorias, espectrales, que no hacen surgir los colores.

Se agrupan los caballeros en equilibradas y correspondientes expresiones y reacciones espirituales. Algunas son tan exactas como la de Covarrubias con el fraile franciscano, y la del jerónimo con el caballero inmediato a Covarrubias. En los dos grupos hay equivalencias de discurso y de concentración. La masa negra de estos caballeros no está banalizada por ningún accesorio, por ninguna joya, por ninguna empuñadura. Sobre el negro de los jubones, las gorgueras contienen las cabezas como flores. Hasta con la desarreglada armonía de los ramos. Hay en estos caballeros una infinita distinción. Su elegancia es mucho más refinada que la de los caballeros de Van Dyck, pues en los toledanos es producto de una apasionada espiritualidad, de una intensa vida interior. En todos ellos este milagro colma su personalidad, subraya sus vigilias católicas, su ansiedad de señales.

Quizá la enorme sugestión de este lienzo radique en los vivos valores humanos que el Greco asigna en estos caballeros. Lo que en estas cabezas destaca es, sobre todo, los *valores éticos*. En todas ellas se transparenta una inmensa bondad. Estos hidalgos llegan al heroísmo, como Don Quijote, por generosidad. Esta trascendencia moral responde también al tipo de milagro, que es de puro carácter ético. Aquí está precisamente lo diferencial de nuestra cultura. No hallaréis en estos personajes irradiación de profundísmos mentales, como en Leonardo, ni jactanciosos heroísmos, sino una vocación de bondad, una sencilla aceptación de todas las caridades. Por eso revelan, en el fondo, tan poco asombro. Sus corazones, como el de Don Quijote, palpitan en el seno del milagro, que cuando se materializa no hace más que confirmar su fe. Y es esta naturalidad la que produce, a pesar de algunos gestos exaltados, esa ola de serenidad y de tranquila expectación.

Y a pesar de su amontonamiento, ¡qué maravillosa perspectiva! Todos los términos, aun tan inmediatos, se hallan expresivamente espaciados. En su realización hay un juego de valores impuesto por la técnica. Esta es perfecta, la más equilibrada y jugosa de su paleta. A punta de pincel vierte calidades preciosas, oros, bordados, paños endurecidos y encajes leves. Hay masas espesas, pintadas con dureza táctil, y otras leves y espumeantes, con transparencias casi de brisas. Se ha insistido mucho, quizá para contrastarla con la parte superior, sobre el realismo de esta composición. Es también completamente artificiosa, espectral, con colores de estudio. Aunque las materias tengan sus calidades más concretas, están como concebidas en una atmósfera sobrenatural que les hace participar de la irrealidad del milagro. En general, los colores de los rostros son abstractos, envisionados. Colores de noches en vela, mortecinos; colores como de ciegos, a los que sólo ilumina la luz interior. Predominan los tonos cárdenos. Si el alma se concretara en rostros, serían éstos.

Flotando más que sobre las nubes sobre las meditaciones de los caballeros, se mantiene una Gloria ligada por múltiples resonancias, a veces de contraste con la parte inferior del cuadro. Para el Greco las nubes no son accidentes atmosféricos ni temas estéticos, sino el elemento habitual de la divinidad. Su formación no puede ser, pues, casual ni autónoma, sino subordinada a la comparecencia y hábito de los seres celestiales. Las regula no ya la semejanza naturalista, ni siquiera las exigencias tectónicas de la composición pictórica, sino las presencias patentes o veladas del mismo Dios. Por esto las nubes del Greco son imprevisibles. Sobre cada lienzo cuelga un caudal de nubes macizas o delgadas, según el papel asignado a la divinidad. Se aprietan a veces como ceños o se desvanecen como sonrisas, articulando así la expresión global del cuadro.

Sobre estos fondos expresivamente ennubecidos los protagonistas y los asuntos resultan ya sólo anécdota. En sus agitaciones o en sus fulgores, estas nubes relatan conmociones que las figuras con su canon humano no pueden revelar. Ellas insinúan vastedades que los pliegues más oscuros, en lugar de limitar, acentúan. Se encienden o recargan sin agotar su concreción, siempre en el tránsito a otra forma nueva. La representación de la infinitud divina la encarnan estas nubes por su posibilidad de perpetua mutación, de esencial inestabilidad. Para no sujetarse a un motivo concreto, eliminan hasta el color. Oscilan en unos grises intelectuales que más que una determinada materia presentan intenciones.

La parte superior de este cuadro del *Entierro* representa la liberación de las tensiones que inmovilizan en sucesión columnaria a los personajes del séquito fúnebre. Las nubes sobre las que arraiga el conjunto celestial aparecen como desprendidas de los anhelos de la humanidad edificada por el milagro. Se extienden leves y tienen fluidez e indeterminación de rumor de preces, de cuajo de ansiedades esperanzadas. Su aérea significación de sustentantes del empíreo la ha expresado maravillosamente el Greco al darles forma de alas. En su clave, y colaborando al esfuerzo de ascensión, se arremolina un ángel, quizá el más bello que ha pintado el Greco. Su fronteriza posición con las tempestades de la tierra hincha sus vestidos en vorágine de velocidad. Su tormentaria agitación es el lazo de unión entre las numeradas armonías celestes y las extrañezas de la tierra. Este ángel delicado es rubio plateado. El Greco simboliza la velocidad en el viento. Sus frenéticas ascensiones las modela con la curva del aire. Aquí este ángel sube como un trozo de viento, con una enorme velocidad que dibuja en su manto un revuelo de campana. Este manto es también matizado y cambiante como el aire, tornasolado, verde con iluminaciones amarillentas. Este ángel lleva en las manos el alma del difunto con desnudez y calidad de nube. La representación del ánima es exactamente igual a la medieval. En forma infantil, abocetada y con las manos juntas. Es de color grisáceo y confundible con vedijas de nube. Parece que se escapa en impetuoso impulso de las manos del ángel. Se halla situada en la confluencia de las nubes laterales. Hay en los pliegues de estas nubes racimos de querubines. También indefinidos, con calidad y transparencia ennubecidas. Esas nubes se desparraman después en accidentes que determinan la escenografía de las jerarquías. Su delgada ductilidad feble se concreta en valles, en barrancadas astrales, en telones de luna, en donde se depositan los círculos de la santidad. Aquí las masas de niebla se configuran como de pétrea consistencia.

Los personajes aquí efigiados son espíritus parados además en la pura contemplación, que se reclinan sobre las anfractuosidades de los copos de sombra. Se reparten en masas escalonadas, en graderío de caprichoso desnivel, desde donde los bienaventurados contemplan perennemente la Presencia inagotable. Estos astrales acomodos los piensa el Greco con pureza de *Pange lingua*, lavados de rigor mental y tiernos de eternidad recién creada. Y en estos anulares repliegues se acomoda, beato, todo el santoral. Según una interpretación de la *deisis* bizantina, en la escena central aparecen Jesús y su Madre, no recibiendo, como se creía, al alma del conde, sino a San Juan, que intercede por el difunto. Esta explicación bizantina que ya dió Mauclair puede, sin embargo, no ser exacta, pues también el manierismo empleaba este sistema iconográfico. Y de ello es prueba esta descripción de Pacheco: «Está en uso comúnmente pintar la Virgen de rodillas a la mano derecha, y a San Juan Bautista, de la misma manera, a la izquierda: como intercediendo ambos, y debajo a los apóstoles sentados y a todos los demás santos».

Es éste de San Juan uno de los más hermosos desnudos, en el que su estirada conformación celeste en nada disimula sus hercúleas calidades humanas. Cabalga sobre una nube y su musculatura aparece virilmente sombreada con plástica nitidez. Como en la Grecia clásica, a la desnudez asigna el Greco atributos divinos. Aquí este cuerpo exhala perfección de arquetipo. Su carne se encuentra intacta de trabajos y de días. Sólo esa luz total, como una faz que emana la túnica del Salvador, curte y armoniza ese cuerpo. El Greco arrodilla a este personaje en el éter para evitar la sorpresa de su anormalidad. De pie podía servir de canon plástico para los bienaventurados. En su alargamiento revive la teoría homérica de la diferencia olímpica, sencillamente por la magnitud. Pero así como en Homero la grandeza de los dioses responde a una equivalente grandeza de calidades en relación con las humanas, en el Greco las proporciones de sus personajes están motivadas por las desproporciones inhumanas de sus anhelos interiores. Se alargan y fluidifican, ingrávidos como sus aficiones. Y estas formas descomunales no les dan más poder, sino más superficies de evasión. Los mantienen en una atmósfera indecisa, superando con su arrebato



ascensional el canon de los horizontes.

Esta genial intuición del Greco ha colocado a sus figuras, sencillamente por pura eficacia formal, en ámbitos extraterrenos. Los paisajes se sumergen en su pequeñez, incapaces de acompañar a estos tipos batidos ya, desde las rodillas, por nubes altas. La mirada no acierta a flanquearlos con árboles ni con preocupaciones normales. Y quedan apoyados y justificados nada más que por su altura, previniendo mundos incógnitos donde puedan encuadrarse estos desaforamientos. Aquí, esta monumental figura de San Juan resulta normal al actuar sobre tierra de nubes. Su gigantismo encuentra resonancias en todas las perspectivas de santidades que están a su alcance. En todos aquellos valles que irradian de la divinidad, viven seres de su misma magnitud estelar. El mismo se encuentra a los pies del Salvador como la primera concreción humana. Sin esta figura, afín formalmente a nosotros, la visión de Jesucristo resultaría inaccesible. Ella es la que prepara con su desmedida impresión nuestra posible incorporación a la divinidad.

No hay fisura ninguna en este cuadro, ni siquiera temática distinta, entre la parte inferior y la superior. Entre estos toledanos dolicocéfalos, con las frentes afiladas por tensiones de evasión y el ser de Diosa, se desarrolla esta larga arquitectura de San Juan, a través de cuya monumentalidad se puede afrontar la intuición de la Eterna presencia. No obedece a ningún artificio pictórico ni a ninguna necesidad espacial el que nazcan de estas cabezas ardidas las nubes y los ángeles, tan inmediatamente como el humo de los hachones. Se halla tan trabado el empíreo con el bloque de caballeros, como las lenguas de fuego con las cabezas de los apóstoles en la *Pentecostés*.



Las admiraciones hacia el Greco hacían constar siempre la excelencia de este cuadro. Pero con el criterio realista, que ha sido norma de la pintura española, se desvalorizaba la parte de la Gloria y se hacían consistir todas las perfecciones en el grupo de caballeros y santos de la zona inferior. El Greco no sólo no diferenciaba en calidad las dos mitades de su composición, sino que concebía este cuadro como una glorificación del señor de Orgaz. Por eso no hay más dimensión en este lienzo que la del milagro. La parte baja es la constatación no de un entierro, sino de la exposición de San Esteban y de San Agustín. Y una vez constatada la presencia de estos santos junto al cadáver, lo que importaba era la adscripción del de Orgaz a la bienaventuranza. De tal manera, que la escena de los caballeros espectadores del milagro no es más que una justificación de la Gloria, abierta, con todo su programa teológico, para recibirlo. Y que éste era el proyecto del Greco y su intención lo demuestra esta calificación de su inventario: «otro lienzo de la *Gloria de Santo Tomé*».

Frente a San Juan, sufridora con todas las agonías de los hombres, se sienta María como perpetua intercesora. San Juan y la Virgen aparecen aquí con purismo doctrinal, como los eternos oferentes de los dolores de los hombres. Ellos son los que humanizan a la divinidad al depositar en su regazo las muertes lastimosas. Entre Dios y el hombre, como único mediador posible, se coloca el amor. Estas dos sufrientes criaturas, tan ligadas al Salvador, recogen las almas en ese primer instante de su liberación, transidas aún de sombras lamentables. Y es en sus manos, frías aún del sudario de Hebrón, donde esperan las decisiones divinas. El Greco ha representado patéticamente a la Madre al borde siempre del cadáver del Hijo. Se inclina sobre ese dolor de dos mil años, fresco de lanzas iracundas. Tiene esta iconografía de la Virgen un vago recuerdo de la Virgen de Miguel Angel en el *Juicio Final* de la Sixtina. Las dos se encuentran como filiales de Cristo, arrebujadas en un costado de su Gloria. Pero así como en Miguel Angel el furor divino se encara con los santos arrebatados, y la Virgen se humaniza al disminuirse en criatura, en el Greco la dignidad divina de esta Madre le confiere su papel de Piedad al soportar sobre sus rodillas los cadáveres de todos los hombres. En esta escena, la Virgen se halla a los pies de Cristo, contemplando al alma que asciende llevada por el ángel. El Greco la ha concebido como intercesora, preocupada y apiadada por lo humano, pero al mismo tiempo como con una serena confianza. de personaje divino. Como incluída en la órbita de la imperturbable justicia divina, no mira a Cristo. Con bella y tradicional policromía, su túnica es roja y el manto azul. Su rostro tiene una coloración inmaterial. Y toda ella se halla cubierta por una luz que le viene de Dios. Sobre estos intercesores, en la clave de la creación, se encuentra el Salvador. Sus posibilidades representativas se sintetizan en la neutra luminosidad de su túnica. Es simplemente claror, inconcreta emanación aniquiladora, blancura que encandila a los santos pasmados en su lumbre, como estatuas ciegas. Dios se envuelve en su ciencia, irradiante de intacta luz de génesis. Asoma un hombro y un brazo desnudos, pertenecientes a su humanidad desclavada. El gesto de este brazo de desmesurada potencia aúna la exhibición de su carne resucitada y el mandato de rotación de las esferas. Esta carne del Salvador es blanca de nieve soleada, de alma, que el manto blanco que la envuelve. Y este blanco del manto es, a su vez, de un color increado, de una albura virgen, indefinible.

En este ápice del empíreo se encuentra la cabeza de Dios y a sus lados se derraman figuras angélicas. En uno, son racimos de cabezas apretadas y transparentes, como en multitudinaria germinación. En otro, son dos ángeles, ya adultos, que se lanzan impetuosamente hacia el Salvador. Es imposible expresar en menor espacio tal frenesí aéreo. Como en la visión artificiosa de las grandes velocidades, los miembros se deforman y alargan. Así la pierna de un ángel. Y por la rapidez del vuelo, el hueco del manto que rodea a esta pierna no es redondo, sino elíptico. El otro ángel más cercano al Salvador aparece ya sereno, participante del resplandor y transparencias divinas. Es una criatura de luz y de felicidad. Los dos ángeles están concebidos con pasta de nube.

Una vez más, según costumbre del Greco, en el colmo de la Gloria coloca simbólicamente una luz amarillenta, la luz del Espíritu. La luz en germinación, suntuosa, luz prieta de germinaciones.



Alrededor del Salvador, en círculos cada vez más anchos, se apiñan las ingrávidas multitudes escolásticamente ordenadas en jerárquicos vuelos. Cada sér se encuentra aquí encajado en su visión exacta y en su destino inconmovible. Todos los rostros de estos bienaventurados mantienen una gozosa uniformidad. Han desaparecido los estrabismos y reconcentraciones de los caballeros de la tierra, y queda en los celestes una gloriosa y activa pasión contemplativa. Se han extinguido aquellos penosos delirios, aquellas consumidas cabezas, y quedan fluyendo en ancho y sereno caudal, saciadas multitudes, incluídas en la órbita de la fecunda Presencia. La numérica repetición de los beatos acrece su destino. Están allí encajados en sus anhelos, asimilando a Dios desde sus más profundas aptitudes personales. Dan por eso una impresión más real y equilibrada que las criaturas condolidas del *Entierro*. Hay en sus rostros una ancha expresión de felicidad y de reposo. Se encuentran ya establecidas en todas sus posibilidades de goce místico. En sus facies, a pesar de su extremosidad expresiva, se ha esfumado esa carga de angustia que extravía las caras toledanas. Los santos acondicionados en el empíreo aparecen así como los dobles de los caballeros de la parte inferior. Cada uno se ha remansado en el Trono de Dios que corresponde a su contemplación. Porque la genialidad del Greco en estas Glorias, y lo que occidentaliza su pensamiento, es la variedad personal de sus tipos de santidad. El éxtasis continuo no solamente no los ha homogeneizado, sino que ha extraído de ellos sus rasgos más diferenciales. Pero aquí su singularidad no representa una fragmentación colectiva de la visión frente al mismo espectáculo, sino que cada una de ellas refleja, en distintas tonalidades, la idea de Dios. Estas figuras descansan en su misma parcialidad, que se adecúa a un aspecto de la divinidad. De aquí su individualidad y su reposo. La compatibilidad de sus diferentes facciones, frente al mismo foco de inspiración. Su vecindad al socaire de la eternidad incesantemente renovada.

El Greco ha estructurado la santidad en dos grupos jerárquicos. Responden seguramente a los bienaventurados de la Vieja y de la Nueva Ley. Los de la Vieja Ley se encuentran situados en una fila inferior y más alejada de la vista del Salvador. En aquel grupo de la izquierda se advierten David con el arpa, Moisés con las tablas y Noé con el arca. Estas figuras tienen como fondo una nube amarillenta. Al otro lado apenas se precisan una dramática figura desnuda—quizá Job o Lázaro—y dos figuras desvanecidas de mujer, acaso Marta y María Magdalena.

Sobre esta primera aparición de la Bienaventuranza se asientan, en filas que, como radios, parten del centro de la Gloria, todos los elegidos. Estos se apoyan en las nubes, se posan sobre ellas como si fueran sólidas. He aquí un enorme refinamiento pictórico, un artificio de la más alta calidad representativa: quedan así estos personajes tan etéreos y desmaterializados a su vez, como nubes. No pesan, y sus colores son tan flotantes y faltos de adscripción material como reflejos. Las filas más cercanas quizá las ocupen apóstoles. Se advierten en un lado rostros semejantes a los de sus Apostolados y hasta algún atributo, como el de Santo Tomé. Se encuentran también figuras realistas, como a Felipe II, viejo, en la segunda fila. Detrás hay un obispo con mitra blanca—el cardenal Tavera—y un papa con la tiara. Una figura femenina de apariencia concreta pudiera ser un retrato de su mujer. Los personajes de las últimas filas muestran un mayor avizoramiento y expectación. Al otro lado se colocan San Pedro con las llaves colgantes, y detrás un ángel, también impetuoso y como atónito al acercarse a la vista de Dios. La falta de personajes en esta zona se compensa con la viveza del color amarillo de la nube.

Todas estas figuras llevan mantos y túnicas pintados con los *colores de la santidad*, típicos del Greco. Colores tornasolados, cambiantes con los tránsitos, inmiscuidos de tonalidades que les dan una perpetua movilidad y fluencia. Colores azulencos, amarillo-verdosos, rojos de grosella; colores inestables y resplandecientes dentro de su frialdad.

(Fragmento del libro «Domenico Greco», (Espasa Calpe Madrid, 1950) de José Camón Aznar. Publicación amablemente autorizada por el autor.)

EL FRISO DE CABEZAS ES UNA MAGNÍFICA GALERÍA DE RETRATOS DE CABALLEROS CONTEMPORÁNEOS DEL PINTOR.



EL PÁRROCO DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÉ, DE TOLEDO, LEE LAS ORACIONES: A SU LADO, EL SACRISTÁN.



SAN AGUSTÍN MISMO ENTERRÓ AL CONDE DE ORGAZ, SEGÚN LA LEYENDA, SEGUIDA POR EL GRECO EN SU CUADRO.



JUNTO AL HACHÓN ENCENDIDO, DOS FRAILES DIALOGAN SERENA Y APACIBLEMENTE SOBRE EL TRÁNSITO FINAL.



EL GRECO: ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ; IGLESIA DE SANTO TOMÉ, TOLEDO (ESPAÑA).

Carta al Editor de "Life"

He aquí una réplica, suscrita por un joven escritor español, a la revista «Life», de N. Y., por una tendenciosa información acerca de la vida rural en España

Tengo a la vista, señor Editor, el número de *Life*, en cuyas páginas dedica usted atención especialísima a una pequeña y pobre aldea de mi país. Una aldea escondida por las sierras extremeñas, triste, paupérrima, atrasada, lejana del ferrocarril y de las carreteras principales; probablemente buscada y rebuscada, con no poca paciencia ni menos trabajo, por Mr. W. Eugene Smith, y, desde luego, lanzada después con no menor jovialidad escandalosa al magnífico papel *couché* de su semanario.

Esa es, efectivamente, la aldea de Deleitosa; esas sus modestísimas viviendas, sus sufridos habitantes, su ninguna modernidad. Eso que ha recogido su objetivo fotográfico es la vida tremenda que todavía llevan algunos pocos españoles en ese perdido rincón. No crea que nos da con ello noticia de ninguna novedad. Nosotros conocemos perfectamente los rincones humildes de España, tan perfectamente, por lo menos, como usted pretende conocer ese que ahora ha caído bajo el área de la poderosa influencia informativa de sus dólares. Nosotros sabemos cuáles son esos pueblos españoles que perduran, sobre poco más o menos, en iguales condiciones de existencia material que hace cuatrocientos años. La diferencia está en que nosotros tomamos con respeto y con dolor los datos de esa realidad terrible que, sobre afligirnos gravemente, nos llena del rubor de nuestra propia vida colectiva; mientras que ustedes hacen de ellos ese uso impúdico y escandaloso del sensacionalismo, que lo mismo les da aplicar al último atraco de las calles de Chicago por los *gangsters* de turno, o a cualquier *contratiempo* erótico de la vida *conyugal* de Cinelandia, que a la penuria de un pueblo honesto y desgraciado. Pero la penuria de un pueblo, sea cual sea, es—créame—bastante más respetable que todo eso. Cuando ese pueblo es el de uno, entonces, además de respetable, resulta entrañablemente trágica y vitalmente arraigada en el propio destino personal.

Pero además de ese respeto, cuya ausencia envilece más que nada a quien carece en su propia alma de los quilates necesarios para saber cómo ha de administrarse, además, hay otra cosa que es efectivamente exigible a cualquiera que tome sobre sí la tarea de informar al mundo de las cosas que van pasando cada día. Me refiero al deber de veracidad, el cual, naturalmente, puede ser quebrantado no sólo faltando limpiamente a la verdad, sino también destapando interesadamente una sola de sus múltiples vertientes. En estas dos cosas, en la falta de respeto y en la burla de la integridad que requiere la verdad, creo que ha incurrido el autor de ese lamentable reportaje sobre nuestra pequeña aldea cacereña. Mr. Smith coge las imágenes, las tristes imágenes de la aldea de Deleitosa, y arrojándolas sin más ni más a la voracidad de un público cuya capital medida de lo humano es el *confort*, viene a decirle: «Esto es España». Y no es así. Su documento es tan parcial, cuando menos, como si a manera de muestra de la vida española del presente tenido hubiera la debilidad—insólita—de reproducir únicamente las perspectivas más espléndidas de nuestras grandes ciudades o el lujo de nuestras clases privilegiadas. Y no; España, siendo una cosa y otra, no es ninguna de las dos. No servirá usted así, de una manera verídica y fiel, a su menester informativo, aunque me figuro que sí a no se que confuso propósito propagandístico.

No quisiera molestar ahora su atención en decirle cómo es la España de nuestro tiempo, ni en qué consiste, ni en dónde hallar esa posible imágen sintética con la que usted tal vez pudiera proporcionar a sus lectores una idea más aproximada y respetable de lo que España es. Me interesa, en cambio, hablarle un poco, documentarle si usted me lo permite, acerca de lo que esa aldea de Deleitosa representa para la sensibilidad de un español de los días que corren. Para la sensibilidad, dicho sea por adelantado, no patriotera, no casticista ni folklórica, de un hombre preocupado desde dentro por el conocimiento real de España.

En España, señor Editor, Deleitosa no es, por desgracia, caso único. Hay otras aldeas y lugares que pudieron haber servido a su propósito con tanto o mayor impresionismo que la pobre aldea extremeña de Deleitosa. Aún sería posible encontrar parejas condiciones de existencia sirviendo de base vital a pequeños núcleos de españoles, sometidos a ellas por una larga y tenaz fatalidad. Se lo dice quien, en la modesta medida que le es propia, va registrando profesionalmente los planos de la realidad española contemporánea, con el intento de sacar a la luz el fruto de conocimiento del verdadero estado de esa extensa y compleja realidad, cuyo remedio son otros los encargados de procurar. Sin duda para lograrlo se requerirá la enérgica puesta en marcha de todos los resortes públicos y privados de este país, abandonado por el mundo a su propio aire. Pero ni sus resortes, ni los ajenos que nadie le ha procurado todavía conseguirán tal vez colocarlo en el exigente nivel que alcanzaron los sueños de la presente generación, cuyo entendimiento de España tal vez le convenga a usted saber que, aunque muchas veces aparezca deformado estúpidamente por intérpretes oficiosos o por equívocos pregoneros, se alimentó precisamente del descontento, de la violenta irrupción del criticismo literario y sociológico que representa esa otra generación gigante de españoles, conocida con la cifra de un año que para ustedes, los norteamericanos, tal vez tenga todavía cierta resonancia: 1898.

En 1898 su reportaje, señor Editor, hubiera tenido valor representativo y feroz actualidad resumidora. Hubiera sido una llamada más entre las que entonces golpeaban *(Sigue en la página 19.)*

Letter to the Editor of "Life"

Dear Sir,

I have before me the issue of «Life» in which you devote your very especial attention to a small and poor village in my country. It is a village hidden away in the mountains of Estremadura, sad, very poor, behind the times, far from the railroad; and no doubt your Mr. W. Eugene Smith had to search for it with not a little patience and no less persevering work; and, needless to say, it was thrown with no less scandalous glee onto the magnificent calendered paper of your magazine.

Yes; that is the village of Deleitosa; those are its very humble dwellings, its long-suffering inhabitants, its utter lack of up-to-dateness. Those scenes caught by your camera lense make up the dreadful life that is still led by a few Spaniards in that out-of-the-way location. I do not think that by publishing them you have taught us anything we did not know. We know quite well the dark corners of Spain; at least, we know them as perfectly as you pretend to know those things that have now fallen within the sphere of the powerful informative influence of your dollars. We know what Spanish villages go on living more or less in the same material conditions as four hundred years ago,

The difference is that we are filled with respect and sorrow by the details of that terrible reality, which, besides gravely afflicting us, make us blush for such things in our collective life; whereas you put them to the shameless and scandalous uses of sensationalism; for it is all the same to you whether you apply those methods to the latest raid on the streets of Chicago by the gangster of the moment, or some amorous *contretemps* or other in the marital life of Filmland, or the misery of an honest but unfortunate human community. But the misery of a village, wherever it may be, let me tell you is a good deal more respectable than all that. And when that village is one's own, then, besides being worthy of respect, its sorrows are, tragically and vitally, part and parcel of one's own personal lot.

But, apart from that respect, whose absence is more degrading than anything else in those whose souls lack the necessary standards to know how to handle it, there is something else that is demanded in practice of any man who takes it upon himself to inform the world of what happens in it day by day. I mean, the duty of truthfulness, which, of course, may be transgressed not only by clearly prevaricating the truth but also by intentionally showing only one of its many sides. And I submit that the author of that deplorable article about our little village in the Province of Caceres has been guilty of both offences: lack of respect and contempt of that integrity which the truth requires. Mr. Smith takes the pictures, the sad pictures, of the village of Deleitosa and, throwing them out, without more ado, to be lapped up by that voracious public whose capital standard of what is human is *comfort*, he as good as says to that public: «This is Spain». But it is not. His document is as partial, to say the least of it, as it would have been had he had the—unaccustomed—weakness to reproduce solely, as an example of Spanish life to-day, the finest prospects of our great cities or the luxury of our privileged classes. No; Spain, being both things, is not exclusively either the one or the other. You will not in that way truthfully and faithfully perform your informative office, although I fancy you may thus serve your vague propagandist ends.

I will not now trouble you with details of how Spain is to-day; nor will I tell you what that possible picture of Spain as a whole consists of, nor where it can be found—that picture of Spain as a whole from which your readers might perhaps form a truer and worthier idea of what Spain is. But I do, on the other hand, want, if you will allow me, to post you up on what that little village of Deleitosa means to the sensitiveness of a Spaniard of these days; not to spreadeagleist or purist or folk-lorist sensitiveness, let me tell you, but to that sensitiveness that is deeply concerned about real knowledge of Spain.

Now, Sir, in Spain, unfortunately, Deleitosa is not an isolated case. There are other villages and places which might have served your purpose just as impressively as this little Estremenian village of Deleitosa, if not more so. It would still be possible to find similar living conditions among small groups of Spaniards, subjected to them by a long and obstinate fatality. I who tell you this am professionally engaged, in my own small measure, in recording the facets of contemporary Spanish existence for the purpose of bringing forth the fruit of knowledge of the real state of that vast and complex reality, whose remedy lies in other hands. No doubt to achieve that remedy it will be necessary forcibly to set in motion all the public and private springs of action of our country, which the world leaves to its own resources. But maybe neither its own resources nor those of others, which nobody places at its disposal, will suffice to place it on the exactingly high level to which the present generation aspires in its dreams. It may interest you to know that this generation's understanding of Spain though it often appears stupidly deformed by officious interpreters or doubtful advocates has sprung precisely from the discontent, from the violent irruption of literary and sociological criticism represented by another giant generation of Spaniards, which is known by a date that may still «ring a bell», as the saying is, for you Americans: 1898.

In 1898, Sir, this article of yours might have been representative, it might have had fierce topical value as a summing-up. It would have been one more among the many calls then issued to the sleeping conscience of Spain. To-day, it is nothing but a surprise attack, a propagandist trick, which unfairly magnifies a small and partial fact to an ignorant public to make it appear as the whole.

What is typical of Spain to-day is not that that backwardness and destitution of Deleitosa actually *exist*, but that she goes to seek out such things in order to fight against them by any means. That Spain you see in Deleitosa happens to be the Spain that we ourselves like as little as you do, though surely for different reasons. Unlike you, we love that Spain with a will to improve it. That will is fed by our very sorrow, it thrives on our very hope, and it is so deep and so genuine that it bristles with rage when any outsider lays unclean hands on that Spain to make frivolous tourist capital, or business, or simply political propaganda out of it.

Actually, that Spain which you show submerged in the painful pictures of Deleitosa has a well-known name among us: it is «black Spain». I do not know if you are aware that «black Spain» was one of the leitmotiv played with a full orchestra by that great generation of which I have spoken: from Darío de Regoyos to Zuloaga, passing through the later Solana, in the plastic arts, and from Pío Baroja to Azorín in literature. «Black Spain» is the outcome of a vast social structure of archaic feudal lines with which Spanish life has been burdened for centuries and which went through a crisis—intellectually—at that time when, as I tell you, a batch of Spaniards of the highest universal quality made a *problem* of it to themselves and intellectually and morally committed all successive generations to the task of seeking an honest and worthy solution to it. And that is what we are doing today, as yesterday; and, allow me to tell you, we are doing it with more energy even than yesterday, because that *problem* not only made itself patent, with much more than literary expressiveness or force, in a long and fierce civil war in which both sides covered the soil of Spain from end to end and inch by inch, but it was carried in the folds of the first flags that trod the path to victory in that war.

I have no call to explain to you the work involved in getting that will-to-improve to open a full way for itself, fighting with all its might not only against that economic poverty which we all know, but also against a certain prejudice, a certain mistaken attachment to time-honoured national customs, which still hangs like a millstone round the neck in certain dark zones of the Spanish mind at the present time, and which attitudes like that represented by your own article on Deleitosa only serve to aggravate.

On ther other hand, it may not be altogether useless for you to try to understand whence and how those *black* pictures of our poor little Deleitosa reached the faultlessly topical pages of «Life». I should like you to realize just how what still remains of «black Spain» among us stands on the chief bare spot in the thick grove of our millenary history. Do not trouble to find out what the Spanish Renaissance was or what it stood for in the European world, in order afterwards to appraise that alleged deficiency accurately. There is no need for you to do that. That is not the bare spot I mean; and I think, if you reflect on it, this little detail will be enough to convince you: it is that all that beautiful Continent on which your feet are now set came out of the darkness thanks to the impulse of Renaissance Spain. Other, wiser, men will assure you that what we missed was Enlightenment. But do not consult the Encyclopedia, either, to ascertain in what way this deficiency may have diminished Spain's historic life: Enlightenment was let through in some measure or other and its advances here bore the names of Kings Ferdinand VI and Charles III, for instance.

To my mind, Sir, Spain's historic bare spot is to be found in the nineteenth century. Let me explain. It is not that the nineteenth century was *nefarious* as some here say, in not a little haste to condemn; but simply that it was *non-existent*. And that is something you will be able to grasp better, without any need to cudgel your brains or brush up your history, because your own country took shape, as a country, precisely in the nineteenth century. That during that century some of you still went about making Sioux Indians drunk or machine-gunning Commanches to found your beautiful cities does not change the fact that those which were raised were even then endowed with all the progressive, civilized features and comforts of the nineteenth century.

For, above all other political or philosophical significances, the nineteenth century had the strictly sociological significance of the *progress* of villages and towns, of the settlement in them of the creative middle classes, following the spiritual impulse previously given them by Enlightenment. The *century of light* begot the century of electric light, of intellectual Rationalism, of the civilizing rationalization of life, with its great middle-class actions tending to the radical transformation of the material conditions of existence, those European actions which you went on applying automatically, synchronically, almost without realizing it, but *ex-novo*, on virgin soil most generously endowed by nature for this very time in history.

And that is just what Spain, to her sorrow, never had: a nineteenth century. She did not have at the right time any genuine economic Liberalism, nor any great creative middle class or intellectual Progressism of sufficient strength and elevation to impose its tone upon the country. The failure of the reigning dynasty at the end the eighteenth century paved the way for that deficiency, which the War of Independence against the French invader was to consummate noisily with the twofold repercussion of its devastating *disasters* on the material life of Spain's cities and countryside —cutting down at the roots the small initial achievements of Enlightened Despotism—and the consequent ultra-nationalist reaction against Progressist and civilizing Europeanism, which had the misfortune to knock at the door of our country at the same time as the armies of Napoleon Buonaparte.

It is just that development of the conditions of civilizing progress characteristic of the nineteenth century that was generally absent from our slow and troubled Spanish life. Spain, the country of slow-ripening fruit, was slower than ever in gathering the ripe fruit of progress, and, meanwhile, especially in her spacious countryside, she perpetuated rural, pre-nineteenth-century living conditions which were economically saturated with absentee-landlordism, aristocratic neglect, and social helplessness.

So, «black Spain» spread like a cancerous growth on that vital side which the nineteenth century never came to cover; but, to cut that cancer and take the bright colour of clean blood to places where there was only misery and neglect, our Spain has been striving for over half a century, striving harder every day against fate. I know that in your prosperous and fortunate country, where even time is gold, things are done more quickly, with a powerful and enviable quickness. Here the pace is slower, more diffident, because its measure is the diffident one of poverty; and there is so much to raise and transform and put on the way to a full yield!

But in that slow, persistent fight of the new life against the old, whose life-giving and civilizing tide has not yet reached the hidden village of Deleitosa, one thing *has* been left behind, wiped out, overcome at last: and that is «black Spain» as a figure of speech totally covering the whole reality of Spanish life. Deleitosa is no longer a representative village; it is a regrettable—though still not unique—exception in the general perspective of Spain. To hold up that sad picture as anything else, Sir, is a piece of deceitful sophistry, as hurtful a falsehood as it would be to dub a gangster film «Scenes of American life» without any qualification.

And here I end this long letter, since I had to end somewhere. I am surely leaving in the ink-pot many things that I could say to make you understand more clearly; and, on the other hand, I have said others which maybe overflowed the banks of my mind like waters swelling in the freshet of an anger near to tears. For the mouth speaketh out of the fulness of the heart, and in my heart there is set, like a huge Spanish tear, that bitter picture of our Deleitosa that you have held up on the spear of your magazine for other eyes to look at without love and with scorn. Yours very truly,

GASPAR GOMEZ DE LA SERNA

Carta al Editor de "Life"

(Viene de la página 17)

la dormida conciencia española. Hoy no pasa de ser un exabrupto. Un truco propagandístico que amplifica ilícitamente, sobre un público ignaro, una realidad mínima y parcial con pretensión totalizadora. Hoy España no se caracteriza por *estar* en ese abandonado atraso real de Deleitosa, sino precisamente por ir a buscarlo para luchar, como sea, en contra suya. Esa España de Deleitosa es justamente la España que, tal vez como a usted, aunque seguramente por otras razones, tampoco a nosotros nos gusta; pero a la que, a diferencia de usted, nosotros amamos con voluntad de perfección. Esa voluntad se alimenta de nuestro propio dolor, vive de nuestra misma esperanza, y es tan honda y auténtica que se eriza de coraje cuando alguien, desde fuera, pone sobre ella sus manos impuras para hacer frívolo turismo, para hacer negocio o simplemente para hacer propaganda política.

En realidad, esa España que usted presenta subsumida en las penosas imágenes de Deleitosa tiene entre nosotros un nombre propio, harto conocido: es «la España negra». No sé si sabe usted que «la España negra» ha sido uno de los temas claves, ejecutados a gran orquesta por esa generación egregia de que le hablaba: desde Darío de Regoyos hasta Zuloaga, pasando por el tardío Solana, en las artes plásticas, y desde Pío Baroja hasta *Azorín*, en el arte literario. La «España negra» es el producto de una dilatada estructura social, de arcaico corte feudal, que viene arrastrando durante centurias la vida española, y que hizo crisis—intelectualmente—en esa fecha en que le digo que una promoción de españoles de la máxima calidad universal se hizo *problema* de ella, comprometiendo intelectual y moralmente a todas las generaciones sucesivas en la empresa de buscarle una honesta y digna solución. En eso andamos ahora, como ayer; y, si usted me lo permite, le diré que con más fuerza aun que ayer, por cuanto ese *problema* no sólo se ha hecho patente, con mucha mayor expresividad y fuerza que la literaria, a través de una cruenta y larga guerra civil en la que España ha sido recorrida por ambos bandos palmo a palmo, sino que incluso campeaba ya en las banderas iniciales que se llevaron en aquella guerra a la victoria de camino.

No tengo que explicarle el trabajo que cuesta que esa voluntad de perfección se abra cumplido paso, luchando a brazo partido, no sólo en contra de una penuria económica de todos conocida, sino, aun, en contra de cierta rémora, digamos *casticista*, que todavía pesa como un lastre viejo sobre ciertas oscuras zonas de la mentalidad española del presente, que—dicho sea de paso—actitudes como la que su reportaje extranjero sobre Deleitosa representa, no hacen sino exacerbar.

En cambio, tal vez fuera útil que usted tratara de comprender desde dónde y por qué camino han podido llegar hasta la impecable actualidad de las páginas de *Life* esas imágenes *negras* de nuestra pobre Deleitosa. Yo quisiera que usted alcanzara a ver cómo lo que aun nos queda de «la España negra» está, justamente, levantado sobre la calva capital de nuestra frondosa historia milenaria. Oirá usted decir a algunos, tal vez, que España no ha tenido Renacimiento; no se moleste en indagar qué cosa sea Renacimiento español, o qué ha significado en el mundo europeo, para calibrar luego con exactitud esa pretendida ausencia; no le hace falta, porque no es esa la laguna de que le hablo; y creo que bastará para convencerle—si se fija—el pequeño detalle de que todo ese hermoso Continente sobre el que usted apoya ahora los pies salió de la tiniebla gracias al impulso de la España renacentista. Otros, más doctos, le asegurarán que el fallo nuestro está en la Ilustración, pero tampoco consulte la *Enciclopedia* para averiguar en qué pudo haber mermado su falta la vida histórica de España: en una u otra medida se le fué dando paso y sus adelantados tuvieron aquí nombre de reyes: Fernando VI y Carlos III, por ejemplo.

La calva histórica de España pienso, señor mío, que está en el siglo XIX. Entienda usted. No porque el siglo XIX haya sido *nefasto*, como algunos dicen por aquí con no poco apresuramiento condenatorio; sino sencillamente *porque no ha sido*. Y eso sí que usted lo podrá entender mejor, sin necesidad de forzar sus conocimientos históricos; porque su propio país se ha cuajado, como tal país, precisamente en el siglo XIX. Que todavía durante él anduvieran algunos de ustedes ametrallando *comanches* para fundar sus hermosas ciudades, no quiere decir que las que fueran fundando no se levantaran ya con todo el carácter progresista, civilizado y confortable del siglo XIX.

Pues el siglo XIX ha tenido, sobre todo otro significado político o filosófico, el significado de signo estrictamente sociológico de la *progresión* de los pueblos y ciudades; del asentamiento real en ellos de la burguesía creadora, según el ímpetu espiritual elaborado previamente por la Ilustración. Del *siglo de las luces* nació el siglo de la luz eléctrica; del racionalismo intelectual, la racionalización civilizadora del vivir, con sus grandes operaciones burguesas de transformación radical de las condiciones materiales de la existencia. Esas operaciones europeas que ustedes iban aplicando automáticamente, sincrónicamente, casi sin darse cuenta, pero *ex novo*, sobre una tierra virgen y dotada por la Naturaleza con el máximo de generosidad para esa hora en punto de la Historia.

Y eso es exactamente lo que España no ha tenido nunca, para su desdicha: siglo XIX. No ha tenido, en su momento, auténtico liberalismo económico, ni gran burguesía creadora, ni progresismo intelectual con la fuerza y la altura suficientes para imponer su tónica en el país. La quiebra de la Dinastía reinante a fines del siglo XVIII prepara ese fallo, que la Guerra de la Independencia contra el invasor francés va a consumar ruidosamente, con la doble repercusión de sus *desastres* asoladores sobre la vida material de las ciudades y campos de España—talando de raíz las pequeñas conquistas iniciales del Despotismo ilustrado—, y la consecutiva reacción ultranacionalista contra el europeísmo progresista y civilizador, que tuvo la desgracia de anunciarse a las puertas de nuestro país al mismo tiempo que los ejércitos de Napoleón Bonaparte.

Es, justamente, ese despliegue de las condiciones del progreso civilizador que caracterizó al siglo XIX, lo que en general ha estado ausente de nuestra lenta y accidentada vida española. España, la de los frutos tardíos, ha tardado más que en nada en coger la fruta madura del *progreso*, perpetuando entre tanto, sobre todo en su espaciosa área campesina, condiciones de vida rurales, predecimonónicas, económicamente saturadas de latifundismo absentista, de aristocrático abandono y de social desamparo.

La «España negra» ha crecido, pues, como un cáncer en ese flanco vital que el siglo XIX no llegó a cubrir, pero para sajar ese cáncer y llevar el color vivo de la sangre limpia donde no hay más que miseria y abandono, nuestra España hace más de medio siglo que está forcejeando, cada día con mayor denuedo, en contra del destino. Ya sé que en su próspero y afortunado país, en donde hasta el tiempo es oro, se hacen las cosas más de prisa, con una poderosa rapidez envidiable. Aquí el ritmo es más lento, más humilde, porque tiene la medida modesta de la pobreza y ¡es tanto lo que hay que levantar y transformar y poner en trance de pleno rendimiento!

Mas en esa lenta, pertinaz contienda de la vida nueva contra la vida vieja, cuya civilizadora marea aun no ha logrado vivificar a la escondida aldea de Deleitosa, una cosa sí ha quedado atrás, vencida, sobrepasada al fin: la «España negra» como imagen compendiosamente alusiva a la realidad total de España.

Deleitosa no es ya un pueblo representativo; es, aunque no la única, una doliente excepción en la perspectiva general de España. Esgrimir su triste imágen en otro sentido, señor Editor, es una argucia de mala ley, una hiriente falsedad como lo sería, por ejemplo, la de plantar en el celuloide de un *film* de *gangsters* un rótulo, ciertamente incompleto, que rezase así: «Escenas de la vida en Norteamérica».

Y aquí concluyo ya esta larga carta, porque en alguna parte había de acabar: seguramente dejándome en el tintero muchas cosas que aun podría decirle para mayor entendimiento, y dando, en cambio, suelta a otras que acaso se salieron de madre, crecidas como están en la riada de un coraje casi a punto de lágrima. Porque de la abundancia del corazón habla la boca, y en el corazón está, cuajada como una enorme lágrima española, esa amarga imagen de nuestra Deleitosa, que usted ha puesto en la picota de su semanario para que ojos extraños la contemplen sin amor y con desprecio.

De usted atto. y s. s.,

GASPAR GOMEZ DE LA SERNA

y epístola sobre la crítica de España a los estudiantes de castellano de U.S.A.

«No importa que el escalpelo haga sangre; lo que importa es que obedezca a una ley de amor.» *José Antonio Primo de Rivera.*

SOLO te busco a tí, estudiante norteamericano de español, porque únicamente tú conoces en tu patria a España. Para los demás conciudadanos tuyos, España es como el Tibet: un buen motivo para unas fotografías pintorescas; nada más. Este concepto sirve, sin duda, siempre *Life*, que esta vez le puso crespones de luto a la pandereta para dar a sus lectores, a falta de reportaje más sensacional, la otra versión típica: la España negra. Para ello no ha vacilado en mostrar la roña que sólo cubre ya mínimas partes de la vieja piel de toro. Una roña que, asépticamente, aparece fotografiada sin que se diga de dónde viene y adónde va. Una roña que la España de 1951 se encontró como importante legado en la herencia recibida. Y sobre la cual puede cualquier norteamericano informado por vuestra Prensa pensar que descansa el Régimen español orondo y satisfecho.

Porque yo sé que tú amas a España quiero decirte que los españoles militan en un Movimiento que ha surgido precisamente de la crítica dura y despiadada a la España física a que nacieron. No te hablaré yo sólo. Te mostraré el pensamiento de quien—en tres años de vida pública (su primer mitin político fué en 29 de octubre de 1933 y murió fusilado por la Segunda República española en 20 de noviembre de 1936)—creó la doctrina que es hoy sistema vertebral del Régimen español: José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. Seguramente no has oído hablar de él; desde luego, nunca gastaría en ello *Life* su dinero.

El concepto español actual del patriotismo es precisamente el suyo: amor nacido de la crítica. Su patriotismo nos dijo: *No se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas de su pasado. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora.* No fué, desde luego, el primer español descontento, pues aquí los mejores españoles, desde que hace más de tres siglos fuimos derrotados, no han sido panegíricos, sino críticos (como alumno de español tal vez te interese saber que hay una excelente antología de Dolores Franco con este título: *La preocupación de España en su literatura*, Edit. Adán, Madrid, 1944). Pero ese descontento, que se agudizó en las izquierdas contemporáneas (dos profesores de español en tu patria han hecho otra antología que podrías leer: *Concepto contemporáneo de España*, de Angel del Río y M. J. Bernardete, Edit. Losada, Buenos Aires, 1946)), no lo puso José Antonio Primo de Rivera al servicio de la negación, sino de la edificación de España. Y dijo: *En el fondo de nuestras almas vibra una simpatía hacia aquellas gentes de la izquierda las cuales han llegado al odio por el mismo camino que a nosotros nos ha conducido al amor: mediante la crítica de una España mediocre, entristecida, miserable y melancólica. Su descontento es nuestro. Nosotros* —añadió—*también hemos llegado al patriotismo por la crítica.* ¿Está todo esto claro? Por nacer nuestro patriotismo del amor a una España que no nos gusta, estamos dispuestos a sajar sin contemplaciones. Y no nos asustan las críticas, todo lo contrario: *No importa que el escalpelo haga sangre; lo que importa es que obedezca a una ley de amor.* Y a esa ley de amor han obedecido páginas mucho más feroces que las de *Life*, aparecidas en revistas políticas españolas que han firmado quienes militan en la Revolución Nacional. Pero hay una notable diferencia: ¿verdad que no es a la ley del amor precisamente a la que obedece el fotógrafo de *Life*? Ni tiene por qué, me dirás; en efecto, él es norteamericano. Pero tú también lo eres y a ti es a quien escribo para llamarte al amor. Al menos para intentar romper tu ignorancia.

Si José Antonio no cayó en el "optimismo desvergonzado" que *Azorín* denigró, tampoco se limitó a manifestar su descontento.

En esto se diferenció José Antonio de los otros intelectuales descontentos de la España contemporánea. El izó, por eso, la bandera de una Revolución nacional, que, de una vez, de un impulso vigoroso, sacara a España para siempre de lo que Miguel de Unamuno llamó su "marasmo". De una Revolución que arrancara para siempre la costra que sobre España, especialmente en el campo, habían dejado tres siglos continuos de derrota. Por eso la Revolución nacional no se encerró en el Parlamento. Todo lo contrario, buscó la España perdida entre riscos y vericuetos, y allá fué a conocerla, a ganarla. Te gustaría saber que José Antonio Primo de Rivera no intentó conquistar la opinión del país, sino buscar, donde estuvieran, las reservas espirituales de la España auténtica. Pero oigámosle a él: *Vosotros sois la verdadera España*—les dice a los campesinos de la Mancha—: *la España vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares y comunales, la continuidad entre los antepasados y los descendientes. De vosotros salieron también, duros, callados y sufridos, los que hicieron el imperio de España. Pero sobre todos, oprimiéndoos, deformando la verdadera España que constituís, hay otra artificial, infecunda, ruidosa, formada por los partidos políticos, por el Parlamento, por la vida parasitaria de las ciudades.* Nadie ha hecho mejor que él, ni en nadie ha nacido de un más hondo amor, la crítica implacable de la España campesina en aquellas zonas donde la civilización aún no ha llegado: *Gran parte de la tierra española, ancha, triste, seca, destartalada, huesuda, como sus pobladores, parece no tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura. Tenemos que reconocer que nuestra vida agraria, la de nuestras ciudades pequeñas y nuestros pueblos es absolutamente inhumana e indefendible. España, que tiene una superficie sobrada para poder sostener cuarenta millones de habitantes, por una distribución absurda de la propiedad territorial y por un retraso inconcebible en las obras de riegos, mantiene un régimen en que dos millones de familias por lo menos viven en condiciones muy inferiores a la de los animales domésticos y casi a la de los animales salvajes* (1934).

Sólo quiero recordarte que cuando dijo esto el Fundador de la Falange Española—organización tachada de totalitaria, por otra parte, en tu país por el mismo que afirma deberse a Italia la gloria del descubrimiento de América—llevaba tres años gobernando la Segunda República Española, la de los liberales, apoyada por los "intelectuales", a quienes no estorbaba ya—como ellos venían afirmando desde hacía un siglo—la Monarquía para hacer la Revolución que hacía falta en España. Los liberales republicanos, sin embargo, no la hicieron y su ley de la Reforma Agraria fué otra burla al hombre de los campesinos españoles, como lo fué la famosa desamortización del liberal monárquico Mendizábal en el siglo pasado. La posibilidad que tuvo el liberalismo durante más de siglo y medio para transformar totalmente las condiciones de vida en el campo español fué desaprovechada. Por eso ahora los españoles no confían sus problemas a la lucha de partidos y se afanan por otros caminos políticos. Como también habrás oído hablar de nuestra reacción frente a la República y frente al parlamentarismo, es conveniente que sepas algunas cosas que no voy tampoco a inventarte ahora: *Nuestro Movimiento empalma con la Revolución del 14 de abril. La alegría del 14 de abril, una vez más, era el reencuentro del pueblo español con la vieja nostalgia de su revolución pendiente. Pero los hombres del 14 de abril tienen en la historia la responsabilidad terrible de haber defraudado otra vez la revolución española. Los hombres del 14 de abril no hicieron lo que el 14 de abril prometía.*

Que la República no lo hizo lo reconoce una autoridad nada sospechosa para ti: Salvador de Madariaga, Embajador extraordinario con dicho Régimen, en su libro *España* (Buenos Aires, 1950, pág. 491): "Esta reforma (se refiere a la Ley de Reforma Agraria de 15 de septiembre de 1932), de excelente intención y estudio, aun afeada por una o dos disposiciones de índole vengativa y confiscatoria, fracasó no obstante a causa de la lentitud de su aplicación, debida en parte a las dificultades del problema en sí; en parte, al defecto inicial del Estado español, al que Azaña, a pesar de ser funcionario público toda la vida, no prestó la debida atención: la ineficacia administrativa de los funcionarios y de la organización de los Ministerios".

Y atiende ahora a este texto definitivo: *Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al escamoteo del 14 abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros precisamente alegamos contra el 14 de abril, no el que fuese estéril, el que frustrase una vez más la revolución pendiente española. Y por eso nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y abandonaron, y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español, que, más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda que nos está haciendo falta* (19 de mayo de 1939).

Si enérgico era el diagnóstico y la crítica de aquella España frente a la cual se levantaba la acusación implacable del jefe de la juventud española, no menos enérgico e implacable era el remedio que propugnó: *No toda España es habitable: hay que devolver al desierto, y sobre todo al bosque, muchas tierras que sólo sirven para perpetuar la miseria de quienes las labran. Masas enteras habrán de ser trasladadas a tierras cultivables, que habrán de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riegos, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato y, de otra parte, patrimonios familiares y cultivos sindicales.*

Lo de Deleitosa, como ves, no es un descubrimiento, aunque a ti te haya llenado unos minutos de ocio el reportaje. Esa bandera es la que está al aire en el mástil de nuestro empeño. Pero entonces, ¿por qué el rencor del mundo? Si el mundo nos hubiera dejado en paz, ya estaría la revolución hecha.

Deleitosa,—su único deleite, desde luego, es para el público norteamericano—queda aún en la superficie de la vieja piel de toro hispánica, como una pústula del cáncer que ha corroído a España durante siglos y que el parlamentarismo español no acertó a extirpar. ¿Se nos puede aislar y condenar por intentarlo? Por allá pasaron millares de diputados prometiendo. ¿Se nos puede excomulgar por no seguir ese camino? Admírate, pues, de la entereza del ánimo español, que a pesar del complot de todas las naciones—excepto singulares apoyos hispanoamericanos y árabes—no ha cejado en su empeño.

Y ese empeño nuestro revolucionario ha sido estorbado políticamente desde fuera. Y ha sido impedido además económicamente. Porque para trasladar a esas gentes a tierras fértiles hace falta poner en explotación éstas, expropiándolas, regándolas, abonándolas, invirtiendo en ellas un inmenso capital en obras, explanaciones, viviendas, maquinarias, silos, estaciones experimentales, granjas, etc. Lo hecho es milagroso si piensas que todo es resultado de lo ahorrado en la pobreza española.

Sí, aun queda Deleitosa en España, pero ya ves cómo se vuelve contra tu propio país esa bofetada que *Life* ha querido tirar contra el rostro de España. España siempre ha creído que el pueblo norteamericano es noble y generoso; sin embargo, su Prensa no es así. Mal papel para *Life* el de hacer de Prensa amarilla. *Life* debía haber contado toda la historia o haberse callado, que es lo honesto. ¿No te parece así también a ti?

JAIME SUAREZ

DELEITOSA DE "LIFE"

La España contra la que España lucha

Spanish Village

IT LIVES IN ANCIENT POVERTY AND FAITH

HACE poco, cuando el candeal se espigaba en Castilla y el manitoba en Nebraska, «M. H.» se vió obligado, contra su modestia, a dar una lección de caballerosidad a la revista norteamericana *Look*, que engañaba a sus lectores con una información tramposa sobre España. Después *Life*, en abril último, publicaba en siete u ocho fotografías un reportaje gráfico en que se hacía la disección de Deleitosa, un pueblecito pobretón de Extremadura. Si en la información de *Look* no había veracidad, en el reportaje de *Life* no había amor. Pero no es cosa de que en esta calamitosa postguerra—de cuya organización no es precisamente responsable España—pidamos a las revistas norteamericanas veracidad y cordialidad, generosidad y respeto. En muchas de las películas que nos llegaron en los últimos años, desde *Mrs. Miniver* a *Las rocas blancas de Dover*, los personajes se entregaban a una retórica topiquera (sobre la generosidad, la paz y el respeto mutuo entre los pueblos) que en Europa hacía reír porque ya se conocía desde los tiempos del Presidente Wilson: un señor Presidente Wilson que gastó sus mejores discursos y sus mejores impulsos en constituir la Sociedad de las Naciones para que los Estados Unidos no entrasen en la S. de N. Con el antecedente, bastaba para que tanta retórica presidencial, secretarial, periodística y cinematográfica fuese considerada al igual que años antes la S. de N.: como producto bobo de exportación.

No puede decirse que *Life* mienta en su reportaje sobre Deleitosa. Antes que él, muchos españoles dijeron cosas muy duras sobre infinidad de pueblos del agro central español. Lo que extraña aquí es que *Life* se complazca en lucir estos temas, tan lejanos de su mundo norteamericano, cuando en cualquiera de los cuarenta y tantos Estados de la Unión hay temas sobrados para reportajes aun más tristes y dañinamente espectaculares. A la sombra de N. Y., capital del mundo físico de hoy, está el barrio negro: Harlem. Posiblemente *Life* no nos comprendería si dijésemos aquí que la vida en Deleitosa es preferible a la vida en Harlem, en puro rigor ético, en puro rigor humano. Porque aun en Deleitosa, con todo, o quién sabe si por todo, la vida humana (los valores humanos, el espíritu, la consciencia de la fugacidad de la vida, el sentido del tránsito, el valor eterno del alma) no es tan repulsiva como en Harlem. Pero, si seguimos por este camino, quizá los hombres de *Life* no nos comprendan.

Hay algo que el fotógrafo de *Life*—excelente fotógrafo por cierto—no pudo o no quiso captar en Deleitosa, quizá porque no le convenía, quizá porque no lo comprendía, quizá porque la moral no es apta para el objetivo fotográfico. O porque la moral y el sentido católico de la vida molesta a muchas gentes, incluso a los señores de *Life*. Pero seguramente de la pobre Deleitosa podría extraerse el ejemplo de la vida en familia, honestamente, a pesar de la pobreza; la integridad indestructible del grupo familiar, la decencia en las costumbres, el pudor femenino, el rezo cotidiano, el amor y el temor a Dios... Un ejemplo que luego

y los Deleitosa de la nueva España

Life, con sus millones de ejemplares de tirada, podría ofrecer a las ciudades norteamericanas—no sólo a Harlem—para bien de Norteamérica y seguridad de su porvenir, por otro lado privilegiado y admirable. Pero es posible que tampoco por este camino puedan comprendernos los hombres de *Life*. Y hace falta la comprensión, como decían en aquellas películas de propaganda.

Intentemos otros, que tocan más de cerca a América. Deleitosa pertenece al partido judicial de Trujillo. Esto, dicho así, ya conquistará para Deleitosa una simpatía inicial entre los hombres que viven de Río Grande para abajo. Y ya explicará, previamente, la calidad humana de sus habitantes, a pesar de la pobreza. Ser atleta y campeón olímpico con un régimen de sobrealimentación científica tiene menos gracia que conquistar y civilizar un continente a uña de caballo, pasando calamidades y comiendo cortezas cuando no había otra cosa que comer. Es posible que los señores de *Life* lean algún día la vida de Orellana y sepan también quiénes fueron entre otros «los trece de la fama». Entonces conocerán que las gentes de la comarca de Deleitosa, quizá con la misma pobreza que ahora, supieron resolver su gigantesco mensaje a García mucho antes de que el otro «mensaje a García», el chiquitín, fuera (para la ingenuidad norteamericana) una pieza literaria y una despampanante teoría filosófica.

Deleitosa, en España o en el mundo, para *Life* es un negocio. Para nosotros, un dolor. A los españoles todos les duele Deleitosa y otros pueblos que como Deleitosa viven en una pobreza secular de la que por fuerza hemos de arrancarlos. Queremos para ellos (y en estos momentos lo quieren todos los españoles), una vida con casas limpias e higiénicas, con campos circundantes enhebrados por tractores; una vida cómoda, moderna, como la que tendrán sin duda muchos pueblos norteamericanos. España lo desea frenéticamente, angustiosamente. Pero, entiéndasenos: con estos mismos hombres, con esta misma moral, con este mismo espíritu, con esta misma vida íntima y personal y en la gracia de Dios. (La gracia de Dios está, por ejemplo, en esa muerte de un hidalgo campesino que figura en el reportaje de *Life*. En ella, la intención del fotógrafo—la estampa tétrica—ha sido burlada por la hondura de ese momento, en el que todos los elementos humanos, captados magistralmente por el objetivo, muestran una trascendencia mística. Así nos gustaría morir—y bien rezados—a los que hacemos MUNDO HISPÁNICO). Quiere decirse que no cambiaríamos TOTALMENTE a Deleitosa por ningún pueblo norteamericano. Saldríamos perdiendo. Sería inútil que dijésemos ahora que posiblemente los hombres de Deleitosa son capaces de comprender un auto sacramental de Calderón y toda la teología en él metida, en tanto otros hombres más o menos electrificados y motorizados, desde luego bien alimentados, y más o menos «selfmen», apenas comprenden una novela de Steinbeck o Faulkner o un drama de O'Neill, y entre estos hombres incluímos al magnífico fotógrafo de *Life* que estuvo en Deleitosa. Sería inútil que lo dijésemos porque tampoco nos comprenderían los señores de *Life*. (Sigue fallando el propósito de comprensión, que tiene su origen en que ellos leen devotamente las Selecciones del «Readers's Digest» cuando debieran leer alegremente la «Guía de Pecadores», de Fray Luis de Granada).

Para acabar con esta angustia física de muchos burgos de la meseta peninsular, España—que también es pobre—está entregada a la colonización de muchas de sus tierras y a la construcción de nuevos pueblos de signo agrícola que ofrezcan las debidas comodidades a sus habitantes. Se han hecho muchos, en los últimos diez años, y se siguen haciendo. Y se han hecho apretando el cinturón de la pobreza española, sin Plan Marshall, en tanto que otros países aprovecharon el Plan Marshall para organizar huelgas e incrementar el comunismo. Es igual. Estamos seguros de que si empezase ahora mismo esa guerra que se espera, se intentaría improvisar fulminantemente un nuevo Plan Marshall expeditivo, sin protocolos ni formulismos, sin expedientes ni averiguaciones, para colocar en manos de los hombres de Deleitosa y de todas las «Deleitosas» de España el fusil de repetición o la «bazooka», en la seguridad absoluta de que los emplearían a modo. Los promotores de este improvisado Plan Marshall lo harían pensando en salvar su imperio económico. Los hombres de Deleitosa, tan escasos de civilización a la norteamericana, pensando en salvar la Civilización.

Puede lucharse en nombre del Kremlin, en nombre de Wall Street y—aunque tampoco lo comprendan los señores de *Life*—en nombre de Dios. De momento, ésta es la diferencia.



LOS NUEVOS DELEITOSA

En la lucha contra la perspectiva rural de los «Deleitosa», España está transformando su campo al través de la obra del Instituto Nacional de Colonización, creado hace diez años. La obra ingente, eficacísima y revolucionaria del I. N. de C. consiste en la transformación de grandes áreas y en facilitar al campesino el acceso a la propiedad, así como en la construcción de nuevos pueblos, caminos, acequias y desagües, nivelación de terrenos con equipos mecánicos adecuados, canalización de aguas, tendido de redes eléctricas, transformación en regadío de las tierras, entrega de créditos y de aperos y maquinaria... En estos diez años, hasta el 31 de diciembre último, el I. N. de C. había construído 306 kilómetros de carreteras y 711 kilómetros de acequias. Al mismo tiempo se han levantado, en las zonas agrícolas colonizadas, 24 pueblos totalmente nuevos, todos ellos con escuelas, iglesia y dispensarios médicos. Estas páginas de «M. H.» ofrecen sólo la visión de cinco de dichos pueblos: para ejemplo basta.

En esta plana, vista aérea del nuevo pueblo de Guadiana del Caudillo, en Extremadura, recientemente inaugurado. Aloja a 113 colonos y sus familias y está concebido para una ampliación prevista de 250 cabezas de familia.

BERNUY

la vida en un nuevo pueblo español



Uno de los nuevos pueblos de España es Bernuy, agregado a Malpica de Tajo, en la provincia de Toledo. Alegre y tradicional, la Plaza Mayor de Bernuy, es centro de reunión de los labriegos, dueños hoy, desde hace poco, de sus casas y de sus tierras.



Caballero en su caballo, un colono se dirige a su labor. En el «jeep», que ningún Plan Marshall regaló a España, el ingeniero recorre las fincas. Modesto Fernández, de 17 años, sobre la bicicleta que le compraron sus padres, ayer jornaleros y hoy propietarios.







La maestra de Bernuy, señorita María Petra Arnedo, presencia la salida de clase de sus alumnas, a las que enseña en una Escuela nueva, dotada con modernas instalaciones.



Es verano y hace calor. Lidia Martín, de 32 años, nueva vecina de Bernuy, se refresca con el agua de su botijo.

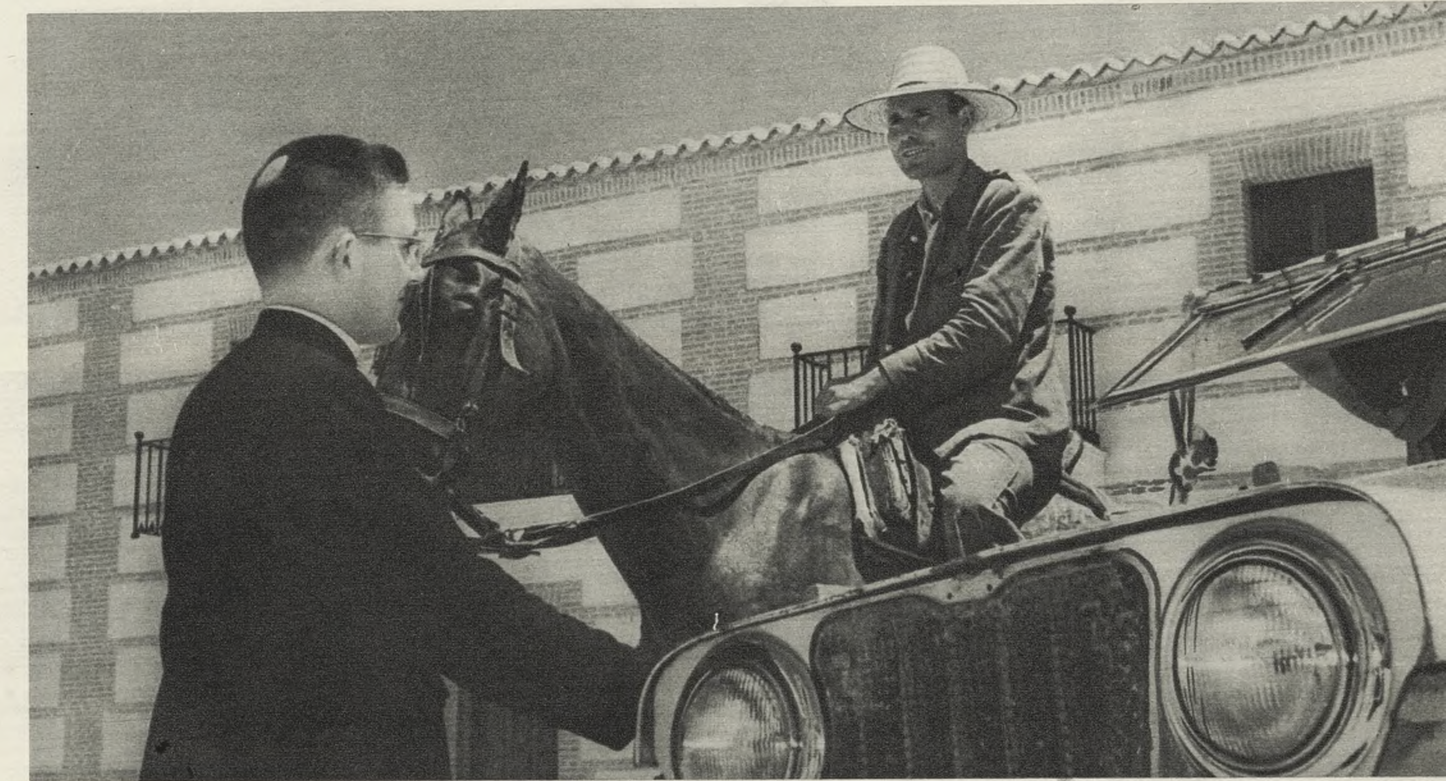
El tema de la cosecha espléndida que Dios ha deparado a la España de 1951, es el de todas las conversaciones campesinas. Sobre la buena cosecha—¡al fin!—, hablan Ramón del Mazo, Esteban Arranza y Ernesto Colinfres, mecánico.





Una parte de la chiquillería femenina de Bernuy—caras que denotan buena raza y ojos vivos de guapas españolas del mañana— durante la misa dominical.

La hora de Misa. Es domingo. Desde Malpica, el pueblo de al lado, llega el señor párroco. Hace un mes el Revdo. Lino Sánchez Cabezudo, cantaba su primera misa, recién salido del Seminario de Toledo. Hoy tiene a su cargo la salud espiritual de estas buenas gentes que habitan el pueblo nuevo de Bernuy.





Ya conocemos a Lidia Martín; esposa de Raimundo Pavón, de 42 años. Este matrimonio es hoy propietario de 3 hectáreas de regadío.



Pepita Pavón Martín, arregla su cuarto. Todavía es muy niña. Dentro de poco la luna del armario será su confidente preferido.



El depósito de aguas de Bernuy. El encargado, Ernesto Colinfres, mecánico del pueblo, se dispone a arreglar una pequeña avería.



El nuevo pueblo de Suchs, en la zona dominada por el canal de Aragón y Cataluña, alberga a las cien familias de colonos que cultivan las 1.890 hectáreas que comprende la finca de igual nombre. En primer término, vista parcial de la nivelación que se está realizando con destino a huertos familiares, complementarios de la explotación familiar agrícola.







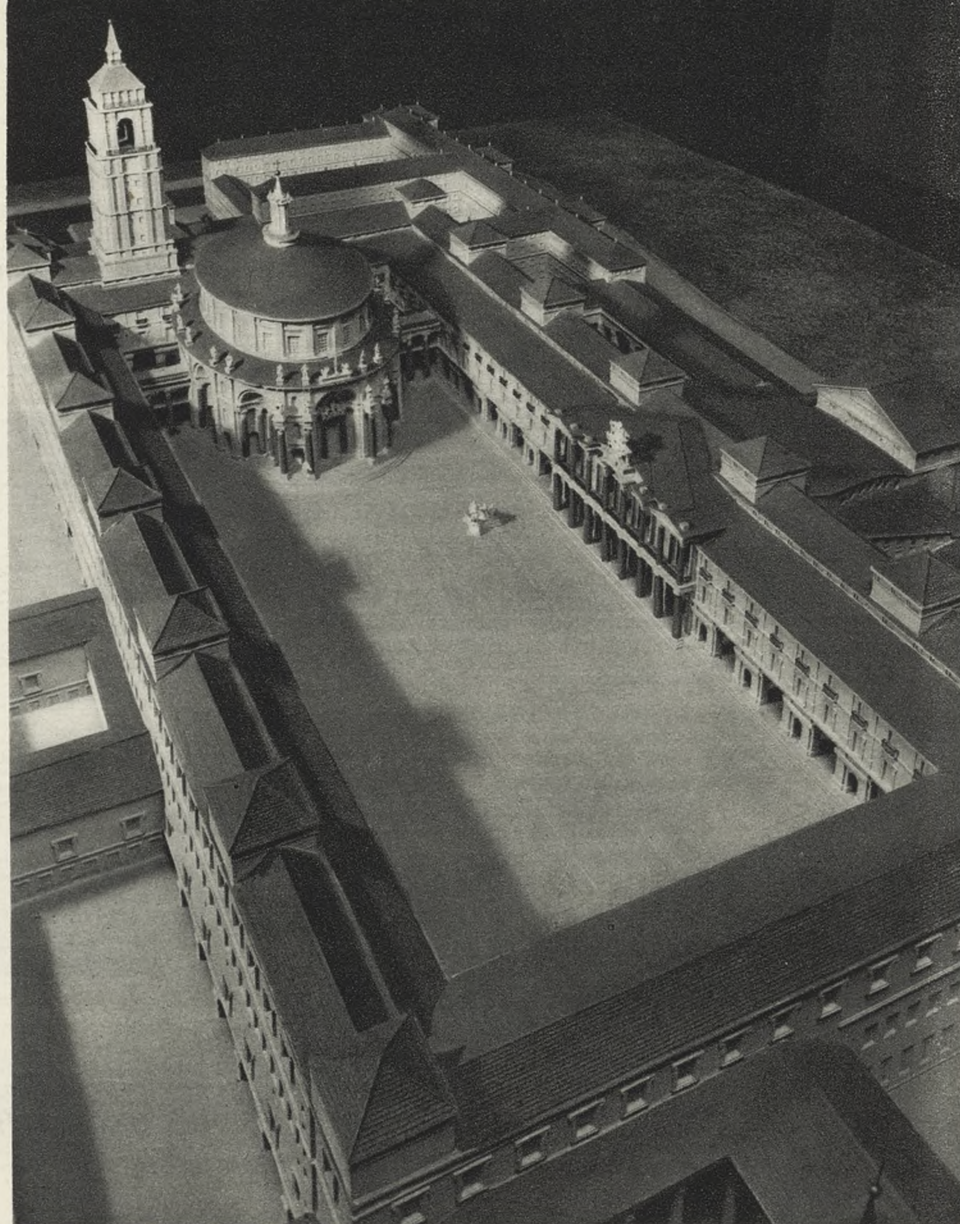
Nuevo pueblo de Valdelacalzada, en Extremadura, que tendrá una capacidad para 380 colonos, que el Instituto Nacional de Colonización ha de instalar sobre 1.600 hectáreas de las 12.500 regables que abarca la zona de Montijo. Junto con las redes de acequias, desagües, caminos y demás instalaciones de la zona fué inaugurado el 7 junio 1951, por el Generalísimo Franco.



El nuevo pueblo de Gimenells, construído por el Instituto Nacional de Colonización en la zona regable del canal de Aragón y Cataluña, capaz para 85 familias de nuevos colonos. En primer término, un aspecto de los bosquetes de protección contra los vientos dominantes y al propio tiempo solaz de la infancia campesina.

El mejor edificio de España, Universidad para hijos de obreros

LAS INSTALACIONES OCUPAN UNA EXTENSION DE 196.160 METROS CUADRADOS



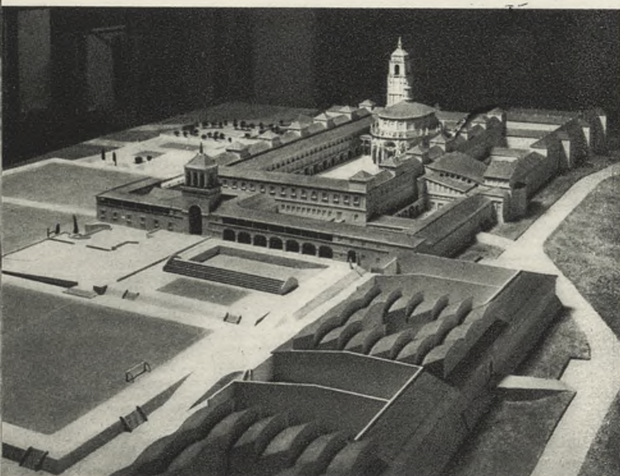
El mundo está lleno de maquetas y de proyectos que no se realizan. Esta reproducción ofrece la perspectiva del patio de honor de la Universidad Laboral de Somió (Gijón), con el templo, el aula magna y la residencia. Es como si el sueño de Jovellanos, promotor infatigable de las fuentes de riqueza de Asturias —de la mina a los puertos comerciales— se levantara en maqueta ciento cincuenta años después, por encima de la atonía liberal del siglo XIX. La visión y la decisión sin desmayos de Francisco Franco están haciendo este milagro. El gran Jovino no soñaba tanto.

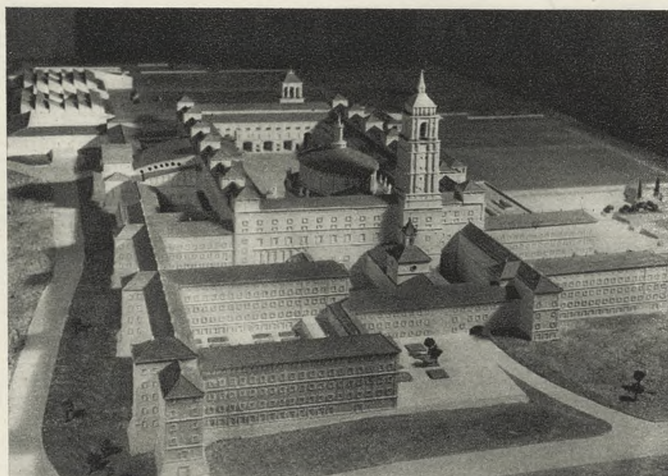
Cerca del Cantábrico (en Somió, Gijón), se está levantando la más extensa construcción de la península. En ella se educarán 1.500 alumnos, hijos de obreros manuales; de ellos, 1.000 en internado gratuito. El edificio de la Universidad será mayor que el Monasterio del Escorial.

En una de las zonas más extraordinarias de Asturias—extraordinaria por su belleza y por su fertilidad agrícola—se está levantando la Universidad Laboral. El campo es verde, mullido, tierno y la llanura acaba de un lado en la ciudad y en el Cantábrico y, de otro, en las suaves y civilizadas colinas de la Sierra de Deva, donde la agricultura es pura caligrafía mimosa. Somió, la zona residencial del veraneo gijonés, es de sobra conocida en España y en América: Somió es un prodigio de Dios y de la sucesiva mano del hombre. Y ahora se está convirtiendo allá en sus campos finales, donde comienzan las lindes de Cabueñes, Deva y Castiello de Bernueces—caminos por los que solía vagar Gaspar Melchor de Jovellanos pensando en España—en un prodigio de la España renacida.

Sobre los pomares, los carbayos y los antiquísimos y patriarcales castaños del valle de Gijón, se ha empezado a levantar en 1948 la Universidad Laboral «José Antonio Girón». Estará concluída en 1955 y será el principal instrumento para forjar el último eslabón de la política social española, hoy una de las más adelantadas del mundo. La Universidad Laboral de Somió tratará de llevar a las clases sociales más bajas, por medio de la cultura, poniendo en manos de los económicamente más débiles (los hijos de obreros y preferentemente sus huérfanos), los medios necesarios para que puedan llegar por cauces legítimos al desempeño del poder, la influencia y el mando, o al menos para conquistar el grado más elevado de la capacidad técnica necesaria para ganar una vida digna de la que no estén ausentes los goces del espíritu ni el disfrute de los bienes de la civilización.

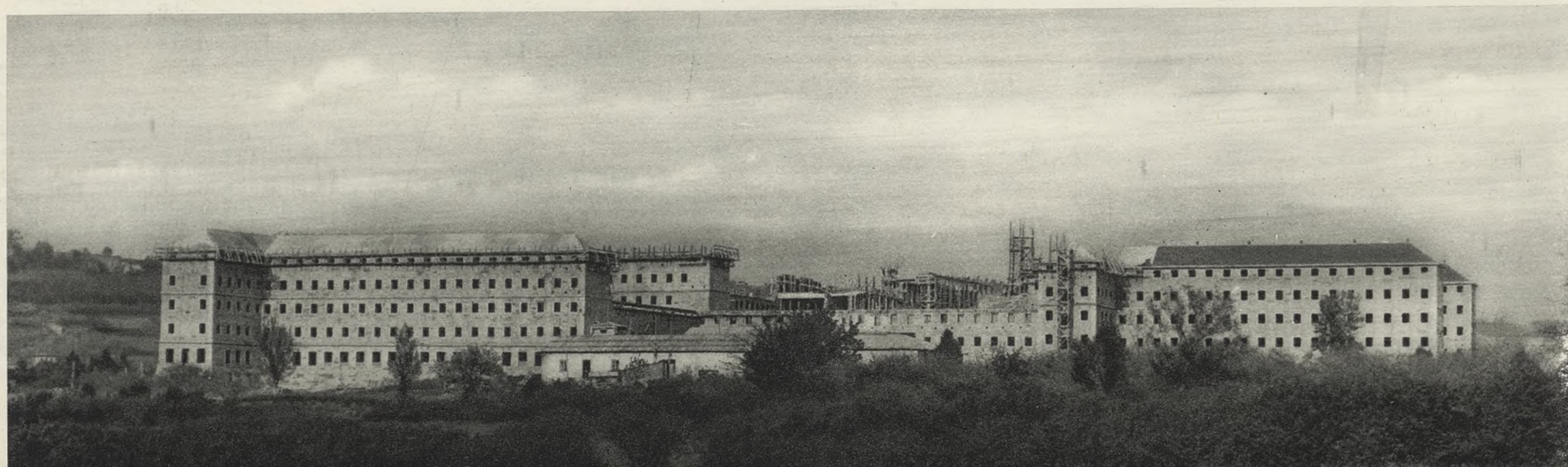
La Universidad Laboral de Gijón será—es—la mayor y más extensa construcción de toda la península. Tendrá capacidad para mil alumnos internos y setecientos cincuenta externos, y todos ellos serán seleccionados forzosamente entre hijos o huérfanos de trabajadores manuales por cuenta ajena; es decir, de los traba-





Otros dos aspectos de la Universidad Laboral de Somió, en la que recibirán enseñanza mil setecientos cincuenta alumnos necesariamente hijos o huérfanos de obreros manuales por cuenta ajena. La Universidad empezará a funcionar en 1955. Como anejo de la misma funcionará una Granja Agrícola que servirá tanto como centro de enseñanzas prácticas de la materia como de despensa de la fundación. Y si antes se hablaba de maquetas, es porque las obras en proyecto que aquí se recogen están ya en parte realizadas. Algunas, como las de la Granja Agrícola, acabadas totalmente. Otras, en plena construcción.

Estado en que se encontraban las obras de la Universidad Laboral en mayo de 1951. La «foto» recoge la fachada N. O., que mira hacia Gijón. La Universidad se halla emplazada en una de las zonas industriales, agrícola-ganaderas y comerciales más ricas de España. A unos kilómetros (de tres a siete) de las factorías gijonesas y sus puertos, a tres kilómetros de la cuenca minera de «La Camocha» y en el eje exacto del mejor agro de la comarca, que forma al propio tiempo un paisaje excepcional: el paisaje de Somió, que suma a una agricultura excelente la presencia de las «villas» veraniegas.



En primer término, los graneros de la granja ya concluída, que hacen vieja a la maqueta. Al fondo, la fachada N. O. de la Universidad. Entre una y otra, algunos fresnos, algunos robles y la mancha baja, a derecha e izquierda, de las nutridas pomaradas: la Universidad Laboral de Somió tendrá siempre un olor a manzana fresca o a sidra dulce de duerno, que viene a ser lo mismo. Al fondo, las últimas lomas pirenaicas, cálidas y pobladas, que van hacia el inmediato mar Cantábrico para formar el Cabo de San Lorenzo.

jadores vulgarmente llamados proletarios. Ingresarán en la Universidad a los diez años de edad y permanecerán en ella hasta los dieciocho. De la Universidad dependerán absolutamente todos los gastos de la permanencia escolar, que no gravitará para nada sobre la familia del alumno. Terminado este período, el alumno será devuelto a la sociedad y a la familia, transformado en un técnico especializado y en un hombre de su tiempo. Si el alumno demuestra dotes especiales, será conducido, sin perder su calidad de técnico, y mediante una formación humanística, a las Universidades Nacionales (Medicina, Derecho, Filosofía, etcétera), o a las Escuelas Especiales de Ingenieros o Arquitectura, siempre bajo la protección económica de la Universidad Laboral.

La Universidad de Somió constará de estos cuatro elementos principales:

a) La Universidad propiamente dicha, formada por un edificio que ocupa una extensión de 44.160 metros cuadrados. Dispondrá de mil habitaciones individuales, para otros tantos alumnos; cuartos de aseo, comedores, salas de estar, enfermería, aulas, etc., etc.; aula magna, verdadero y moderno teatro con 1.046 localidades, al que se aplicará la maquinaria más moderna para su utilización como sala de conferencias, teatro, «cine», conciertos, etc.

b) Los talleres para la enseñanza técnica, que formarán un grupo aparte del edificio de la Universidad, ocupando una superficie de 39.000 metros cuadrados. Sus naves estarán ocupadas por talleres de mecánica, forja, calderería, fundición, automovilismo, aviación, carpintería, plásticos, electricidad, química, radio, artes gráficas, etc. La maquinaria será siempre la más moderna conocida.

Sobre la zona llana del paisaje de Somió se levantan los cubos gigantes de los silos. La Granja Agrícola de la Universidad Laboral podrá almacenar aquí más de dos mil metros cúbicos de forraje, con destino a la alimentación del ganado. Más de 300 hectáreas de terreno sumamente fértil, en torno a la Granja y a la Universidad, serán cultivadas racionalmente y con procedimientos modernísimos, para el mantenimiento de la población escolar y aun para obtener ingresos, con los sobrantes, en los mercados de Gijón.



EL MEJOR EDIFICIO DE ESPAÑA, UNIVERSIDAD PARA HIJOS DE OBREROS

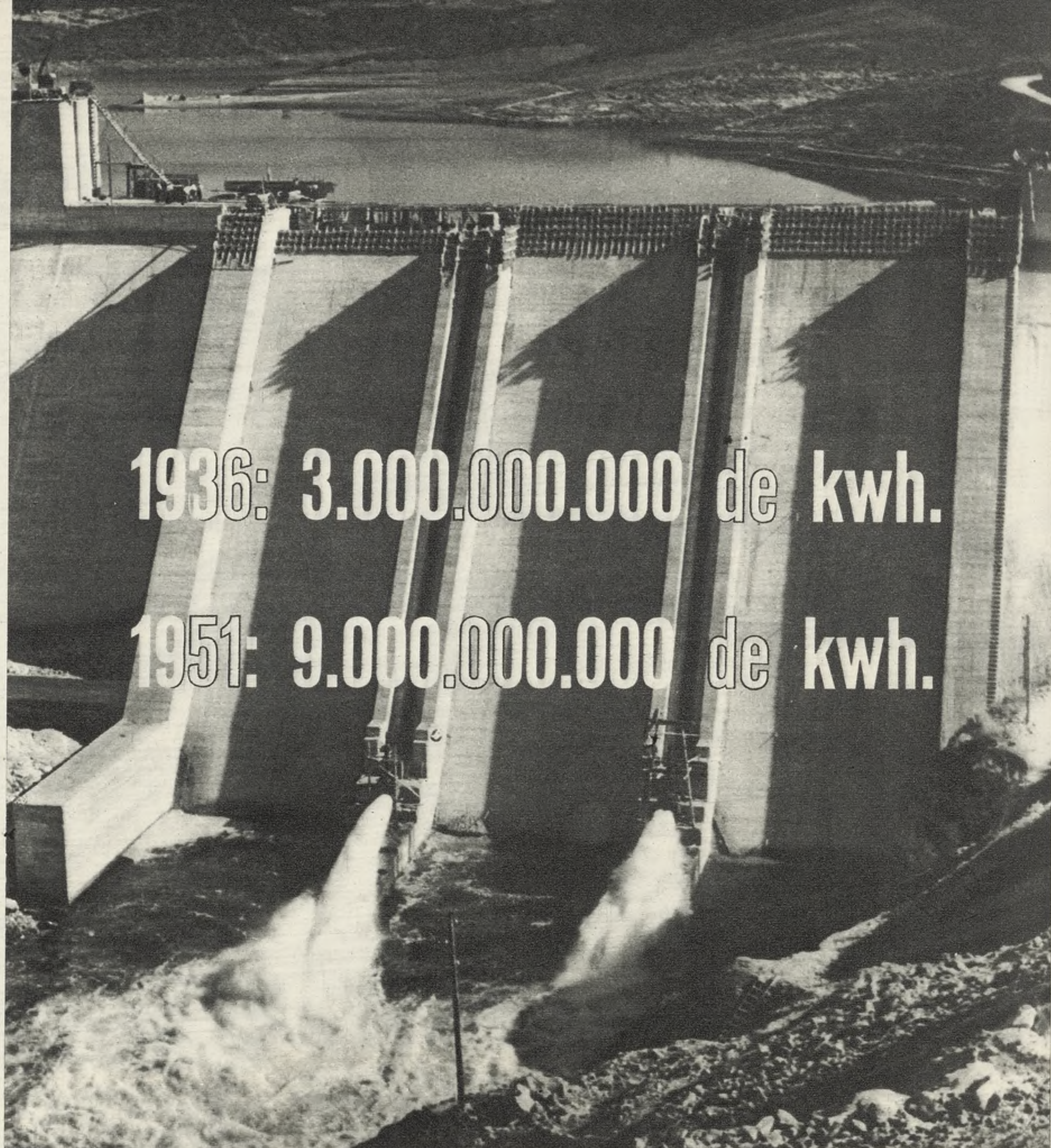
c) La Granja Agrícola, completamente terminada en 1951, que ocupa una superficie de 65.000 metros cuadrados. Servirá de escuela de agricultores y ganaderos y subvendrá al mantenimiento de la Fundación. Tendrá capacidad para 250 vacas y 450 cerdos, cuyos productos se destinarán al mantenimiento de la población escolar. Los excedentes serán transformados en fábricas de quesos, conservas, leche en polvo, etc., que posee la granja, de forma que constituyen al tiempo escuela para especialistas en la industria de la alimentación. Han sido ya construídos ocho grandes silos, con capacidad de 2.040 metros cúbicos. La Fundación cuenta con terrenos suficientes para la alimentación del ganado.

d) Los campos de deportes, que ocuparán una superficie de 50.000 metros cuadrados, con cuatro pistas para fútbol, «rugby» y «hockey»; cuatro canchas de tennis, doce frontones, cubiertos y al aire libre; tres grandes piscinas de dimensiones olímpicas, una de ellas cubierta y con agua templada en invierno; seis canchas de baloncesto, boleras, pista para atletismo, etc.

*

El esquema sucinto que acabamos de ofrecer en torno a la Universidad Laboral de Somió-Gijón (Fundación «José Antonio Girón») es sólo un breve ejemplo—uno sólo—de la política cultural y social que España ha iniciado últimamente. En el mensaje que el general Franco transmitió a los españoles en la última noche de 1950, pudo decir: «Hemos de subrayar por su trascendencia, al lado de la creación en este año de otras 4.000 escuelas, la creación y puesta en marcha en 1950 de los Institutos Laborales, que empiezan a ser ya realidad viva, y que están llamados, al multiplicarse por toda la nación, a convertirse en uno de los mejores y más poderosos instrumentos de una auténtica revolución intelectual y social que ha de elevar notablemente el nivel cultural de nuestros burgos».

Los Institutos Laborales corresponden a una idea personal del Jefe del Estado español. La clásica división de la enseñanza en el mundo —primaria, media y universitaria—ha sido superada en España. Los Institutos Laborales ofrecerán una enseñanza de acción formativa a los niños de once a quince años residentes en comarcas de marcado carácter agrícola, industrial, minero o marítimopesquero, y sus estudios serán encaminados a obtener verdaderos técnicos en orden a la explotación de estas manifestaciones de riqueza. Ninguna revolución puede ser tan eficaz para acabar con la precaria vida material de los «Deleitosa» de España. Frente al clásico Bachillerato, que no tiene otra misión que el paso a la Universidad, el Bachillerato Laboral es de acción formativa y en sus cinco cursos dejará a los alumnos capacitados para las respectivas especialidades técnicas, aparte de adquirir una gran cultura en otros aspectos del saber humano. Estos Institutos se dedicarán a una de las técnicas señaladas, de acuerdo con las características económicas de la comarca en que se instalen. Durante el curso 1950-51 han funcionado ya los de Algemesí, Gandía, Barbastro, Cangas de Onís, Guía de Gran Canaria, Felanix, Tarazona, Villafranca del Panadés, Túy, Yecla, Medina del Campo, Trujillo, Ecija, Almendralejo, Archidona, Santoña, Alcira, Alcañiz, Daimiel y Baza. En total, 20. Al iniciarse en septiembre próximo el curso 1951-52, entrarán en funcionamiento otros diez más, y un año después se habrán inaugurado más de cuarenta y cinco en total.



1936: 3.000.000.000 de kwh.

1951: 9.000.000.000 de kwh.

LA marcha y los resultados del incremento de producción de energía eléctrica en España durante los últimos años se resumen en dos cifras clásicas ya, y redondas, que expresan todo lo que habría de decir a este propósito: en 1936 la producción de energía eléctrica era del orden de los tres millones de kilovatios hora al año, y todavía ayer, puede decirse, anunciaba el Ministro español de Industria y Comercio que con las centrales termoeléctricas e hidroeléctricas que se espera poner en funcionamiento durante el presente año, se alcanzará la producción normal de nueve mil millones de kilovatios hora. Ello supone que se ha triplicado la producción y representa apenas una iniciación de los resultados ya accesibles y relativamente próximos de proyectos en ejecución y perspectivas eléctricas en las que hace unos años todavía no parecía correcto ni pensar siquiera. La cifra de los dieciséis mil millones de kilovatios hora al año está ya en el horizonte y en los cálculos de ingeniería avanzados. De hecho, en materia de producción de energía eléctrica es donde más sistemática y completamente se realiza el esfuerzo de la industrialización española. En cifras también redondas los programas hidroeléctricos de Galicia comprenden un volumen de producción anual equivalente al total de España en 1936. Sólo los aprovechamientos del Noguera Ribagorzana representan una producción equivalente al total del consumo actual de Cataluña, la región más industrial y poblada de España. Y a este tenor las construcciones y aprovechamientos se extienden por todo el país.

De particular importancia es en el desenvolvimiento de la industria eléctrica nacional, dando realce a las cifras señaladas, la ponderación y ajuste de las posibilidades de producción hidroeléctrica y termoeléctrica, por una parte, y la consecución de la llamada red eléctrica nacional, que mediante las líneas de interconexión precisas permite la compensación entre todas las cuencas y la unificación del mercado eléctrico. Los dos constituían problemas nacionales fundamentales e indiscutibles, cuya solución corresponde a esta etapa, calificada rigurosamente por el Director del Consorcio privado UNESA como «la del más amplio plan que registra la historia industrial de España». Mientras que el capítulo de aumento de producción hay que atribuirlo casi en su totalidad a la industria privada, con la excepción de la Empresa Nacional Hidroeléctrica del Ribagorzana, en el Pirineo, la atención de estos otros dos problemas es obra del Instituto Nacional de Industria, es decir, obra del Estado, aun cuando realizada con criterios estrictos de economía. Las centrales termoeléctricas de Compostilla, en Ponferrada; de Puentes de García Rodríguez, en la Coruña; de Puertollano, en Ciudad Real; y de Escatrón, en Teruel, todas ellas a bocamina, realizadas por la «Empresa Nacional de Electricidad» y la «Empresa Nacional Calvo Sotelo» garantizan en el volumen general de producción eléctrica el volante regulador imprescindible para conseguir un aprovisionamiento regular y seguro, capaz de suplir los fallos y las alternativas de la producción hidroeléctrica. En este campo, la contribución de la industria privada está representada apenas por la central del Guadaira, de la Compañía Sevillana de Electricidad, y por la de Lada de la Compañía Eléctrica de Langre. Los problemas de unificación de la red eléctrica nacional han sido igualmente objeto de atención preferente durante estos años, hasta ofrecer una inmediata solución.

Después de los años en blanco de la guerra, y a pesar de las inumerables dificultades que ha representado para España tanto la Guerra Mundial, como la postguerra, el año 1939 fué el primero en el que comenzaron a recogerse los frutos de una acción tenaz, con las inauguraciones de las térmicas de Puentes y de Ponferrada y de las centrales hidroeléctricas de Las Conchas, Villalcampo, Barasona y Herrerías. Este año, 1951, se ha inaugurado ya la térmica de Puertollano y se inaugurará la de Escatrón, una de las mayores de Europa. Entre los saltos a inaugurar este año figuran también los de Llesp, Bono y Vilaller, en el Pirineo. Si a estas realizaciones, cuyo ritmo de entrega puede darse ya por asegurado, unimos las grandes posibilidades hidroeléctricas que tiene ante sí España, cabe asegurar que la hulla blanca acabará por desempeñar a breve plazo en el progreso económico español, el papel que ya cumple en los países altamente industrializados y de más alto nivel de vida.

TIERRA Y AGUA PARA 220.000 FAMILIAS

5.567 KMS. DE CANALES, ACEQUIAS Y DESAGÜES. - 110.000 HECTAREAS DE REGADIO

«Obras son amores y no buenas razones» dice un refrán castellano, y para no caer en las generalizaciones propagandísticas en que las estadísticas pueden parecer fantásticas sumas y multiplicaciones, tráese aquí un ejemplo bien concreto de la actual política rural española: la colonización de una zona de 110.000 hectáreas, en la cuenca del río Guadiana.

Las aguas del río Guadiana y de su afluente el Zújar, llegaban al mar sin apenas aprovechamiento, burlando la sed tremenda de las tierras extremeñas. Y allí, a dos pasos de las aguas, las tierras, los hombres, el ganado, calcinados bajo un sol implacable, venían aguardando desde siglos a que alguien se decidiera a regar aquellos eriales para transformarlos en una de las huertas más ricas de España. Esa espera ya ha terminado: muy en breve esas 110.000 hectáreas, puestas en regadío, permitirán el asentamiento de 220.000 familias y darán cosechas por un valor anual superior a los 3.300 millones de pesetas.

La obra que ha sido menester realizar para conseguir esto es ingente. Da una idea aproximada el saber que la red de canales, acequias y desagües—a punto de ser terminada—mide una longitud de 5.567 kilómetros; es decir, casi la del río Nilo. Esta red es abastecida por 367 kilómetros de canales principales—longitud superior a la de la carretera que une Madrid con Valencia,—que toman sus aguas de los pantanos Cíjara y Puerto Peña. Estos embalses, de una capacidad total de 1.800 millones de metros cúbicos, producirán, por otra parte, 136 millones de kilowatios hora anuales.

Una vez terminado, el pantano de Cíjara, entre las provincias de Cáceres y Badajoz, con sus 1.500 millones de metros cúbicos de capacidad, será el mayor de España. Actualmente embalsa ya 100 millones de metros cúbicos, suficientes para asegurar el regadío de las vegas bajas. La presa de gravedad del pantano, casi terminada, alcanzará una altura de 79 metros y en ella se están consumiendo 87.000 toneladas de cemento y 365.000 metros cúbicos de hormigón. 35 kilómetros aguas abajo, se levanta el pantano de Puerto Peña, con una capacidad de 300 millones de metros cúbicos y cuya presa tiene una altura de 50 metros. De estos pantanos derivan tres canales principales: el de Orellana, que con 120 kilómetros de longitud regará las vegas altas, y los de Montijo, de 80 kilómetros, y Lobon, de 60 kilómetros, que regarán las vegas bajas. De las presas de derivación está prácticamente terminada la de Montijo, que es, por su concepción, un alarde técnico con una longitud de tres kilómetros y medio. A estas obras hidráulicas habrá de añadirse un tercer pantano, éste sobre el río Zújar con una capacidad de 250 millones de metros cúbicos, para regar las tierras de la margen izquierda.

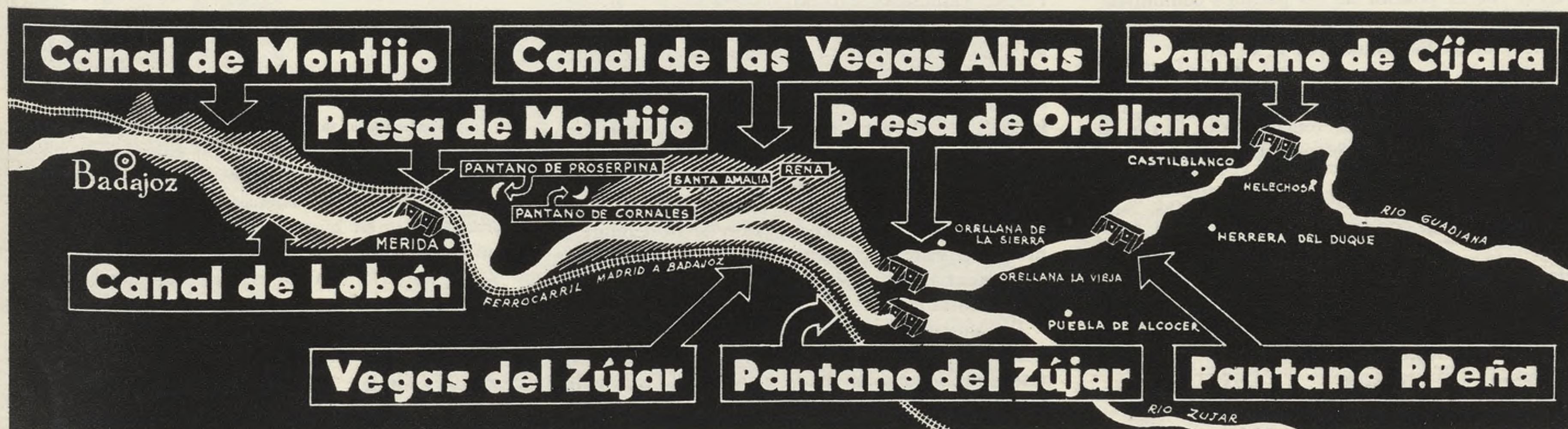
Pero las obras no terminan aquí. No basta con la obra hidráulica. Si se piensa que 220.000 familias han de ser asentadas allá, inmediatamente puede calcularse una población muy superior al millón de personas—la familia media rural española se compone de más de cinco miembros—a la que habrá que dar, por lo pronto, vivienda. Y a esta población agricultora es preciso sumar la que ha de dedicarse al cuidado de los canales, manufactura y transporte de los productos, comercio, enseñanza, y la que se movilizará en la época de las cosechas. Es decir, que, además de los canales y las presas, ha habido que construir pueblos enteros nuevos, fundados por el Instituto de Colonización—como los que se recogen en otro lugar de este número en espléndidas fotografías—, carreteras, caminos rurales, escuelas, iglesias, dispensarios, tendidos eléctricos, centrales telefónicas y telegráficas, estafetas de correos. Y no basta aún: ha sido preciso nivelar los terrenos, llevar el agua potable a los pueblos y, sobre todo, edificar y regir las Escuelas de Regantes en que esos campesinos—hasta ahora empeñados en arañar tierras estériles con la esperanza puesta en las escasas nubes de un clima seco—, aprendan a conseguir de la tierra hasta tres cosechas anuales.

Esta es, así sencillamente relatada, la transformación en regadío de una importantísima zona de la cuenca del Guadiana, hasta ahora poco menos que desértica. Un ejemplo concreto, nada más, de la ingente labor que se lleva a cabo en el campo español para terminar con las Deleitosas de una España heredada, en que miles de familias viven en la miseria sobre eriales. Esta tarea se ejecuta a través del Instituto Nacional de Colonización, fundado en 1939. Este Instituto no nacionaliza la propiedad agraria: auxilia la iniciativa privada—o la sustituye allí donde es insuficiente o no existe—a fin de transformar los secanos en regadíos. Así, hasta el 31 de diciembre de 1950 habían sido prestados 19.740 auxilios que afectaban a una extensión total de 86.839 hectáreas—puestas en regadío por la iniciativa privada—, con un importe de 209 millones de pesetas prestados por el Instituto sin interés, que los propietarios habrán de reintegrar en plazos hasta de 25 años.

Allí donde la iniciativa privada no es suficiente—ni con el auxilio técnico y económico del Instituto—para realizar la transformación deseada en las zonas declaradas de interés nacional, el Instituto Nacional de Colonización la sustituye comprando a sus propietarios dichas zonas, que paga a su precio. Estas tierras, una vez realizadas todas las obras necesarias por cuenta del Estado, son parceladas y entregadas a familias modestas de labradores, que son elevados a la condición de propietarios de las mismas después de 20 años de cultivo, facilitándoles los medios económicos, el capital de explotación y la enseñanza técnica precisa. Estas familias campesinas después de esos 20 años, no sólo serán propietarias de sus lotes de tierra, sino también de sus aperos de labranza, ganados y vivienda, hasta entonces prestados por el Estado. En cumplimiento de esta iniciativa, el Instituto, hasta el 31 de diciembre de 1950, había adquirido 236 fincas con una extensión de 202.686 hectáreas, en las cuales ya han sido asentadas 20.811 familias, muchas de ellas pobladoras de los 24 nuevos pueblos fundados.

Este es, sin retórica ninguna, el parte militar de una batalla que se está librando en silencio en España, desde hace doce años, por rescatar extensas zonas españolas de su secular abandono. Pero *Life* prefiere *sólo* cebarse en Deleitosa.

ESQUEMA DE LA GIGANTESCA OBRA DE LOS REGADIOS DEL GUADIANA: PANTANOS, PRESAS, CANALES, VEGAS, PUEBLOS NUEVOS, PARA 220.000 FAMILIAS.



LOS DINEROS DEL TIO SAM
CANTANDO SE VIENEN Y CANTANDO SE VAN

El crédito teórico que los Estados Unidos concedieron a España, equivale al 32 % de lo que el Plan Marshall regaló a Inglaterra para tabaco.

POR MANUEL BLANCO TOBIO

EL Plan Marshall fué precipitado por la crisis europea. Su *inmediato* objetivó fué la restauración de Europa, si bien en el transcurso del tiempo se ha transformado en un programa dinámico de dimensiones globales íntimamente integrado en la política exterior total de los Estados Unidos» (*The Marshall Plan, A Program of International Cooperation*).

Su *inmediato* objetivo, fué puramente económico, en efecto; pero su *principal* objetivo fué sustancialmente político. Con el Plan Marshall (la idea la lanzó por primera vez el entonces Secretario de Estado, general Marshall, el 5 de junio de 1947 en un discurso pronunciado en la Universidad de Harvard), se pretendió levantar a Europa de su postración económica, agudizada en el invierno de 1946-1947, y evitar así su peligrosa inclinación hacia el comunismo. Este objetivo *político* fué enunciado reiteradamente por todos los estadistas occidentales y especialmente por quienes de una manera más activa y directa han intervenido en el gobierno y administración del citado Plan, como Truman, Marshall, Harriman, Hoffman, Foster, Milton, Katz, etc.

Y bien, ahora que el Plan Marshall está expirando oficialmente, ¿ha logrado su objetivo económico? ¿Ha logrado su objetivo político? A la primera pregunta, no es difícil contestar: El nivel medio de producción de la casi totalidad de los países beneficiarios del Plan Marshall, ha superado al de la anteguerra, alcanzando por ejemplo en Inglaterra la proporción de un 130 por ciento.

En cambio, no puede decirse, ni mucho menos, que se haya logrado el objetivo político; o sea, la eliminación del peligro comunista. En términos generales, ha aumentado la producción y no ha disminuído (en algunos casos incluso se ha acrecentado) la fuerza política de los partidos comunistas de los países inscritos en la Organización Europea de Cooperación Económica (O. E. C. E.).

¿Cuál es la fuerza actual de los partidos comunistas en el área «marshallizada»? Las cifras que damos a continuación, las tomamos del diario de París *L'Aurore* (no queremos citar fuentes «sospechosas»):

Inglaterra. .	45.000.000	45.000	0,1 %
Francia. . . .	42.000.000	1.000.000	2,4 %
Italia.	42.000.000	2.500.000	6,0 %
Bélgica	8.000.000	110.000	1,4 %
Suiza	5.500.000	60.000	1,5 %
Austria	7.000.000	175.000	2,7 %
Alemania. . .	65.000.000	400.000	0,6 %
Luxembur.	300.000	8.000	2,6 %
Holanda . .	7.000.000	55.000	0,8 %
Dinamarca .	4.000.000	70.000	1,7 %
Noruega . . .	3.000.000	60.000	2 %
Suecia	6.000.000	50.000	0,9 %

(Desdeñamos aquí las cifras de Irlanda, Islandia, Grecia, Turquía y Portugal, países que caen fuera —por ahora— del sistema de defensa atlántico, si exceptuamos a la pequeña Islandia).

Estas cifras de *L'Aurore* corresponden, naturalmente, a los efectivos reales de los partidos comunistas respectivos, encuadrados en sus organizaciones políticas y sindicales, sin contar, pues, con los *fellowtraveler*, es decir, con los compañeros de viaje o simpatizantes, ni con las ingentes masas electorales que el comunismo polariza con su inteligente propaganda. (Así, a los 2.500.000 afiliados, con carnet, del Partido comunista italiano, se han sumado en las elecciones administrativas del 27 de mayo y del 10 de junio pasados, según cifras oficiales 3.189.993 votos (o sea más del 21 % del cuerpo electoral); y al millón largo de inscritos en el Partido comunista francés, se han sumado en las elecciones generales del 17 de junio pasado, también según cifras oficiales, más de 5,5 millones de votos, o sea casi el 30 % del cuerpo electoral.

¿Qué efectos depresivos han producido sobre esta enorme fuerza comunista de la Europa Occidental los 12.000.000.000 de dólares del Plan Marshall, invertidos hasta el 30 de junio de 1951? Todas las estadísticas publicadas hasta la fecha sobre las bajas registradas en los partidos comunistas desde que comenzó a ponerse en práctica el Plan Marshall son extremadamente dudosas y contradictorias, en parte por las dificultades con que ha de tropezar toda encuesta de este tipo y en parte por razones de orden propagandístico; pero, en todo caso, los cálculos más optimistas han atribuído un máximo de un 10 % de bajas comunistas (en el Partido comunista italiano).

En este asunto nada mejor puede ilustrarnos que los resultados arrojados por las urnas en las recientes elecciones presidenciales de Austria, en las administrativas locales de Italia y en las generales legislativas de Francia; dichos resultados, que han preocupado grandemente en los Estados Unidos, como declaró el congresista norteamericano James P. Richards, que se hallaba por aquellas fechas en Europa, al frente de una comisión de 18 «Congressmen», en viaje de estudios, nos dan el coeficiente de potencialidad del comunismo en la Europa «marshallizada».

En *Austria*, el candidato socialista y alcalde de Viena Teodoro Koerner, triunfó sobre el populista Gleissner, gracias a los 200.000 votos que había obtenido el 6 de mayo el candidato comunista Fiala, y que después sumó a los votos socialistas.

En *Italia*, los comunistas, aunque merced al «emparentamiento» perdieron más de 1.000 municipalidades, consiguieron en cambio más votos que en las elecciones legislativas de abril de 1948, especialmente en Sicilia (donde no regía el sistema de los «emparentamientos»), pues registraron allí un avance de 54.000 votos, perdiendo los cristianodemócratas 400.000.

En *Francia*, finalmente, y también gracias al nuevo sistema electoral, si bien los comunistas perdieron casi la mitad de su representación parlamentaria, en cambio sólo acusaron el 10,7 % de votos menos que en las elecciones de 1946.

Las cifras definitivas fueron: Partido Comunista Italiano y socialista de izquierda, 5.310.348 votos; Partido Comunista Francés, 5.470.946 votos.

En honor a la verdad, no puede decirse, pues, que el Plan Marshall haya conseguido alcanzar su objetivo político en los países beneficiarios: el debilitamiento del comunismo. En este sentido, los 12.000.000.000 de dólares del Programa de Recuperación Europea no han sido, positivamente, una buena inversión. A la vista de las últimas consultas en Austria, Italia y Francia, «hay materia suficiente para preocupar a cualquiera», como dijo el aludido James P. Richards.

Pese a las desalentadoras cifras que hemos transcrito, la principal fuerza del comunismo no reside, sin embargo, en la cantidad de sus militantes encuadrados, sino en su capacidad de infiltración en los mecanismos más delicados de la seguridad europea. Recientemente declaró Lord Vansittart que en los servicios públicos británicos hay más de 11.000 comunistas. Y en Francia, fué Comisario de Energía Atómica, hasta hace poco, Frederic Jolliot-Curie, uno de los más valiosos agentes de Moscú. A mayor abundamiento, el único observador francés que asistió al experimento atómico de Bikini, fué Yves Farge, uno de los principales oradores del Congreso de Partidarios de la Paz organizado en París por los comunistas...

Por otro lado, si bien el Plan Marshall ha permitido incrementar la producción europea en 30.000 millones de dólares al año, es notorio que una parte considerable de las asignaciones fueron quemadas literalmente en humo. Un ejemplo: Entre el 3 de abril de 1938 y el 30 de septiembre de 1950, Inglaterra adquirió con los fondos del Plan Marshall tabaco por valor de 186,9 millones de dólares, o sea un 7,42 % de los 2.655,5 millones de dólares recibidos en el plazo citado.

Esa cantidad invertida en tabaco, se aproxima a la dedicada a la ayuda económica a Noruega y es superior a las cantidades asignadas a:

Irlanda (Eire)	140,6	millones	de	dólares
Turquía...........	102,9	»	»	»
Suecia.............	98,2	»	»	»
Portugal	34,1	»	»	»
Trieste	29,8	»	»	»
Islandia	15,9	»	»	»

(Corresponden estas cantidades al citado período de 3 de abril de 1948 a 30 de septiembre de 1950).

La cantidad total de dólares-Marshall invertidas en tabaco, sumó 396,4 millones de dólares, o sea un 4,05 de la cifra total. Excede en 96,4 millones de dólares a la suma prevista para la ayuda militar a Francia (300 millones), hasta el 30 de junio de 1950. Esto quiere decir que el empréstito concedido teóricamente a España equivale a un 32 % de lo que Inglaterra recibió en tabaco. Pero ha de tenerse en cuenta que de este empréstito, hasta el 30 de junio de 1951, Estados Unidos sólo ha entregado a España 17 millones para aplicaciones industriales y menos de 10 para carbón y trigo. Es decir, menos de la mitad del crédito concedido, por lo que el tanto por ciento queda reducido al 14,4 % de lo que los norteamericanos regalaron a Inglaterra para tabaco. En resumen, DE LA AYUDA EXTERIOR NORTEAMERICANA CORRESPONDEN A CADA INGLÉS 59,00 DÓLARES (REGALADOS POR EL PLAN MARSHALL) Y A CADA ESPAÑOL UN SOLO DÓLAR (PRESTADO, NO REGALADO).

En último extremo, los Estados Unidos, que tan generosamente concibieron el Plan Marshall, ni siquiera se han granjeado el agradecimiento de sus beneficiarios. Corroboran esto que decimos algunos testigos de calidad, que vamos a citar.

John Foster Dulles, en su libro *War or Peace*, escribe (pág. 155): «Virtualmente, no se han hecho progresos en el logro, en Europa, de un mercado único ni en la cooperación económica prevista por la *European Recovery Act*... Bajo las presentes condiciones, la debilidad económica (de Europa) dará al comunismo soviético nuevas oportunidades». Y más adelante (pág. 211): «Los síntomas de desintegración económica y monetaria, son todavía graves».

James Burnham, en su libro *The coming defeat of communism*, escribe: «En la Europa Occidental difícilmente se puede encontrar a alguien que haya comprendido el Plan Marshall. Muchos, muchísimos, nunca han oído hablar de él» (pág. 167). En la página siguiente, dice: «En la confusión reinante (en Europa), el Plan Marshall es una conspiración del imperialismo americano para esclavizar a Europa y para emplear a los pueblos europeos como carne de cañón para su guerra».

Podríamos acarrear docenas de testimonios como éstos. En toda la Europa beneficiaria del Plan Marshall, se ha puesto de moda el «slogan» *Go Home!* («¡Vete a tu casa!»), dirigido, naturalmente, a los G. I. que acuden a defenderla contra el comunismo.

A la ayuda económica de los Estados Unidos, siguió la ayuda militar, para fortalecer a los países integrados en el Pacto Atlántico; es decir, al Plan Marshall, siguió el Plan de Ayuda militar, repartido así: Del 1 de julio de 1949 al 30 de junio de 1950, 1.000.000.000 de dólares. Del 1 de julio de 1950 al 30 de junio de 1951, material: 4.000 millones de dólares; ayuda especial, 500 millones. Del 1 de julio de 1951 al 30 de junio de 1952 (créditos solicitados por Truman), 5.240.000.000 de dólares.

¿Cuál es la situación material y moral de las fuerzas terrestres de las doce naciones signatarias del Pacto Atlántico? La gran revista norteamericana *Time* (8 de febrero de 1951), la ve así:

Inglaterra: Armamento del modelo de la última guerra en su mayor parte. Moral: *Mediana.*

Francia: Armamento, mediano. Moral: *Incierta*, teñida actualmente de comunismo.

Italia: Armamento anticuado e inadecuado. Moral: *Mediana.* (*Continúa en la página siguiente*).

LE SOURIRE OFFICIEL DE L'AMÉRIQUE CACHE UNE GRANDE INQUIÉTUDE

• Il est dangereux d'armer un pays où le bien-être est mal réparti

• Malgré le plan Marshall un Français sur quatre a voté communiste

• Les voix rouges de 1951 sont plus russes que celles de 1946

Sur l'écran de la télévision, le général Omar Bradley devint soudain un très gros plan On le vit nettement se mouvoir, ses mâchoires saillantes et ses yeux parurent chercher les yeux du vaste auditoire dispersé auquel il s'adressait. Sa voix aux intonations presque campagnardes se fit plus forte et plus persuasive. « L'Europe occidentale, dit-il en détachant les mots, se battra seulement si elle voit la possibilité de gagner. C'est à nous de lui en fournir les moyens. »

A ce moment, les urnes françaises n'avaient pas encore parlé. Au quatrième étage du Département d'Etat, Mr. Elin O'Shaughnessy, chef des affaires francaises, venait de s'installer dans son bureau en soupirant à la pensée du beau dimanche finissant et de la nuit blanche qui l'attendait. La dépêche d'une agence tendancieuse, se basant sur le dépouillement d'un seul bureau de vote de Paris, annonçait que les communistes prenaient une grosse avance. Des coups de téléphone venant de résidences de week-end interrogeaient l'ambassade de France et les journalistes français. Dire que l'Amérique était anxieuse serait un grand mot : elle était en général à la campagne ou sur ses grandes routes et elle n'accordait qu'une pensée bien distraite à l'événement décisif qui se déroulait sur l'autre rive de l'Océan. Mais les deux ou trois cents personnes de Washington qui la représentaient étaient aux aguets des nouvelles. Pour leur politique et pour eux-mêmes, la réponse des urnes françaises était un verdict.

Les commentaires ne furent formulés que dans la journée du lendemain. Le State donna la note en faisant savoir qu'on considérait les élections comme

tées comme elles l'ont été abondamment depuis lors. En 1946, les électeurs communistes pouvaient ex-

natal, Bradley n'est pas dépourvu d'humour : « Si les Français, a-t-il dit à un groupe de sénateurs, consentaient à se passer de souliers, si les Anglais voulaient renoncer définitivement à la viande et si ce pays, de son côté, acceptait de se contenter d'un poste de télévision par maison, nous pourrions faire rapidement le nécessaire pour la défense de l'Atlantique. Mais nous n'aurions plus d'alliés. » Cela signifie que le militaire Bradley a compris ce que des politiciens et des économistes ont perdu de vue : il serait désastreux de ne pas réarmer l'Europe, mais il serait plus désastreux encore de la réarmer en la ruinant.

Un peu tard, l'Amérique découvre que le grand nombre de voix communistes et gaullistes en France est du en partie à la détérioration du niveau de vie qui, depuis la guerre de Corée, atteint presque toutes les classes sociales françaises. « La plupart de ceux qui ont voté pour les rouges, câble de Paris Ludwell Denny, ne sont pas des communistes mais simplement des travailleurs protestant contre les conditions économiques. La plupart de ceux qui ont voté pour le R.P.F. n'ont aucun gout pour un régime semi-totalitaire, ce sont des membres des classes moyennes et des paysans protestant contre la dureté des temps et contre l'inflation. »

D'autres analystes estiment que les élections auraient été meilleures pour le gouvernement de la Troisième Force si elles avaient eu lieu il y a quelques mois, mais qu'elles eussent été pires si elles avaient été différées de quelques semaines. Car toutes les incidences résultant de la hausse des matières premières mondiales n'ont pas encore atteint les budgets individuels. L'Amérique en se jetant sur tous les stocks

Esta es la parte superior de la página 11 del número 119 (30 de junio de 1951) de «París-Match», tras las últimas elecciones.



La misma revista «París-Match», en el número citado, publicaba esta fotografía con el siguiente pie: «En la Embajada de la URSS las ventanas estuvieron encendidas toda la noche. Esta foto fué tomada a las 3,30 de la madrugada» (del día en que se celebraron las elecciones para diputados de la República Francesa de hoy).

MONEY SAVING OFFER!

(AVAILABLE ONLY THROUGH GENERAL MILLS)

on Betty Crocker's PICTURE COOK BOOK

See order form below!

Standard sewed binding
[Regular retail price now $3.50]
YOURS FOR ONLY
$2.25 with 5 Betty Crocker Coupons

Loose-leaf binding
[Regular retail price now $4.75]
YOURS FOR ONLY
$3.00 with 5 Betty Crocker Coupons

FILL OUT ORDER FORM BELOW. To save money on purchase price, send either the new Betty Crocker Coupons or the old Gold Medal Silverware Coupons, that come with the General Mills products shown at left.

Con la parte que le corresponde del crédito concedido a España por Norteamérica cada español podría adquirir este libro de cocina, ofrecido en «The Saturday Evening Post». Pero no; porque cada español sólo ha recibido un dólar, en la práctica.

EL PLAN MARSHALL EN 4 FOTOS

La citada revista «The Saturday Evening Post», ha publicado esta fotografía, que muestra alguno de los disturbios provocados en Roma por los comunistas, a la llegada del jefe supremo de las fuerzas europeas, general Eisenhower.



Bélgica: Armamento inadecuado y anticuado. Moral: *Mediana.*
Holanda: Armamento inadecuado. Moral: *Mediana.*
Dinamarca: Moral: *Excelente.*
Noruega: Armamento mediano. Moral: *Excelente.*
Islandia: Nada. Ni siquiera los agentes de policía están armados.

Respecto a la moral «excelente» de Dinamarca, este país ha asignado 300 millones de coronas a los gastos de defensa, el más bajo presupuesto militar de todas las naciones occidentales en relación con la renta nacional. Y el almirante E. J. C. Qvistgaard escribió recientemente una serie de artículos combatiendo al «extenso derrotismo y pusilanimidad que prevalece en muchos sectores de la población». La moral no parece ser, pues, tan excelente.

Todo parece indicar, pues, que el Plan de Ayuda Militar va a ser tan ineficaz en orden al fortalecimiento de la defensa atlántica, como lo fué el Plan Marshall en orden a la eliminación del comunismo. «Poniéndose en el mejor de los casos, escribía el *American Journal* en 30 de mayo pasado, el programa europeo de defensa prevé la organización, para fines de año, de 25 divisiones... Sin embargo, la Europa occidental está en condiciones de equipar 200 divisiones. ¿Por qué no se logran esas 200 divisiones?: «Porque el socialismo excluye de la alianza atlántica a los tres más grandes países anticomunistas de Europa: España, Grecia y Turquía».

Refiriéndose también a los socialistas (esta vez concretamente a los británicos), el *Daily Mail* continental, añadía otro argumento: «Para ellos importa más el bienestar social («Welfare») que el patriotismo». Decididamente, Europa prefiere la mantequilla a los cañones, como prefiere, según se ha visto en las urnas, el comunismo al socialismo de derechas y a la democracia cristiana.

El general Bradley, declaró en París en el mes de junio que Francia era la clave de la defensa de Europa. Veamos cuál es la situación moral y militar de la clave de la defensa de Europa.

En las elecciones del 17 de junio, ya hemos visto que el Partido comunista se llevó más de 5.000.000 de votos. El Secretario General del Partido, Mauricio Thorez, declaró que el Partido comunista francés está dispuesto a darle la bienvenida al Ejército Soviético. Millares de afiliados al Partido están situados en los puestos claves de la administración, incluso en el Ejército.

Del 1 de julio de 1949 al 30 de junio de 1950, Francia recibió de los Estados Unidos, en concepto de ayuda militar, 300 millones de dólares. Del 1 de julio de 1950 al 30 de junio de 1951 habrá recibido por el mismo concepto y de acuerdo con lo previsto: De 1.300 a 1.900 millones de dólares, en material y 200 millones como ayuda especial.

Sin embargo, su esfuerzo de rearme es prácticamente nulo. Leamos en *Carrefour* del 22 de agosto de 1950: «El primer «Memorandum» francés sobre la defensa nacional, de fecha 6 de agosto, señalaba el aumento constante de los presupuestos sucesivos de defensa. ¿A quién se espera engañar? ¿Al señor Truman? ¿A los especialistas americanos? ¿O a la opinión francesa? ¿Cómo se atreven a falsear la verdad en un documento de tanta importancia? Ha sido el informador de la Comisión de Finanzas de la Asamblea Nacional, precisamente, quien ha hecho notar que estos aumentos presupuestarios correspondían, desde la liberación, a una disminución de los gastos militares. Estos han disminuído con relación a los gastos presupuestarios, de un 33 a un 26 %. Con relación a los gastos públicos, de un 33 a un 20 %. Con relación a los ingresos nacionales, de un 6 a un 4,5 %. Francia consagra actualmente el 5 % de su presupuesto a la defensa; (Inglaterra, antes del incidente coreano, el 7,4 %; Estados Unidos, el 5,8 %; Holanda, el 6 %; Turquía, el 5,8 %). Esto quiere decir que el presupuesto militar de Francia, en 1950, fué el más bajo de los últimos veinticinco años; inferior incluso al de 1925, «año en que la seguridad del territorio era total», como escribía *Le Figaro*. La consecuencia ha sido que si en septiembre de 1939 Francia tenía movilizadas 72 divisiones en la metrópoli, más 12 ó 14 repartidas en puntos fortificados y otras 14 en los territorios norteafricanos, hoy dispone de 9 divisiones únicamente (seis de infantería, dos acorazadas y una aeotransportada).

A la moral neutralista y derrotista de Francia, a los 5 millones de comunistas, a la debilidad económica y a la insuficiencia militar, hay que añadir—empleamos una frase del periódico de Estrasburgo *Rhin Francais*—, que «Francia es un país de ancianos. De hecho, tenemos tantos niños y ancianos como personas adultas».

Copiamos estadísticas publicadas el 25 de octubre de 1950 por dicho periódico:

Hay en Francia,

6.770.000 personas de 60 años y más.
12.246.000 personas de 1 a 19 años.
11.540.000 personas de 20 a 39 años.
11.010.000 personas de 40 a 58 años.

¿Puede ser un país que se encuentre en estas condiciones morales y materiales la clave de la defensa de Europa? No lo creemos. Los males de Francia son más antiguos de lo que generalmente se piensa. Ya cuando se firmaron los acuerdos de Locarno en octubre de 1925, Arístides Briand dijo: «La pobre Francia, agotada moral y financieramente, no tiene ni el gusto ni el deseo de nuevas aventuras guerreras». Esta verdad fué confirmada por los hechos catorce años más tarde. Y volvería a confirmarse, más acentuadamente, si Rusia atacase ahora.

Refiriéndose especialmente a Francia, escribía James Burnham en el libro que hemos citado más arriba: *¿Qué podemos esperar de Europa?* La respuesta es: De la Europa continental, bajo las presentes circunstancias, muy poco y quizá menos que nada (*very little ad perhaps less than nothing*).

¿Necesita España un poco de comunismo?

POR ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

Se cuenta que algunos economistas españoles, viendo reducirse la Economía Nacional y languidecer el capitalismo del país, no tuvieron más remedio que dirigirse al americano Marshall y plantearle la grave cuestión.

—Necesitamos dólares.

—¿Muchos? ¿Pocos? ¿Cuántos comunistas tienen ustedes?

—¡Ninguno! Nos ofende usted, senador. Para extirpar el comunismo en España, hemos hecho una guerra terrible de tres años con un millón de muertos. ¿Comunistas en España? ¡Ni uno, a Dios gracias!

—Pues les felicito, pero no puedo darles ni un dólar.

—¿Y por qué?

—¡Porque como mi plan es contra el comunismo y ustedes afirman que no lo tienen, mi Plan, les sobra. ¡Buenas noches!

La preocupación y confusión de los economistas, dicen fué grande. Al fin, a alguien se le ocurrió dirigirse a una alta personalidad de Italia y pedirle «prestados» unos cuantos comunistas para enseñarlos a Marshall, como si fueran españoles y hubiesen aparecido a última hora y por descuido.

Pero cuentan que ese alto dirigente italiano respondió:

—Lo sentimos mucho. No podemos prestar ni un solo comunista italiano. Son nuestros mejores patriotas actuales. Cada uno, nos gana mil dólares.

Siguen las crónicas contando que, entonces, ya sin otra salida que la de sacar comunistas de donde fuera y ante el peligro inminente de la ruina del capital y de una eventual revolución—en España—; se urdió que surgieran algunas huelgas modestas, con el fin de fabricar de prisa y corriendo unos cuantos comunistas, aunque salieran mal hechos y torpes. Lo importante era no quedarse atrás de Francia, de Inglaterra, de Italia y de los demás países europeos donde el capitalismo se va salvando poco a poco, gracias al patriotismo impagable de sus respectivos comunistas. Pero no es nada fácil fabricar comunistas de prisa y corriendo, en un país como España, tan católico, tan disciplinadamente militar, tan honestamente sincero y alejado de la política de componendas durante varios años. Y sin embargo en todo el país se advierte ya esta inminente necesidad tremenda: O se presentan unos comunistas ante Washington, o no se ve un dólar.

Y el capital español se hundirá y estallará la revolución.

Un famoso político francés, creo que Clemenceau, dijo en la otra guerra, que la guerra no se podía confiar a los militares por ser una cosa demasiado seria. Así pasa hoy con la Economía. La salvación del Capitalismo en cada país, tampoco se puede confiar a las clases capitalistas y conservadoras, sino a los comunistas, únicos que han comprendido, desde Marx, qué cosa decisiva y seria sea el Capital. ¡Das Kapital!

El problema actual, agudo y urgente de España, reside por tanto en la creación de un partido comunista, al menos como el italiano y el francés: Conservador, patriota, honesto, abnegado, mantenedor del orden, impulsor de negocios y préstamos, regulador de las cotizaciones bancarias, enemigo de la revolución, amigo de la paz, defensor de la familia, y, quizá dentro de poco, de la religión.

Quizá el comunismo en su forma dogmática, originaria, cerrada, teórica e internacional, no quiera este derrotero que van tomando los diferentes comunismos nacionales de cada país. Y esté irritado y furioso. Lo comprendemos. Pero la praxis histórica, es así.

Los norteamericanos no ayudan a nuestros pobres países europeos como no sea en esta otra forma también teórica, cerrada y dogmática, de la «Lucha anticomunista», a base de bienestar y de dólares.

¿Y qué vamos a hacer hoy los pobres países europeos? Mientras pudimos, con la penicilina totalitaria (la cuña de la misma madera) atacamos la infección. Pero desde el momento que se suprimió esa penicilina y se recomendó el bicarbonato de la democracia, ha habido que crear «el ardor de estómago comunista», para que con el bicarbonato, nos venga también el pan.

No somos nosotros, los europeos, los que mantenemos el comunismo. Son los que nos exigen un poco de comunismo a cambio de un poco de pan.

Por consiguiente, como los españoles vamos necesitando el seguir viviendo, resulta incuestionable que también vamos necesitando un poco de comunismo. Si Dios no lo remedia y nos deja con nuestra propia fórmula por vieja y pasada que aparezca.

La reconstrucción económica española y las inversiones de capital

Por EMILIO DE FIGUEROA

La industrialización de España es necesaria. Un país entregado sólo al cultivo agrícola —que en este caso, y aun intensificando los regadíos, sería de secano en un 80 por 100—, presentaría un gravísimo problema de paro, que alcanzaría a más de dos millones de españoles. En el artículo que nuestro colaborador Emilio de Figueroa da a continuación, se exponen las razones incontrovertibles que obligaron y obligan a plantear y desarrollar la política de industrialización de España. Nuestro colaborador refiere, crudamente, una situación de abandono y decadencia económica con la que valientemente se ha enfrentado para superarla el régimen español. «En la política económica seguida por esta nación en los últimos años—dice Emilio de Figueroa—, no cabe otra alternativa».

I

A nuestro parecer no carece de interés el llamar la atención del lector sobre un aspecto especial de un complejo problema que ha adquirido una extraordinaria importancia en la época presente, a saber: el papel desempeñado en la evolución económica de los diversos países por el volumen de capital disponible, en cuanto éste afecta al crecimiento más o menos rápido y a la solidez de sus respectivas economías.

Como veremos en seguida, este problema es de una importancia fundamental para España, si admitimos, como claramente demuestran, por desgracia, las investigaciones histórico-estadísticas, que su desarrollo económico, en el período transcurrido desde la pérdida de nuestras colonias, ha estado grandemente impedido y limitado por la escasez del capital disponible. Esta insuficiencia se debe, ante todo, a las limitadas posibilidades de ahorro que ha tenido la población española, a causa de la reducida productividad de una economía atrasada, que da lugar a una renta media por habitantes apenas suficiente para satisfacer las necesidades más esenciales. Aun cuando, en el curso del tiempo, esta situación haya mejorado algo, aún no ha sido posible eliminarla por completo, ya que la afluencia de capital extranjero ha sido, más bien, discontinua y a menudo ha estado determinada por consideraciones políticas antes que de carácter puramente económico. Así, pues, no ha permitido un aumento del equipo capital del país al nivel que el rápido crecimiento de la población española y sus crecientes necesidades exigían con objeto de poder ajustar la renta nacional y la formación interior de capital a las exigencias que toda economía moderna plantea.

II

SERÍA ciertamente injusto y falso negar el progreso realizado por España, tanto en el volumen como en la calidad de sus producción, en los últimos cien años.

A pesar de contar con una muy limitada superficie cultivable, el carácter montañoso del país y la escasa fertilidad del suelo, la agricultura española ha conseguido—hasta nuestra guerra—mantenerse al paso con el crecimiento de la población y mejorar el nivel de vida. Antes de la guerra civil suministraba directamente más de las nueve décimas de los alimentos consumidos en el país e indirectamente, a través de las exportaciones de productos agrícolas, el resto, de modo que el comercio de alimentos estuvo prácticamente equilibrado. Tomada en conjunto, la producción agrícola aumentó en un 30 por 100 desde principios de siglo al año 1936, y este aumento de la producción se logró sin que aumentara paralelamente el número de personas ocupadas en la agricultura, por lo que se ha debido, sin duda, a un mayor rendimiento del trabajo, hecho posible gracias al progreso técnico, a mayores inversiones de capital en el campo y a un nivel medio más elevado de educación entre los agricultores.

Aún mejores resultados se han alcanzado en la industria. Desde la pérdida de las colonias hasta la guerra civil española, el volumen de nuestra producción industrial aumentó en más de un 80 por 100. Durante este período la estructura de esta rama fundamental de la actividad económica moderna se ha transformado radicalmente, como lo demuestran de un modo claro las estadísticas del comercio exterior, de las cuales se deduce que, mientras antiguamente España importaba más artículos fabricados que exportaba, en la actualidad ocurre lo contrario. En lugar de producir sólo artículos sencillos, que exigen poca habilidad técnica y pequeñas inversiones de capital, la industria española se ha ido gradualmente interesando en ramas más difíciles y complejas, en las que para alcanzar el éxito se requieren no sólo costosas instalaciones, sino laboratorios bien equipados y una dirección técnica muy competente.

El desarrollo de la industria ha hecho posible aumentar el número de trabajadores en cerca de dos millones, absorbiendo así aproximadamente un 40 por 100 del aumento de la población desde el censo de 1900 al de 1930. Pero los beneficios indirectos derivados de la industrialización—teniendo en cuenta sólo los aspectos relacionados con la demografía—han sido mucho mayores. En efecto, gracias a ella ha sido posible que el número de personas ocupadas en el comercio y los transportes aumentara en un millón y medio y que creciera asimismo en más de un 33 por 100 el número de las ocupadas en profesiones liberales y servicios. Por otra parte, del 1.310.501 personas que aparecían en el censo de 1900 como ocupadas en la industria, comercio y transportes, probablemente la mayor parte eran artesanos (un 90 por 100); este elevado porcentaje se redujo con bastante probabilidad al 25 por 100 de la población industrial total correspondiente al censo anterior a nuestra guerra.

Como es natural, todo esto tenía que traducirse en

un incremento de la productividad. Una población industrial que ha crecido numéricamente en, por lo menos, un 55 por 100, comparada con la de 1900, y que dió lugar a un aumento de la producción industrial, antes de nuestra guerra, del 87 por 100, tuvo que elevar su rendimiento medio en más de 1,2 veces.





SERÍA fácil ampliar los hechos y datos estadísticos que ilustrasen el progreso experimentado por España, no sólo en la agricultura e industria, sino en todas las demás ramas de la actividad económica. Pero, con esto, perderíamos la perspectiva del problema que estamos analizando. El hecho es que, a pesar del notable progreso económico alcanzado, pese a las circunstancias adversas en que ha tenido lugar, éste no ha sido lo suficientemente grande como para resolver los problemas fundamentales de nuestra vida económica nacional. Nos enfrentamos actualmente con muchos de los problemas que a finales de siglo teníamos planteados, aunque, claro es, su urgencia y gravedad ha aumentado en la misma medida en que el ritmo de la vida moderna excede del paso lento que manifestaba hace medio siglo.

En la época en que perdimos las colonias, y debido a una serie de circunstancias en las que no es preciso entrar aquí, España estaba económicamente atrasada con respecto a los principales países de la Europa occidental. De modo que, una vez cancelada la estapa fácil de nuestro imperio colonial, los españoles teníamos ante nosotros la tarea de superar dicha pérdida de tiempo, de modo que se lograse tan plena y rápidamente como fuera posible la equiparación con aquellos países más adelantados en la vida económica y civil. Nuestra nación ha realizado a este respecto heroicos esfuerzos, y, según demuestran las anteriores cifras, ha logrado evidentes mejoras.

Algunos países han reducido el ritmo de su progreso económico y no es inverosímil que, comparada con ellos, España haya ganado algún terreno; mas, por otra parte, las demás naciones han realizado vertiginosos progresos, con lo que se ha hecho mayor la distancia que nos separaba de ellas hace tres cuartos de siglo.

En conjunto, y en tanto es válido formular un juicio sintético basado en datos toscamente aproximados, España ocupa hoy—o, mejor dicho: ocupaba antes de nuestra guerra—casi la misma posición relativa en el mundo que a finales del pasado siglo. Aunque no haya experimentado nuesvos retrocesos, no ha logrado, sin embargo, recuperar completamente el terreno perdido. La riqueza y la renta *per capita* continúan en un nivel muy bajo comparadas con las de los principales países de la Europa occidental y los Estados Unidos, aunque superior, en un grado apreciable, al nivel de los países asiáticos y del Este europeo. La producción industrial española, comparada con la mundial, probablemente representaba en 1936 un porcentaje ligeramente superior al de 1900. Por otra parte, no es imposible que la importancia relativa de la producción agrícola española, con respecto a la mundial, haya disminuído en vez de aumentar.

En lo relativo a la industria, la opinión expresada anteriormente se ve confirmada por los siguientes datos. Según los índices reunidos por el doctor Rolf Wagenführ la producción industrial del mundo aumentó en el período 1870-1928, cerca de siete veces, mientras que la producción industrial española aumentó en el mismo período nueve veces. En 1928, la producción industrial española puede estimarse en un 3 por 100 de la mundial, mientras que en 1870 sólo alcanzó, probablemente, el 2 por 100. La participación de España en la producción mundial aumentó pues, en cierto grado, aunque no lo suficientemente como permitirle recuperar por completo el retraso con que inició el camino de su industrialización.





DESDE la pérdida de la colonias hasta la fecha la población española ha crecido, aproximadamente, al mismo ritmo que la población mundial; pero esto ha dado lugar a un problema muy grave, cuya solución es de extrema urgencia para España. A pesar del desarrollo experimentado por la industria, el comercio y las profesiones liberales, la población activa no ha crecido al mismo ritmo que la total. La relación entre la población total y población trabajadora, es decir, la cuota de la población que produce y obtiene ingresos, ha sido invariablemente decreciente, hasta alcanzar un nivel sin precedentes en los principales países europeos. Aun dejando aparte la cifra del paro actualmente existente en España, habrá que hacer frente al problema de incrementar en una cuantía adecuada las oportunidades de ocupación. Si los Estados Unidos, con sus 132 millones de habitantes, consideran necesario asegurar una ocupación para 60 millones, España tendrá—con arreglo a esta misma proporción—que proporcionar un volumen de empleo de unos 12 millones, es decir, unos 2 millones más que el nivel máximo alcanzado antes de nuestra guerra.

Para apreciar debidamente lo que esto significa, basta con realizar un sencillo cálculo aritmético. Teniendo en cuenta que para proporcionar ocupación en la industria a un obrero adicional se precisa efectuar una inversión de capital estimada en unos 2.000 dólares la inversión total que se necesitaría para dar ocupación a 2 millones más de trabajadores ascendería a unos 4.000 millones de dólares, lo que equivale «grosso modo» al valor de la renta nacional del año 1929 y al ahorro total acumulado por la nación española en un decenio, siempre que su renta *per capita* volviese al nivel medio de los años que precedieron a la guerra.

No es ésta la única formidable tarea a que tenemos que hacer frente. Aun sin hacer referencia a las pérdidas sufridas en nuestra guerra, cuyo importe es difícil de calcular, se plantea, además, la urgente necesidad de modernizar nuestras instalaciones y equipo industrial.

A pesar de haberse progresado bastante en el sector industrial y de que existen algunas empresas que pueden compararse favorablemente con otras similares del extranjero en lo que respecta a la modernidad de sus instalaciones, organización y grado de mecanización; no cabe duda, sin embargo, de que la industria española en conjunto está aún poco capitalizada y mecanizada, poseyendo, por tanto, un grado modesto de eficiencia.

El bajo coste de la mano de obra, aun cuando se mantenga en el futuro—y es de esperar que no sea así—no compensa adecuadamente, en muchos casos, la inferioridad que supone la menor eficiencia de las instalaciones, siendo, por tanto, muy difícil evitar la desaparición de muchas de nuestras empresas el día en que la competencia internacional en el campo industrial se establezca de nuevo, reduciéndose la protección aduanera y facilitándose el comercio libre entre los pueblos.

La teoría que postula que todo sujeto económico, actuando libremente, puede elegir entre las diversas

combinaciones de los factores aquella combinación óptima que corresponde al mínimo coste de producción posible, deja de tener en cuenta el hecho de que dicho sujeto efectúa a menudo tales combinaciones bajo la presión de circunstancias ineludibles. No se debe al hecho de que el coste marginal de la mano de obra sea menor que el coste marginal del capital el que el fabricante elija generalmente aquella combinación productiva que exige menor capital, es decir, aquella con un equipo técnicamente atrasado, que limita la productividad de la mano de obra; su decisión se debe fundamentalmente a la imposibilidad en que se halla de disponer del capital necesario para la construcción de una instalación más moderna y eficiente y, como es natural, más costosa.

Si bien esta decisión del fabricante particular puede estar justificada por las circunstancias imperantes, no es menos cierto que las empresas pobremente equipadas, debido a la escasez de capital, malgastan en esencia una parte del esfuerzo de sus trabajadores e ingenieros al obtener una producción insuficiente, a unos costes por unidad indebidamente altos; siendo por tanto, incapaces de competir, tanto en el interior como en el exterior, con otras industrias mejor equipadas, según un criterio moderno.

Las manifestaciones contenidas en el *Rapport général sur le premier plan de modernisation et d'équipement* de Francia, sobre la necesidad de renovar y modernizar los métodos e instalaciones industriales francesas, son también aplicables a España. Una renovación semejante no es asunto que tanto Francia como España puedan considerar a la ligera, se trata más bien de «una necesidad, cuya única alternativa es la decadencia».

V

La importancia de la cuestión es tal, que creemos conveniente añadir algunas cifras que ayuden a comprender el hecho de la escasez de capital con que siempre ha tropezado la industria española y subrayar al mismo tiempo la necesidad de encontrar un remedio para esta baja capitalización.

Aunque se deconoce el capital real invertido en la industria española, una tosca estimación basada en métodos indirectos, nos llevaría a que, en el año 1936, y teniendo en cuenta el censo de la población industrial, la inversión de capital por persona ocupada en la industria debió ascender a unos 1.000 dólares, cifra muy pequeña, si tenemos presente la cantidad mínima de capital científicamente determinada a que antes hemos aludido.

No cabe duda, por tanto, de que la industria española está poco capitalizada y tampoco es posible desconocer la insuficiente industrialización del país.

España necesita no sólo modernizar su equipo industrial y su capital productivo en general—incluyendo la agricultura y los transportes—, sino extenderlo y aumentarlo de forma que proporcione ocupación adecuada a su creciente población—que aumenta a un ritmo anual de un cuarto de millón—. Es cierto que la producción industrial española suponía, *grosso modo*, un 3 por 100 de la mundial en el año 1928 y que España ocupaba uno de los últimos puestos en la clasificación de los países productores, detrás de los Esdos Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia; pero la industrialización española se desarrolló con mucho retraso con respecto a la de los principales países y estuvo muy por bajo de la de otras naciones que, teniendo en cuenta sus poblaciones respectivas, figuraban después de ella en la participación porcentual de la producción mundial. Una cosa es el volumen total de producción y otra la producción *per capita*, que es lo único que verdaderamente constituye una prueba convincente de industrialización de un país.

La posibilidad práctica de calcular un índice de la producción industrial *per capita* para un número suficientemente grande de países, es muy difícil. Creemos, sin embargo, que un índice del grado de industrialización suficientemente aceptable puede ser obtenido en relación con las cuotas porcentuales de la producción mundial asignadas a cada país en el citado estudio del doctor Wagenführ, según el tanto por ciento de su producción respectiva con respecto a la población mundial. Un cálculo semejante demuestra que en tanto España contribuyó con aproximadamente un 3 por 100 al volumen total de la producción mundial en 1928, y contaba con el 1,18 por 100 de la población del mundo, tenía un índice de industrialización de 106; mientras que, por ejemplo, Dinamarca, que contribuyó sólo con el 0,35 por 100 a la producción mundial y con el 0,175 por 100 de la población del mundo, tenía, en dicho año, un índice de industrialización igual a 200.

PAIS	*Participación en la producción mundial*	*Tanto por ciento de la población mundial*	*Indice de industrialización*
EE. UU.	44,80	6,20	722
Canadá	2,22	0,50	444
Gran Bretaña	9,26	2,30	403
Suiza	0,80	0,20	400
Alemania	11,55	3,25	355
Francia	7,00	2,07	337
Bélgica	1,10	0,40	275
Holanda	1,00	0,39	256
Checoslovaquia	1,60	0,70	229
Dinamarca	0,35	0,175	200
Italia	3,15	2,06	153
ESPAÑA	3,00	1,18	106

Como se ve, España ocupaba, en el año 1928, el duodécimo lugar de la escala de industrialización y la distancia que la separaba de los principales países occidentales era, a este respecto, verdaderamente grande. Conviene observar que en esta estimación no se ha tenido en cuenta la densidad de población, la cual constituye un factor que aumenta en igual grado la necesidad de la industrialización. No se han tenido en cuenta tampoco las escasas oportunidades de ocupación ofrecidas por la agricultura española, donde la limitada fertilidad del suelo y la existencia de un *paro virtual* no permiten un aumento de la población campesina.

VI

No es posible tratar en un artículo de revista, con la extensión que merecen, todos estos interesantes aspectos de la estructura económica española y los formidables problemas que plantean. Una consecuencia, sin embargo, parece deducirse claramente de todo lo expuesto: *que España necesita llevar a cabo grandes inversiones de capital.* Según se ha señalado en el informe de la Comisión francesa a que hemos aludido, todo país que se halle en estas condiciones no tiene otra alternativa que resignarse a una inevitable decadencia económica. Y esto se ha dicho en un país como Francia que se ha beneficiado por medio de la UNRRA, primero, y del Plan Marshall, después, de varios miles de millones de dólares, con los cuales ha podido acometer la tarea de su reconstrucción nacional sin los agobios de tener que pagar las importa-

ciones con exportaciones, ni tener que someter a su población a un tremendo sacrificio.

Es de lamentar que la pasión política con que se juegan desde el exterior las cosas de España enturbie una visión objetiva de la realidad económica española. Ningún país, por mucho que sea el celo de sus gobernantes y la capacidad de trabajo de su población, puede superar por sí mismo una situación estructural como ésta. Es cierto que el desarrollo económico de un país debe ser ante todo obra del país mismo y que el factor más importante de dicho desarrollo es el ahorro nacional. Pero en un país con un bajo nivel de renta nacional el ahorro total suele ser modesto, y esta insuficiencia de ahorro propio constituye un grave obstáculo para el progreso económico inicial, ya que el volumen de capital invertido no ha de ser inferior a un cierto mínimo si se quiere que la inversión alcance su finalidad, y puede darse el caso de que este nivel mínimo sea bastante elevado.

De cuanto antecede se deduce que el desarrollo de la capitalización será necesariamente muy lento en los países que, como España, tengan una baja cuota de ahorro. Esta conclusión, en realidad, tan poco seductiva, está basada en consideraciones realistas, a las que ha llegado el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento».

Pero el desenvolvimiento industrial sólo es una faceta—y tal vez no la más importante—en el desarrollo económico de un país. Según los estudios realizados por la F. A. O. («Food and Agriculture Organization») y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, con frecuencia *el camino más corto para llegar a alcanzar una renta nacional más elevada es el mejoramiento de la agricultura.* En efecto, el mejoramiento de la producción agrícola constituye la base principal para resolver al mismo tiempo, directamente, el problema industrial.

Es preciso también tener presente que el desarrollo de la agricultura plantea en los países con un excedente de población campesina en paro encubierto que se presenta el mismo caso en otros países igualmente agrícolas, pero con escasa población campesina. Se corre el riesgo de que una mecanización de la agricultura agrave la desocupación; el principal problema consiste, pues, *en atenuar el desequilibrio existente entre la tierra cultivable y la mano de obra disponible.* Por consiguiente, se trata de aumentar principalmente el factor tierra, incrementando la fertilidad del suelo ya cultivado y conquistando nuevas tierras mediante obras de irrigación y bonificación, regularizando el curso y recuperando tierras incultas.

Por otra parte, la creación de industrias ligeras, que con frecuencia pueden desarrollarse a base de la artesanía local ya existente, constituye una compensación a las eventuales influencias desfavorables de una modernización de los métodos técnicos empleados en la agricultura.

VII

AQUELLOS que desconfían del pensamiento teórico sometido a los necesarios requisitos de lugar y tiempo, están siempre mal dispuestos a aceptar sus conclusiones. Es fácil decir que no existe una combinación óptima de los factores productivos, y que aun en el caso de que exista, no hay certeza de que el nivel óptimo sea el que exija la mayor inversión de capital. Según hemos visto, se pueden dar diversas combinaciones de los factores, requiriendo unas más y otras menos capital; la combinación superior es aquella que asegura, teniendo en cuenta las circunstancias reales de cada país, el máximo rendimiento con el mínimo coste.

Pero, aun cuando hayamos dado a tales consideraciones toda la importancia que en realidad merecen, están lejos de demostrar que exista toda una lista interminable de posibles combinaciones, y mucho menos prueban que la combinación que requiere la cantidad mínima de capital pueda siempre competir—en rendimiento y para costes unitarios—con la más altamente capitalizadas. Las especiales circunstancias que prevalezcan en un determinado país pueden permitir, dentro de ciertos límites, el uso de maquinaria y de métodos que requieren una menor inversión de capital. Pero los límites dentro de los cuales esto puede ser posible, sin elevar los costes hasta un punto que se haga imposible la lucha contra la competencia de las empresas más capitalizadas, son desgraciadamente estrechos. Y un país que se vea obligado a rebasar estos límites, se hallará gradualmente fuera de las más importantes y productivas ramas de la industria e impulsado hacia las marginales y menos productivas. Por otra parte, el hecho de que tales actividades marginales sean también accesibles a los países más pobres, con un nivel de vida extremadamente bajo y con salarios reducidos a un nivel intolerable para un país de cultura occidental, significa que habrá que hacer frente, además, a una competencia no menos formidable que la de los países más adelantados, que cuentan con las más modernas y capitalizadas industrias.

Desgraciadamente, no es posible eludir el dilema: o conseguimos llevar a cabo grandes inversiones de capital, necesarias para elevar nuestro equipo productivo al nivel requerido por la técnica moderna y con el objeto de procurar ocupación al mayor porcentaje posible de nuestra creciente población, o nos veremos obligados a echar mano de toda clase de recursos para arrastrar una vida llena de penalidades y privaciones, acabando por perder gran parte del terreno laboriosamente conquistado hasta la fecha.

Para que se comprenda toda la importancia de este dilema, conviene llamar la atención no sólo sobre la inevitable decadencia económica que nos espera, en el caso de fracasar en la tarea empeñada de asegurar el adecuado capital para nuestro equipo industrial y agrícola, sino también sobre el sorprendente progreso económico que creemos se lograría alcanzar, si superamos las dificultades que se alzan en nuestro camino. Al contrario de muchos países occidentales, España cuenta ya no sólo con una elevada población, sino también con un notable ritmo anual de crecimiento demográfico. Ahora bien, aunque todo exceso de mano de obra da origen, sin duda, a muy graves problemas, puede proporcionarnos si se encauza amplia y adecuadamente, la fuerza motriz inicial para el progreso económico. La ciencia y la técnica modernas han abierto inesperadas—aunque hasta ahora, poco aprovechadas—oportunidades para un rápido progreso económico, al alcance de cualquier país La experiencia ha rechazado también el prejuicio —no eliminado aún de la mente del hombre de la calle— de que el desarrollo industrial está ligado indisolublemente a la posesión, en lugares determinados, de adecuados suministros de materias primas, y a un mercado nacional suficientemente extenso. En este punto hemos de citar de nuevo el «Rappotr général du Commissariat général du plan de modernisation», de Francia:

«Los ejemplos de Holanda, que no tiene hierro; de Suecia que carece de carbón; de Suiza y Dinamarca, que están desprovistas de ambos, demuestran que el nivel de vida de un país depende de su grado de progreso técnico en la agricultura y la industria y no del tamaño de su territorio, ni de los recursos naturales de su suelo, ni de la potencia económica, en el sentido absoluto de esta expresión».

No cabe, pues, otra alternativa en lo que se refiere a la política económica seguida por España en estos últimos años, teniendo en cuenta la estructura presente.

PROCESION EN UN PUEBLO ESPAÑOL
MENTRIDA (TOLEDO) →





Los pueblos de España

Por FERNANDEZ FIGUEROA



ES una cosa tremenda esta de poner en una cuartilla blanca: «Los pueblos de España». O no tiene uno espacio para nada o le sobra a uno todo. ¡Ahí es nada! ¡Los pueblos de España! ¡Los pueblos del pueblo más pueblo de la tierra! ¡Los *repueblos* del mundo! ¿Qué decir de ellos que no esté ya dicho o que no sea imposible decir?

Por lo pronto, esto: Ellos son los nidos. el gran nidal caliente, hecho con cuatro pajas, donde el alma de España pone castamente sus huevos y los engora, como una clueca, quieta, encima, abriendo el ala como quien arropa con una manta a un muerto para que no se enfríe o se pudra al sol. ¡Debajo está la vida! Debajo de esa aparente muerte, de ese pudridero está la vida orgullosa y mísera, dulce, sencilla, violentísima de los pueblos de España: Cuatro casas, una torre, dos campanas, el cementerio—que llamó Unamuno «corral de muertos»—, la mula, el toro, el caballo, el tiesto con claveles, la encina, el olivo, los perros... ¡Vamos a tirar de la manta!

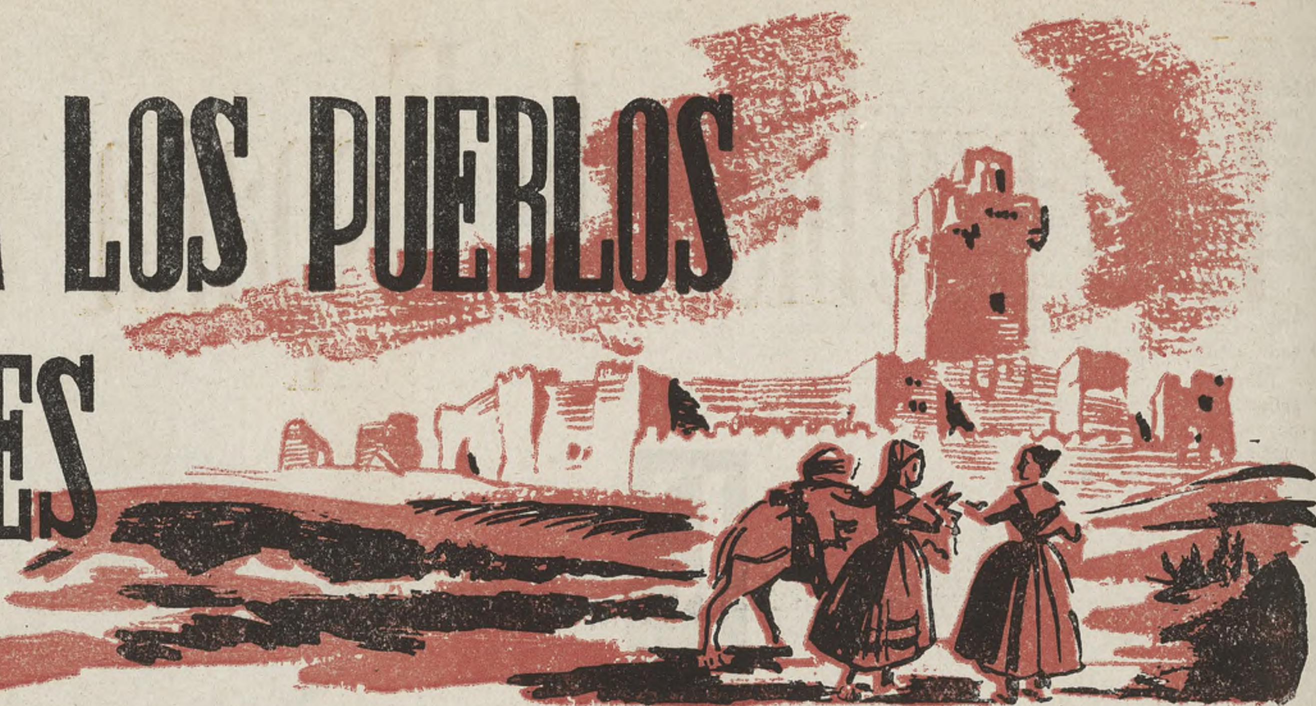
Se equivoca quien crea que porque no respira, porque no se mueve, porque está quieto, el muerto no vive. Vive. Y con una vida purísima, de 90 grados, como el buen aguardiente de alambique que, de tan puro, lo persiguen como contrabando los carabineros. Acaso no esté bien decirlo, pero hay que decirlo: lo mejor de España, hoy como ayer, que son sus pueblos, es contrabando. No se paga con dinero. Pero «¿qué clase de contrabando?, preguntará, y con razón, el lector no indígena. Y le respondemos: «Muy sencillo. El que ahora no se estila. Contrabando moral». España es un fardo de razones últimas y profundas, una carga de almas incorruptibles, detenida como si fuera de oro en la frontera del mundo, un venero de vida de tierra adentro, brotada entre zarzas, de las piedras... ¡Cada pueblo, un chorro!

El viajero español se sorprenderá, como los españoles no *españoles*, de la fuerza con que ese chorro brota y perennemente mana. Los españoles *españoles*, no. Están acostumbrados a que sea así y saben que, mientras España siga siendo España, sólo puede ser así. Y España tiene que ser así, para seguir siendo, para *ser:* Cuatro casas, un campanario, el camposanto, la maceta de flores en la ventana, el toro, el caballo, el encinar, los perros... ¡El muerto aparente bajo la manta, al sol! La pobredumbre. La pobredumbre Una miajita de cante y baile al son de la gaita, el tamboril, la pandereta y las castañuelas, para que el olor de vida del muerto—o el olor de muerto de la vida, ¡cualquiera sabe!—no se entre demasiado por las narices, no apeste. ¡El pueblo, los pueblos jocundos y tristísimos de España! ¡Qué equivocado el que vea en ellos atraso, reacción e incultura! En el tiempo que se avecina, que está ya aquí, ellos son, porque son la *reacción*, la revolución y la salvación; la vanguardia de la vida nueva, porque creen en la muerte antigua; los que, por ir de paso, permanecerán. Y esto no son palabras. Dios está con ellos—con su pobreza, su atraso y su sutilísima sabiduría de siglos—y el porvenir está con Dios. Como Bergson a don Eugenio d'Ors, en su cátedra de la Sorbona, ellos pueden decir, en este crítico momento: «Señores del mundo. Puede que la razón esté con ustedes, pero la vida, la verdad, está con nosotros». Porque la vida, cuando es vida verdadera, no se equivoca nunca.

Sentimos tener que repetir, con música vieja, la cantinela de siempre: España es una excepción vergonzosa, como es vergonzoso (produce vergüenza) el buen ejemplo cuando hay que darlo y se tiene valor para darlo. Y España lo tiene, y lo dá, porque lo tiene. Este ejemplo está en sus pueblos, cuya salud, Ortega, deslumbrado, calificó de «casi indecente», al volver por vez primera a ellos tras diez años de expatriación voluntaria. Y como Ortega, mil más. Sobran muchas voces autorizadas para remachar este clavo, en el Arte, en la Literatura y en la Historia. No vamos a utilizarlas, porque ¿para qué? Se trata de un artículo de «relleno»—el que estoy eludiendo—y no de una apología, en todo caso innecesaria. España, como la fé, se justifica en sí misma. Es una luz que va delante y alumbra, por el hecho de ir delante. Que vean, si pueden y quieren, los que vienen detrás, y si no, que Dios los coja confesados. Las campanas de nuestros insignificantes pueblos vivos seguirán doblando a muerto por la salvación de su ánima.

¡A ver si las gentes se enteran de una vez que la Vida no está en el pan de trigo sino en el pan de Cristo!—y perdóneseme la repetición en esta misma Revista de mis palabras de otro día.

VUELTA A LOS PUEBLOS SIN DUQUES



Por JOSE ANTONIO TORREBLANCA



L único recuerdo que sirve para dar unidad a los lugares, villas y pequeñas ciudades de España donde ha latido nuestro corazón, es aquella sensación radicalmente nacida de nuestros primeros pasos por su soledad casi inhumana. Yo he procurado siempre no dejarme traspasar en los pueblos españoles por ninguna impresión que no fuese espontánea y personalmente destinada a mí, de modo que cualquier infiltración azoriniana en estas notas queda de antemano recusada como elemento extraño a la sinceridad con que deben ser ordenadas y escritas. La soledad que los pueblos me han metido desde chico en la sangre, nada tiene que ver con «la pura pena de no saber por qué». Es una soledad con nombre propio, con irrecusables piezas de convicción, con etiología terminante.

España se ofrece en sus pueblos con una desnudez tan descarnada, tan anatómica, que cualquier forma literariamente pura de retorno a ellos clama en lo hondo como una frivolidad imperdonable. No están sólos porque así los hicieron, ni porque fueran previamente dispuestos para dar posada a la soledad, sino porque los dejaron sólos. Los «superbi colli» derribados, las tristes ruinas y antiguallas de la elegía de Cristóbal de Mesa como elementos de esa impasible viuda que es la Arqueología, no inducen a la tristeza, pues son material inventariable y así se justifican. Los hombres, sí. Pero la tristeza que los hombres en general deben producir a la contemplación inteligente de sus desventuras, no puede quedar nunca en la simple melancolía. Acaso tampoco sea discreto llevar esa tristeza al dominio de la Sociología, ciencia triste sin remedio. A los pueblos de España es preciso, en fin, volver como los hidalgos de antaño a sus palomares derribados: con la frente dañada de «fumo di fidalgo», con el roto de la capa disimulado bajo el codo y con la secreta esperanza de que entre sus ruinas nos salga todavía un palomino final, el del último caldo de la última calentura de nuestra vejez.

A Medina del Campo llegué desde la estación después de medianoche ,con grandes y numerosas estrellas en lo alto, que me alumbraban el perfil de las torres. Iba sólo y no podía oír ni mis propios pasos, porque era tiempo de la trilla del trigo y el polvo candeal de las espigas cubría la tierra. Se andaba así como pisando nubes. Los pies iban en una oscura levitación y parecía mentira que el romance, inevitable, del «Caballero de Olmedo»—«sombras le decían...»—se hiciera tan digno de consideración en aquella entrada hermosísima, tan absolutamente incógnita, pues era la entrada posesoria en la capital de mi jurisdicción.

Ni un ladrido. Estaba cortada por las economías de electricidad la corriente de los saltos del Duero, y la oscuridad era maciza, de una densidad prehistórica. Al trasponer los primeros portales noté el vaho tibio de las bestias cansadas. Un mantillo de estiércol y de paja molida alfombraba los guijarros y olía a pan frío de la alacena.

La plaza, en sombras, era enorme, montañosa, inurbana, como el piso de un castro armado en pleno cerro. Llamé a las puertas, di voces y di palmadas. Luego acudió un sereno, todavía dormido, y me dijo que a esa hora no había fonda. En voz baja le dije, para no asustarme de mi propia claudicación:

—Soy el Juez de Primera Instancia e Instrucción.

Pero el sereno me vió solo, espigado en la oscuridad. sin el brillo de la placa ni las reglamentarias borlas, y no se lo creyó. Fuí a gritar con voz feudal:

—¡Soy el señor Juez de Primera Instancia e Instrucción!

Pero la sensación de soledad se volvió grotesca ante aquel labriego escéptico que me pedía las credenciales, y el grito se me ahogó como un sollozo.

Tuve, al fin, posada de peregrino, o, más exactamente, de viajante. Y a la mañana siguiente, cuando tuve que buscar afanosamente a la autoridad gubernativa para que me presentara sus excusas, comprendí que yo no podría ser nunca en Medina del Campo el sustituto de sus duques ausentes. Estaba, en cierto modo, dentro de mis facultades jurisdiccionales encarcelar terratenientes, fulminar la ruina sobre los aparceros, mover desde lejos, con una providencia, el collarín del verdugo de Valladolid. Pero nadie pensaba que yo hiciera oficio de duque, porque la concepción del mundo y de sus jerarquías que en un pueblo español pasa ya con la leche materna por el gaznate de los niños, alimenta esta certidumbre colosal: Hijo mío, todos los que vienen a mandarte sin corona, sin rebaño hereditario y sin capellán propio, son funcionarios de Hacienda. Ausente el duque, mandan sus pecheros.

Piedrahita es una villa redonda, labrada de un berrocal plateado que los inviernos oxidaron. Tiene a sus muertos puestos en las ruinas del convento de dominicos donde estuvo Melchor Cano y conserva, restaurado con un cierto criterio republicano y funcionalista, un palacio neoclásico que Jaime Marquet le hizo al Duque de Alba, uno de los Fadriques, creo que el amigo de Juan Jacobo Rousseau. En su parque, inmenso, con barranco propio, nacen todavía rosas terreras, muy finas pero tímidas como lagartijas, de los mismos rosales que hicieron guirnaldas a la Duquesa Cayetana, última verdadera de los Alvarez de Toledo, que dejó de aparecer por allí algo antes de la invasión de los franceses.

Los nietos de los colonos de Alba, pasados por el tierno liberalismo del señor don José de Somoza, que cantaba en el mismo tono a las oropéndolas de la Pesqueruela y al sufragio universal, eran decentes, corteses, no amenos pero sí atentos y reverenciales en la conversación. Como Piedrahita había sido capital activa de Valdecorneja, que era el señorío de los Alba, y allí nació don Hernando, el temor de Flandes y conquistador de Portugal, el hueco de la ausencia, ya eterna, de sus duques, les tenía literalmente comido medio lado a los labradores, ganaderos y pequeños banqueros de la villa.

Ellos tenían la trucha pronta, el jamón dadivoso y el puesto en el ojeo ritualmente reservado al seños Juez. Pero el alma se les iba tras sus alcabalas. Me dieron una casa copiada de una villa de Torremolinos, con su fresquedal orientado al Norte, de donde en invierno soplaba el aire a razón de 12 grados bajo cero, y las pulmonías me mataban a la familia. Doña Dorotea, rica, casi anciana, soltera y piadosísima, me miraba desde sus balcones untados en sol de mediodía, y me brindaba con una sonrisa de caridad muy gentil aquel consuelo de sus huesos y de mis bronquitis en el tremendo invierno de Piedrahita.

Pero Doña Dorotea quería desahuciar con desafuero a uno de sus arrendatarios y había recurrido a mí por los trámites legales para que hiciera de duque y le diese amparo. No era posible, pues, pedir a doña Dorotea el sol de sus balcones. Desde los míos, en sombra helada a todas las horas, le sonreía toda mi familia, rogábale que nos encomendase en sus cirios de dos libras y habituales devociones. Y cuando por inesperada circunstancia quedó libre el piso más soleado de la casona de doña Dorotea yo fuí a pedírselo en alquiler, que era como comprarle el sol, y ella me pidió a toma y daca el desahucio de su colono, que era como pedirme la conciencia. Le besé la mano, porque ya era vieja la señora, y me fuí a la sombra. Desde ella hice justicia apreté más mi catarro y me quedé sordo. y doña Dorotea conservó su sonrisa al sol del balcón, como un geranio, pensando que el Duque estaba lejos y no había lugar a más contemplaciones.

A Pedraza llegué en el burro con que el cartero sube las valijas y el turismo desde La Velilla. Pedraza, en lo alto, cortada a cercén entre los jarales, se presentó de golpe con su única puerta de villa y tierra, sin opción. Había que pasar por el arco de muralla, o ponerle sitio. Una moza que subía el cántaro rezumándole frescor en la cadera, me lo dijo, porque el cartero hacía oficio de arqueólogo y posadero, y yo prefería los informes de la moza. A las siete de la tarde, en pleno verano, con el sol de las eras alto como para segar todavía cien gambullos, Pedraza tenía una soledad lunar. Por las puertas de las casonas con labras heráldicas en que aun navegan las barcas de los montañeses de Fernán González, asomaban el belfo los borregos. No había niños jugando en los guijarros bruñidos de las calles, ni castellanas en los balcones esquineros de una belleza sobrecogedora.

Pedraza tenía cuarenta pegujaleros en cuarenta pa-

lacios y todo aquel patetismo militar de roca inexpugnable, de barbacana villana y absolutamente inútil, metía unas ganas de llorar que estaban fuera de toda predisposición literaria. El castillo, cerrado y estropeado en su torre por la real gana patrimonial del pintor Zuloaga, que santa Gloria tenga, sólo dejaba ver de lejos su corpulencia estéril, y de cerca la ferralla de los pinchos donde ya sólo se quedaba clavado el viento sitiador.

Todo parecía en Pedraza desmilitarizado por una guerra lejana, villa de madres llorosas sobre las cartas de Ultramar, viuda de sus mozos, con el duque ausente y toda su mesnada en irremediable destierro.

Llegué a la fonda de Pepota, una hermosura de posadera, y le dije que yo andaba por tierras de Segovia pero con la desventurada condición de no probar la carne de cordero porque me daba alergia de bufanda. Y ella me sonrió y me dijo:

—Vaya lavándose y no se apure. Cenará usted ternera buena de Navafría.

Cené de aquella carne que imaginé hecha con los helechos de los pinares, y al terminar recibí de Pepota el buen provecho y esta confesión paladina:

—¿Estaba rica la ternera? Pues es cordero, ea. En Pedraza la carne sabe a lo que nosotros queremos.

En Peñaranda de Duero entré por una calle medieval tan intacta, que daba escalofrío torcer la esquina y poder encontrarse con la noticia del destierro del Cid. Iba un señor maduro, con sombrero y bicicleta, y me informó que el castillo y el palacio—una maravilla imperial y granadí en ruinas—eran suyos. Estaba ya liando un cigarro cuando, apoyando la bicicleta contra el varal de un carro, me dijo que andaba en tratos para vender aquellas piedras al Estado en sesenta mil duros. Yo callaba, mirándole, mientras pensaba por qué laberintos han andado los atributos de los duques para venir a manos del Gran Duque de nuestro tiempo, que es el Estado, después de pasar por la pequeña burguesía desamortizadora, por los pequeños titulares registrables de las torres, las abadías, los latifundios y las libertades provisionales del Hombre y el Ciudadano. El socialismo muerde el anca del feudalismo.

Pero aquel propietario fabuloso era campechano y quiso informarme llanamente ante un vaso de vino. Me llevó a su casa. Bajé con él los veinte escalones de una bodega del siglo XIII, donde el vino de la ribera se criaba con un frescor de tumba episcopal. Llenó el jarro y subimos a su casa, que tenía una solana sobre los álamos del huerto. Estaba allí, haciendo punto de medias—cosa inútil, porque llevaban cuarenta años muertas las piernas que habían de calzarlas—la madre del castellano, joven de noventa años que se dejó besar la mano como una princesa. Bebió el vino con nosotros, mandó sacar chorizos duros, que tenían dentro el mismo frescor del vino. Y a última hora, muy contenta, dijo a su nieto, un capitán de nuestra guerra que estaba pasando las vacaciones, que sacara coñac—coñac de la ribera del Duero—de 1849. Bebió ella una gota y dijo que aquel licor estuvo en las bodas de su abuela, que «tocaba al alma» y que si alguien bebiera una copa de un trago, se caería muerto al suelo en el acto y sin remedio.

Luego el castellano me enseñó el sable auténtico del cura Merino, con sangre vieja, «de verdad», en la hoja templada en Toledo en 1801. Y, en fin, la señora anciana obligó a su nieta, que era un primor de ojos azules, a que se vistiera el traje burgalés de raso negro y el refajo de lana dorada y quiso que diera unas volandas con mucho recato y moderación en la brisa del atardecer. La muchacha lo hizo por obediencia, porque iba muy enamorada de otro, que estaba estudiando para Correos.

Me dieron hospitalidad hasta que cayó la noche, ni un minuto más. Fuí a dormir a la posada, sobre un lecho de albardas, adonde me llegaba el ruido lento de las mulas que masticaban la cebada del pienso. Y mientras pensaba entre mis oraciones que los murciélagos irían a aquella hora por las preciosas ataujías de las alcobas del duque, abierta al raso por la ruina, y el castellano de la bicicleta dormiría su honesto vino junto a la alcoba donde su hija soñaba, me dormí con desconsuelo.

El alma entera de los pueblos de España está clamando por sus señores a conciencia de que no pueden volver. Cuando Fernández de Navarrete, en los años del 1600, recomendaba que para la salvación de la Patria tenían los marqueses que volver a ser guardianes de las marcas y castellanos de sus fortalezas, ya no tenía remedio la cosa.

Antes que los lugares, las villas y las pequeñas ciudades de España sean centros de vida plena, tiene que haber una transformación casi geológica de la entera vitalidad española. Pero hasta entonces, ese tedio sutil, esa violencia sorda, esa pasión amarilla que vetea de vez en cuando la mirada de las mujeres con el pañuelo negro atado bajo la barba, no son sino el luto por los señores que están más que muertos ausentes por la Eternidad.



Visión gráfica de una pequeña gran revolución

Grupos escolares

Ayuntamientos

Abastecimientos de aguas

Instalaciones de luz y teléfonos

Viviendas protegidas, maestros y médicos

Reparaciones, Iglesias y varios

Esta es una visión gráfica de lo realizado en una de las cincuenta provincias españolas y, precisamente, por una organización que no tiene a su cargo la reconstrucción material de España. En efecto, la Jefatura Provincial del Movimiento de Madrid, desde 1943 ha llevado a cabo las obras que quedan aquí reseñadas cumpliendo un programa que, trazado en 1943 por la Junta de Obras Sociales, bajo la dirección de Carlos Ruiz, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Madrid, culminó el 18 de julio de 1951 con la inauguración por el Caudillo de España del Grupo Escolar de Chinchón. Esta tarea complementa así las realizaciones—que no se reflejan aquí—de los organismos dedicados a la reconstrucción española, como Regiones Devastadas, Obra Sindical del Hogar, Instituto Nacional de la Vivienda, y muestra bien patentemente la preocupación que en el Movimiento Nacional existe, rebasando incluso el marco propio del Estado, por la elevación de las condiciones materiales de existencia del pueblo español. Así, en silencio y sin algaradas de juegos florales, se han ido poniendo en funcionamiento—todo construído de nueva planta, en ocho años de esfuerzos ingentes, desamparados del mundo—140 grupos escolares con más de 300 clases, 30 viviendas para maestros, 26 Ayuntamientos, 6 lavaderos, 1 matadero, 3 cementerios... Se ha llevado el agua a 36 pueblos, la luz a 6, el teléfono a 5... Nueve pueblos han sido enteramente urbanizados... 50 iglesias que el sectarismo derribó, han sido reconstruídas.... 17 Ayuntamientos y 7 cementerios en ruina han quedado reparados... En todas las provincias españolas—se ha escogido esta de Madrid como un ejemplo concreto—se trabaja a un mismo ritmo. Como resultado de los cuadernos de necesidades provinciales elaborados por cada uno de los Gobiernos Civiles se ha trazado el Plan Nacional de Ordenación Económicosocial, recogido ya parcialmente en los planes ministeriales en curso. Sin demagogias, pero también sin desmayos, una nueva España empieza ya a germinar rompiendo la maldición de años y años de abandono.

La pequeña gran revolución de una provincia



EN TORREJON DE ARDOZ, VILLA DE 2.718 HABITANTES QUE DISTA 20 KM. DE LA CAPITAL ESPAÑOLA, se ha alzado este Grupo Escolar; uno de los 40 construidos en la provincia de Madrid por la Jefatura del Movimiento, bajo el mando de Carlos Ruiz. Las fotografías marginales, todas correspondientes a pueblos de la provincia de Madrid, muestran bien claramente qué situación se ha remediado así. Ya en 1898 gritaba Joaquín Costa «¡Escuela y Despensa!», poniendo el dedo en la llaga de la decadencia española: hambre de pan y de libros. Los políticos de la Monarquía y de la República sólo se preocuparon, un poco, de las ciudades que daban más votos. Del campo nadie se acordó. Sin embargo, a menos de una hora de automóvil del Parlamento estaba la realidad de una España olvidada, contra la que hoy se lucha.



ESTOS MUCHACHOS QUE AQUI JUEGAN AL FUTBOL, EN CAMPO REGLAMENTARIO, NO TENIAN AÑOS ATRAS más contacto con el deporte que el que pueda proporcionar el salvaje entretenimiento de coger nidos, por ejemplo. Si aun hoy no lucen una técnica deportiva depurada, lo logrado es gigantesco. Pero no sólo se han hecho Escuelas. El Programa de Obras Sociales que culminará el 18 de Julio de 1951 con la inauguración por el Caudillo de España del Grupo Escolar del pueblo de Chinchón, supone también: 26 nuevos Ayuntamientos, y otros 17 reparados, 6 lavaderos, 3 cementerios, 29 bloques de viviendas protegidas, 50 iglesias reconstruídas; obras ya totalmente terminadas. 36 pueblos que no tenían agua, hoy la tienen, y potable. Y cinco de ellos han recibido, ahora, por vez primera, la luz eléctrica y el teléfono.

Nueva escuela de Puebla de la Sierra (330 habitantes).



Vieja Escuela de Ajalvir. A 25 Km. de Madrid.



Nueva Escuela de Ajalvir (780 habitantes).



Escuela antigua de Villarejo de Salvanés. A 50 Km. de Madrid.



Grupo escolar nuevo de Villarejo de Salvanés (4.380 habitantes).



Vieja escuela de San Mamés. A 65 kilómetros de Madrid.



Nuevo Grupo Escolar de San Mames (200 habitantes).




Nueva Escuela de Piñuecar (349 habitantes).


Vieja escuela de Tielme. A 44 Km. de Madrid.


Nueva Escuela de Tielme (1.731 habitantes).


Vieja escuela de Canencia. A 83 Km. de Madrid.


Nuevos Grupos Escolares de Canencia (758 habitantes).


Ayuntamiento viejo de Puebla de la Sierra. A 98 Km. de Madrid.


Ayuntamiento nuevo de Puebla de la Sierra (230 habitantes).





MIENTRAS LOS ALUMNOS DISFRUTAN LA PISCINA SUS PADRES PIENSAN CUAN distinto era todo antes: Promesas de los diputados, discursos de los senadores... Si había un poco de suerte, hasta una primera piedra a bomba y platillo, palabras, palabras... Pero ¿cuándo la escuela? ¿Cuándo el matadero? ¿Cuándo la fuente? ¿Cuándo el alcantarillado? Todo esto se empezó hace poco en silencio y en silencio se inauguró: con la última piedra, la primera clase.



EN MILLARES DE PUEBLOS ESPAÑOLES, LOS NIÑOS CONOCERAN UNA INFANCIA INFINITAMENTE mejor que la de sus padres; basta contemplar en los márgenes las fotografías de las nuevas escuelas. Mucho a mucho, la costra de tres siglos de continua decadencia es raída por el impulso de un Movimiento que cree en su misión redentora.





LA NIÑA PUEBLERINA DE ANTAÑO TAMBIEN SERA DESTERRADA. LA DE HOY CRECE EN EL DEPORTE y entre los libros. Dos selecciones femeninas juegan al baloncesto mientras los niños disputan un partido de frontón, deporte varonil nacional. El Maestro puede enseñar sin más preocupaciones: buena escuela, excelente material pedagógico, con su vivienda en el mismo edificio y con una retribución elevada en mayor proporción que a ninguna otra profesión.





Esta es la vieja escuela del mismo Torrejón de Ardoz. El maestro la cierra definitivamente. No es sino el recuerdo de un pasado del que la España actual no es culpable. Por aquí también pasó la II República española, la de los «intelectuales».



JUNTO A LOS LIBROS, LA ORACION, la costura y el deporte, las flores.


Nueva Escuela de Buitrago (574 habitantes).


Escuela vieja de Pinto. A 21 Km. de Madrid.


Nueva Escuela de Pinto (3.590 habitantes).


Escuela vieja de Gascones. A 80 Km. de Madrid.


Nuevo Grupo Escolar de Gascones (145 habitantes).


Escuela vieja de Torres de Alameda. A 33 Km. de Madrid.


Nuevo Grupo Escolar de Torres de Alameda (1.098 habitantes).





EL CASTILLO DE SAN SERVANDO, ORILLAS DEL TAJO, EN TOLEDO, HA SIDO donado por el Jefe del Estado español al Frente de Juventudes. En él se instalará la Academia. El director del Centro explica una lección al pie de uno de los históricos torreones.

La mirada clara y lejos y la frente levantada

UNA ACADEMIA DE CULTURA DEL FRENTE DE JUVENTUDES



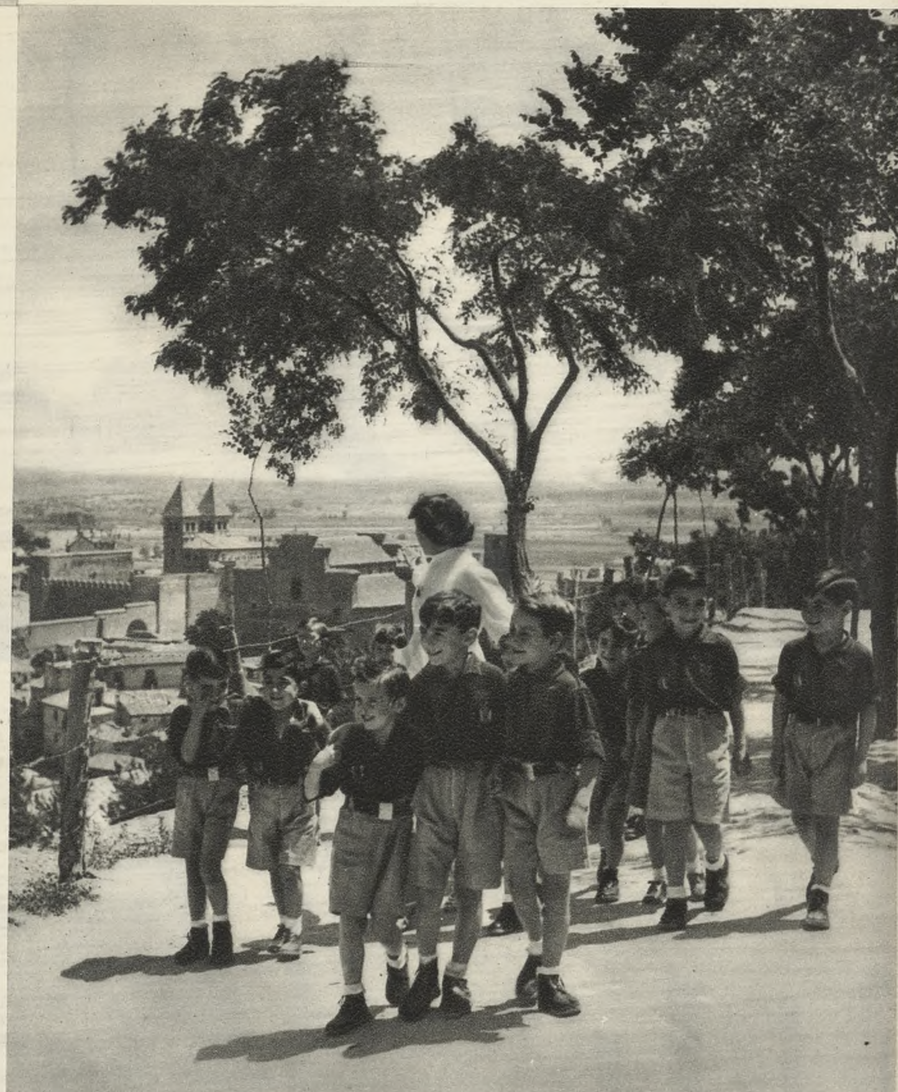
EL aprendiz de un oficio, el hombre que en plena juventud ha de lanzarse al taller, al campo o a la mina para subvenir a sus necesidades y a las de su familia y para especializarse en el ejercicio de unas tareas manuales, tiene planteado en España, como en todo el mundo, el problema de su formación cultural. Ha de dejar la escuela en plena adolescencia para entregarse a su trabajo. Frente a esta clave de la falta de formación cultural, el Frente de Juventudes ideó y puso en práctica sus Academias, de las que actualmente funcionan cincuenta en España: una por cada capital de provincia. En ellas, los aprendices, los jóvenes obreros, amplían gratuitamente sus estudios en horas compatibles con sus trabajos. El programa cultural y deportivo es amplio y se desarrolla sistemáticamente, al par que al alumno se le proporcionan enseñanzas particulares que han de serle útiles en el ejercicio de la profesión en que se está especializando.

Como ejemplo de esta obra puede tomarse la Academia de Toledo, impulsada personalmente y en forma tal por don Blas Tello, Gobernador civil de la provincia, que ha rebasado ya los objetivos inicialmente señalados a estos centros de enseñanza, puesto que la misma atiende a la formación incluso de quienes no reúnen aquellas condiciones de aprendizaje. En la actualidad, la Academia toledana del F. de J. cuenta con más de cuatrocientos alumnos, divididos en infinidad de clases, en las que alternan niños y muchachos de todas las procedencias sociales. En el presente curso cuenta con 11 alumnos hijos de abogados e ingenieros; 33, de obreros y empleados; 19, de viudas; 32, de agricultores; 99, de empleados; 42, de militares (en Toledo se encuentra la Academia de Infantería); 12, de médicos y veterinarios; 11, de empleados de Banca; 14, de mecánicos; 4, de maestros; 28, de industriales, etc., etc.

La Academia—de la que han salido ya maestros, abogados del Estado y médicos, de origen humilde en su mayor parte—, sigue en sus cursos para analfabetos un procedimiento eficacísimo y pedagógicamente revolucionario, del que es autor el señor Sanabria, director del centro, y por el que ya se han interesado diversos organismos del extranjero. Por el «Método Sanabria», fundado en parte en las onomatopeyas, los analfabetos (sean niños de tres o cuatro años, o adultos), aprenden a leer y escribir correctamente en quince días. En la clase inicial—para niños de cuatro y cinco años, y a la que corresponden algunas de las fotografías que van en esta página—todos los alumnos saben leer y escribir de modo sorprendente. Esta obra puede presentarse asimismo como uno de los instrumentos con que la España de hoy lucha contra el abandono de los últimos siglos de que es símbolo Deleitosa de «Life».



LA ACADEMIA DEL F. DE J. DE TOLEDO, ES UNA DE LAS MAS FAMOSAS DE ESPAÑA por sus originales y eficaces procedimientos pedagógicos. La «foto» recoge un ángulo de una de las clases para niños de cuatro y cinco años. Todos saben leer y escribir: «No hay retrasados mentales», es el principio del director, Sr. Sanabria. En primer término, de izquierda a derecha, los niños Pedro Martínez Meneses (hijo de un obrero), Miguel Angel González (hijo de un capitán del Ejército) y Francisco Pérez Payá (hijo de un empresario de «cine»). Con la profesora, atentos a las indicaciones y en pleno ejercicio, Pedro Martínez Hernández (hijo de un obrero pintor) y Fernando del Buey (hijo de viuda).



EN LA ACADEMIA DEL F. DE J. DE TOLEDO, ALGUNAS CLASES SE DAN A VECES al aire libre, de paseo por los espléndidos miradores de la ciudad, donde se hallan vivos los recuerdos de tres civilizaciones. Miguel Angel González de la Puente, Francisco Pérez Payá y Pedro Martínez Meneses van en primer término. Tras ellos, a la izquierda, Fernando del Buey y Pedro Martínez Hernández. A la Academia no se llega por una posición social, sino por riguroso turno de solicitud. En una de las clases de Bachillerato, y en la misma mesa, se hallan sentados Angel Murga García (hijo de un ebanista), Angel de Castro Santos (hijo de un ordenanza) y Blas Tello Mansilla (hijo del Gobernador civil de la provincia de Toledo).



CRÓNICAS (IMPOSIBLES) DE LA ESPAÑA QUE ENTERNECERÍA A "LIFE"

Se supone que el comunismo ha triunfado en España, el poder es ocupado por un individuo conocido por «El Campesino», que durante la guerra de liberación española pasó de la nada a general. «El Campesino» (Valentín González) vivió muchos años en Rusia, al servicio del Kremlin, estas supuestas crónicas de una periodista norteamericana muestran muy levemente lo que sería en aquel imposible caso la «vida» en España.

Madrid.—(Crónica de Mistress Anna Smith, enviada especial del «New Look»).

Contra mis propósitos, esta primera crónica que envío al «New Look» no está escrita aún desde España. Hube de detenerme en Bayona de Francia porque se han presentado algunas dificultades para el paso de la frontera. A pesar de que mis papeles están en regla y de que nada se opondría, en definitiva, a que logre penetrar en el territorio de las Repúblicas Populares Españolas, tengo que reconocer que descuidé varias pequeñas formalidades por ignorar que eran imprescindibles. He tenido que llenar un cuestionario en el que había algunas preguntas imprevisibles, entre ellas si tenía amistad con algún cura y si entre mis conocimientos físicos o químicos figuraban algunas nociones relacionados con los átomos.

El que me interrogó acerca de éstos y otros extremos fué el señor cónsul de las Repúblicas en persona. Se trata de un hombre muy inteligente que, antes de la revolución se dedicaba a hacer trabajos muy curiosos con fibras de cáñamo y esparto, obteniendo esteras y hasta una especie de calzado llamado *al par jatas* (así me lo escribió en un papel), que producían un gran alivio en los cansados pies de los proletarios. La meritoria preocupación que tal trabajo suponía en favor de las clases más modestas de la sociedad fué tenida en cuenta y premiada con el puesto que ahora ocupa y que no representa sino un escalón en su carrera, ya que se habla de él para ocupar el cargo de embajador en Belgrado.

Fiel a la verdad, declaré que conocía y aun había saludado más de una vez a Mister Thompson, sacristán de una iglesia de Ohío, y el señor cónsul, aunque pareció meditar un instante, no dedujo del hecho ninguna objeción hostil, lo que me llevó a pensar que se ha exagerado mucho acerca de la intrasigencia de estos funcionarios del régimen español.

En cuanto a mis conocimientos físico-químicos se mostró más escrupuloso. Debe tenerse en cuenta que, según me explicó amablemente, el espionaje internacional es muy activo en cuanto a estas materias se refiere, y al manifestarles mi creencia de que en España no se han hecho ni se hacen investigaciones cuyos resultados puedan tentar la curiosidad ajena, me dijo:

—Eso no es absolutamente cierto. Yo soy levantino y debo proclamar orgullosamente que muchos años antes de que se pudiese soñar en la bomba de hidrógeno, las tracas conmovían toda Valencia. Una traca es una invención terrible. Ha producido muchas sorderas y supongo que habrá derribado algunas casas. Pero, en fin, no se trata de nuestras experiencias sino de los conocimientos que usted misma pueda traer y que me vería obligado a considerar como contrabando espiritual. ¿Me negaría usted el derecho a registrar sus maletas? Pues más legítimo aún es el de registrar su cerebro para que no introduzca en nuestro país nada que pueda perjudicar la causa del pueblo. Así que, si sabe usted algo del átomo me lo escribe aquí, en un papelito, y me lo deja, que ya se lo devolveré cuando pase, de retorno, la frontera.

—Yo—le confesé—no sé del átomo sino que es muy pequeño.

—¡Ah! ¿Muy pequeño? Eso es muy vago. ¿Cómo cuánto de pequeño?

—Infinitamente pequeño.

Tomó una nota. Después quiso ver mis papeles. Los dólares que yo llevaba en la cartera retuvieron sus miradas.

—¿De modo—descubrió—que estos trocitos de papel son los medios de que se vale el feroz capitalismo y el odioso imperialismo norteamericano para sojuzgar al mundo?

No pude negarlo. Enmudecí y bajé la cabeza. Cuando volví a alzarla los billetes habían desaparecido en un cajón.

—Por el momento—decretó el señor cónsul—no debo permitir que este tentáculo del capitalismo penetre en la República Popular. Sería peligroso.

En seguida me informó de que, pasados algunos días, podría volver a recoger el pase de frontera.

Dos semanas permanecí en aquel pueblo y en sus alrededores y, a fuer de imparcial, debo decir que, comparando tal plazo con el que nosotros imponemos a los inmigrantes encontré que aquí nos superan en amabilidad, porque ni me recluyeron en ninguna isla ni me preguntaron si padecía alguna enfermedad ni si proyectaba atentar contra el mariscal González—jefe del Estado, como es sabido—, mientras que en los interrogatorios que nosotros obligamos a suscribir a quienes nos visitan, no falta una análoga pregunta. Y esto es muy recomendable, porque si de un buen demócrata se inquiere: «¿Intenta usted asesinar al Presidente?», y el buen demócrata responde «No», ¿cómo va después a asesinar al Presidente?

Creo haber aprovechado bien la espera, ya que la empleé en hacer observaciones relacionadas con mi deber informativo. Aún no estaba en España, pero hasta allí trascendían sus asuntos. Es lo mismo que cuando no se ve la luz pero sí el resplandor que de ella brota. En el sur de Francia es posible registrar consecuencias de lo que ocurre al otro lado de los Pirineos. Uno de los fenómenos más repetidos y comprobables es la fuga de ciudadanos de las Repúblicas Populares hispánicas. Trepan por los montes o se lanzan al mar para pasarse a territorio galo, a pesar de que aquí los llevan a campos de concentración. Los enemigos del mariscal González se esfuerzan en deducir de la huída de tales sujetos disgusto contra su gobierno, y hablan de hambre y de calamidades. Pero yo no vine a recoger murmuraciones sino a contar objetivamente lo que veo y a aplicarle, en todo caso, mi buen juicio de norteamericana que desea el bien de todos los humanos. Y yo digo que los rumores de que los españoles escapan porque no tienen qué comer se avienen mal con las proezas deportivas que realizan. Escalar los Pirineos no es una broma, y ellos lo hacen; lo mismo que vienen a nado desde Fuenterrabía y aún desde Pasajes, y he oído hablar de uno que, con el miedo por motor, llegó a Bayona desde la playa de Gijón. He concluído por pensar que la República convirtió a España en una nación de alpinistas y de nadadores sin igual en el mundo. Aunque otra cosa no fuese, esto bastaría para merecerle la admiración de los pueblos cultos.

El gobierno del mariscal González no ve con agrado estas excursiones porque dice que si todos los puntillosos descontentos, que no saben lo que les conviene porque están idiotizados por tantos siglos de régimen burgués, se ponen a gatear montañas y a hacer el somormujo cuando va a inaugurarse el plan quinquenal (cuya primera acción consistirá en llevar en cubos el agua del Ebro a los ásperos campos de Los Monegros, donde van a explotarse grandes plantaciones de girasol, de cuyas pepitas se alimenta del 90 por 100 de la población española) no quedarían brazos ni piernas para reconstruir el país. Y no le falta razón.

Por tanto, no es extraño que se procure activamente la repatriación de los fugitivos. Este afán de recuperar lo que les pertenece produce en ocasiones ciertos errores cuya importancia no hay que exagerar. Hace diez días, un grupo de agentes del mariscal le echó un saco por la cabeza a Míster F. Y. Harris, corresponsal norteamericano de la revista *Yes*, y se lo llevaron en un coche, confundiéndolo con un reaccionario de Jerez que había conseguido fugarse. Hasta ahora no se sabe nada de Harris, pero en cierta manera la culpa es de Harris que, sobre ser moreno y gustarle el vino, desconoce el castellano hasta el punto de no poder ni aun decir que no es español. Comprenderán ustedes que si le dicen: «Usted es un retrógado jerezano» y él contesta *New York Herald* u otra frase análoga en inglés, no hay medio de que se den cuenta de la equivocación. Confiemos en que cuando nuestro compatriota, Míster Harris, aprenda el castellano lo suficiente para contar su historia, las democráticas Repúblicas Populares Ibéricas lo dejarán en libertad. Yo así lo espero y me complazco en trasladar esta buena impresión a su mujer y a los cinco hijos que le aguardan en Boston.

El magnífico régimen de las pepitas de girasol

Madrid, 25.—(Crónica de Mistress Anna Smith, enviada especial del «New Look»).

Ya estoy en España. Mi paso por la frontera ofreció ciertas dificultades de las que sólo mi maleta tuvo la culpa, porque abierta ante los aduaneros populares resultó estar llena de artículos sospechosos. Como me dijo la matrona popular encargada de registrarme, lo mismo mi traje de calle que mis zapatos, que mi capa de piel de gatos del Canadá y mi cepillo para los dientes denunciaban ante el menos sagaz un alma corrompida por preocupaciones burguesas. Cada uno de los funcionarios que intervinieron en tales operaciones me fué dando el buen consejo de dejar allí, en su poder, aquellas prendas que más podían comprometerme, que casualmente eran las que más habían despertado su interés.

Me resistí y busqué un *porteur* que quisiera cargar con mi equipaje. Había, en efecto, sentados en cuclillas a lo largo del andén, varios mozos que, tras contemplarme a mí y a mi maleta, no se movieron. Me acerqué al primero de la fila y lo arrastré conmigo. Quitóse la gorra, escupió en las manos, cogió la maleta por el asa, hizo un esfuerzo y la volvió a dejar.

—Imposible—suspiró.

—Apenas pesa veinte kilos—dije—. Es de avión.

Movió la cabeza.

—No hay entre todos estos que aquí estamos uno sólo que pueda llevarla hásta el otro tren—aseguró.



—Entonces, ¿qué hacen aquí?—pregunté, más por despecho que por afán informativo.

—Por costumbre. Y también por si algún viajero quiere desprenderse de su merienda. Todos hemos pasado muchos años acarreando maletas tan grandes como un vagón y baúles que eran como el monte Igueldo. Entonces devorábamos docenas de chipirones, cazuelas de changurro, bistés de Villagodio, que a primera vista parecían almohadillas para viaje. Y bebíamos tanta sidra que. al andar, producía en nuestro estómago un rumor parecido al de las olas en la Zurriola de San Sebastián. Eran tiempos en que estábamos, sin saberlo, corrompidos por las ideas capitalistas anglosajonas. Hasta tal punto que nos sentíamos desventurados si alguna vez—como solía ocurrir a los más débiles—nos mordía un ardor de estómago provocado por las especies del changurro o por la tinta del calamar o por los ácidos de la sidra. Nuestras ideas estaban nubladas. ¡Mire usted que quejarse de un ardor de estómago! ¡Ah, cuánta nostalgia de ellos tengo y tenemos todos!... ¡Quién pudiera volver a sentirlo!... Comienza, ¿sabe usted?, con un calorcito..., y luego... así como si se nos diesen unos arañacitos... y le vuelve a usted al paladar el regusto de lo que se ha comido... Pero me parece que usted bien sabe de lo que se trata. ¿Qué comen en su país?

—Conservas—respondí orgullosamente.

—He oído hablar. Bien..., cuando no hay otra cosa. Pero... allí son ricos. Tendrán chorizos de Pamplona, ¿no?

—No. ¿Qué es?

—Una cosa que se masca y se siente una delicia..., un perfume..., un sabor... Y hasta puede llevar usted un trozo en el bolsillo por si quiere distraer el hambre entre horas.

—¡Ah, ya sé! El chicle. Sí: tenemos chicle.

—Pues es una suerte.

—Bueno...: la maleta.

—En aquel tiempo de que le hablo podía yo llevar esa maleta y a usted sentada encima, con una mano y cantando un zorzico. Pero desde que estamos atenidos al régimen popular revolucionario de las pepitas de girasol, no tengo fuerzas ni para andar con la llave de mi portal en el bolsillo. Dicen que dos docenas de esas semillas representan más calorías que una tortilla de patatas, que era una cosa que había antes, que ya no recuerdo si consistía en un postre de dulce o en un manjar corriente. Sin embargo, no sé qué me pasa con las calorías esas que no me sientan. Sólo deben de ser buenas para los huesos, porque ahora me salen por todas partes.

Tuve una idea. Abrí mi bolso de mano y le ofrecí a aquel hombre un emparedado, resto de mi refacción.

De un bocado, ávidamente, tragó la mitad.

—Ahora podré llevarle a usted la maleta—aseguró—. Muchas gracias.

La alzó, pero para volver a dejarla, asustado. Ante nosotros había aparecido un agente de la Policía Popular. Rápidamente, el mozo de tren tragó con disimulo la otra mitad del emparedado.

—¿De qué hablaban?—indagó el policía.

—De la maleta—balbucí, sorprendida.

—¿De qué hablaban?—insistió dirigiéndose al maletero.

El hombre no pudo contestar, quizá porque la falta de costumbre retrasase la deglución del bocado. El agente inclinó la cabeza para mirarlo de cerca.

—¡Tú estabas comiendo!—diagnosticó.—Por aquí va el pan..., pan blanco... ¡Caramba; y jamón también! ¡Niégalo si te atreves! Por aquí va el jamón...

A mi vez, observé la garganta del maletero, fruncida en pellejos tan finos que se hacían translúcidos, y ví claramente cómo el delgado trozo de jamón se denunciaba, bajando lentamente.

—Usted le dió jamón—continuó el policía—. ¿Cómo tiene jamón? ¿Y por qué lo da? Se trata claramente de un soborno. Usted es una espía. ¿Qué quiso saber de este ciudadano? ¡Vengan conmigo!

Y nos llevó. Perdí el tren y casi puedo decir que perdí la maleta porque cuando me la devolvieron todo lo que en ella había estaba inservible. Habían descosido los trajes, bañado la ropa interior en un líquido que debía revelar, si existiese, cualquier escritura secreta, las suelas y tacones de los zapatos estaban desprendidos y el tubo del dentífrico, sin pasta, porque lo vaciaron para saber si algo se ocultaba entre ella.

Pero no me ofendí. Al despedirme, di un fuerte *shake hand* al Comisario y le dije:

—Las democracias han de defenderse por todos los medios. Me complace haber conocido tan escrupuloso funcionario. Hablaré de usted en mi periódico. ¿Cómo se llama?

—Vete al cuerno—respondió ocultando modestamente su nombre bajo esa fórmula de amable despedida que los españoles emplean con frecuencia y que no tiene traducción comprensible en la lengua de Shakespeare y de mistress Roosevelt.

Ya en el tren me sentí feliz por ir a encontrarme en el corazón de la España que abandonó sus viejas tradiciones para incorporarse con su Federación de Repúblicas Populares a la enorgullecedora lucha por el Progreso. Fácil será ahora que reniegue de sus tremendos errores, entre los que descollaba aquel de afirmar que un viejo marino llamado Cristóbal Colón fué quien descubrió nuestra amada América con la ayuda de los Reyes Católicos. De nada sirvió que en nuestras conmemoraciones oficiales hayamos opuesto a este *cauard* un adusto silencio y hasta la afirmación de que es a los italianos y no a los españoles a quienes debemos el haber sido revelados al mundo. Orgullosamente, España se aferró a su absurda historieta y aún llegó a decir que ella protegió con leyes cristianas a los indios y que, en cambio, nosotros los exterminamos con el alcohol y los fusiles. ¡Cómo si no se viese claramente lo que ocurrió, consignado con abundancia de detalles, en las películas del Oeste! Apena pensar que todos los costosísimos esfuerzos realizados en Hollywood—hasta en tecnicolor, para mayor claridad—en pro de la verdad de cuanto sucedió entre nosotros y los indios, no hayan logrado iluminar el entendimiento de esta nación papista e inquisitorial.

Pero todos estos prejuicios van desapareciendo con

la Revolución que puso al país en manos del Mariscal González y sus amigos. Nadie habla de Colón, naturalmente, pero también pude comprobar un síntoma más impresionante: ya no se torea en las vías públicas. Todos sabemos que una bárbara costumbre empujaba a los españoles a capear y estoquear en las calles y plazas de sus ciudades a infelices reses embravecidas por el dolor que les producían clavándoles arpones, navajas, anzuelos y sacacorchos, entre insultos y befas insoportables. Pues bien, yo puedo asegurar que en todo el tiempo que pasé en estas tierras no he conseguido ver un sólo hombre vestido de torero. Me han informado de que la última hazaña de esta índole ocurrió años después de proclamarse la Federación de Repúblicas y en la Plaza de Madrid, donde un toro fué fogueado—lo que acostumbraba hacerse para castigar a las reses de buenos instintos que se negaban a acometer, y así evitar que su conmovedor ejemplo contagiase a los toreros.—. Los cohetes chamuscaron la piel del animal y no tardó en pasearse por los tendidos, llevado por el viento, un apetitoso olor a carne asada. Los espectadores, con las narices dilatadas, analizaban aquel perfume ya olvidado, cuando alguien gritó:

—¡Huele a rosbif!

Y el público, enardecido por la nostalgia, arrebatado por una gula nazi, se tiró al ruedo, en masa, para llevarse algunos bocados del toro. Los padres azuzaban a sus chicos, diciéndoles: «¡Ven, hijo mío: vas a probar la carne asada!». Las mujeres lloraban acordándose de los tiempos pasados y los hombres luchaban en torno al cornúpeto abrasado.

En aquel tumulto murió el jefe de la guardia personal de González, el director del «Boletín Oficial de la República» y cinco o seis personajes más.

Desde entonces se prohibieron las corridas. No quedaban más que diez toros y siete vacas en las dehesas y fueron conducidos a la ganadería particular del Mariscal, bien vigilados. Aun así, rara es la semana en que los enemigos del régimen de pepitas de girasol no les cortan algún bisté. Pero ya no es la barbarie de antes. Supongo que se alegrarán de esta noticia las sociedades protectoras de animales y el presidente de la Confederación de Boxeo.

En el tren no había más que clase única, de lo que se demuestran legítimamente orgullosos los dirigentes de la Federación hasta el punto que uno de los *slogans* más divulgados es el que dice: «Ciudadano: Antes tenías que soportar la desigualdad en los trenes; ahora ya está suprimida. Por ahí se comienza».

En realidad, en los trenes todos los viajeros son iguales. Cada uno puede recostarse en el vecino para dormir y poner los pies en el banco de enfrente; y a nadie se le ocurre indignarse contra un niño que haga pis en el departamento, porque si uno quiere, puede hacerlo también.

Me llevaron a conocer en San Sebastián algunas reformas ya triunfantes. Por ejemplo: en la cumbre del monte Urgull, donde se alzaba un monumento a Jesucristo, muéstrase una gigantesca cabeza de Carlos Marx cuyas barbas alborotadas ofrecen una particularidad: miradas desde la derecha, componen la silueta de Stalin, y desde la izquierda, la del mariscal González, lo que la gente admira y considera como prodigio no superado del arte.

Al segundo día de viaje, detúvose nuestro tren en un pueblecillo de la provincia de Burgos, lo que causó en él grande alarma, porque siempre se inutilizaba dos o tres estaciones antes. Pero, como pudo saberse después, el haber llegado unos kilómetros más lejos en esta ocasión debióse a que la locomotora era una de las tres que remendó el gobierno popular con los veinte millones de dólares que le concedimos los norteamericanos—al igual de lo que hicimos con Tito—para favorecer el avance de las democracias. De estos millones salieron las quince tuercas y ocho o diez tubos indispensables para que arrancasen tres locomotoras. No puedo dar detalles del empleo que se dió al resto del dinero porque se considera un secreto de Estado.

Cuando los vecinos vieron que nos deteníamos, diéronse a correr por los campos, llevando cada uno ora unas mazorcas de maíz, ora una gallina, ora prendas de ropa, como si intentasen esconderlas, y esta dispersión impidió que pudiese interrogarles para componer una información acerca de la vida en los pueblos pequeños. Sólo pude hablar con un anciano cojo y quizá demente porque se empeñó en que yo iba a hacer una requisa y me juró que no tenía más que un queso y que estaba dispuesto a entregármelo si no lo apaleaba. Le dije que yo era norteamericana y entonces se llevó un índice a uno de sus párpados, tiró de él hacia abajo y habló así:

—¿Crees que voy a caer en la trampa, camarada? Sé muy bien lo que tengo que decir. ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Muera el capitalismo anglosajón! ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Muera el capitalismo anglosajón!...

Y no cambió de estribillo. Ya me había alejado, aburrida, cuando me alcanzó, corriendo cuanto puede correr un cojo y añadió:

—Disculpe. Se me había olvidado. ¡A la cárcel los destructores de Corea!

Y sonrió como el niño que cree haber triunfado en un examen. Me sentí conmovida.

Cuarenta horas después nuestro convoy estuvo en condiciones de reemprender la marcha. Salí del pueblo sin haberme impresionado nada que fuese coincidente con mis intenciones. Alguien quiso mostrarme las ruinas de tres iglesias incendiadas. Pero mi experiencia profesional me enseña que estos son trucos que utilizan los oscurantistas para su propaganda contra la libertad de los pueblos.

De modo que... me negué a verlas.

Entrevista con el Mariscal González

Madrid, 28—(Crónica de Mistres Anna Smith, enviada especial del «New Look»)

Acabo de celebrar la ansiada conferencia con el mariscal González, Presidente de la Federación de Repúblicas Populares de España. Este fué el principal, casi el único motivo de mi viaje y me encuentro satisfecha de sus resultados.

No es empresa fácil la de ser recibida por el mariscal. El palacio en que habita es sin duda la residencia presidencial más grande del mundo. Como es sabido, después de inspeccionar varias antiguas mansiones señoriales—muchas de ellas opulentísimas y de afamada arquitectura—dentro y fuera de Madrid, se decidió por el enorme edificio que hasta entonces ocupaba la Compañía Telefónica. Es un rascacielos que sin duda no se puede comparar a los que suben hasta las nubes en Nueva York, pero que descuella sobre todas las casas de Madrid. Se dice que el mariscal lo eligió por su carácter democrático—«Esto parece un pueblo puesto de pie», se cuenta que exclamó al verlo—y también porque después de haber luchado muchos años con las incomodidades de los pisos pequeños, ya le apetecía vivir con holgura.

En la gigantesca morada se han instalado todos los servicios directamente ligados a la Presidencia. Se obstruyó el paso en sus alrededores y se abrió una comunicación subterránea con el «Metro» cuya línea número 1 ya no funciona para el público sino para el mariscal y sus más próximos auxiliares. En la que fué estación de San Luis hay siempre un vagón de lujo preparado para el caso de que el presidente, aburrido por tantas preocupaciones como el cargo le impone, resuelva dar un paseo por toda la extensión del túnel, en el que le acompaña el comisario de Turismo.

Se dice—pero no lo pude comprobar— que cuando alguno de sus colaboradores cae en desgracia y no es de buena política destituirlo, por contar con muchos partidarios entre las masas, el mariscal extrema con él sus consideraciones y lo llama, para consultarle, seis o siete veces cada día. Pero le suprime el ascensor. El despacho del Mariscal está en el último piso y son muchos los que hay que subir para llegar hasta tal altura. El personaje, ante el que el jefe de la guardia de ascensoristas se cuadra y da un taconazo a la prusiana para informar: «El ascensor no funciona, camarada», se siente instantáneamente infeliz. Y cuando el jefe añade: «Pero el mariscal le aguarda», el pobre hombre se lanza a la inacabable escalera de la Telefónica con la muerte en el espíritu. Se han encontrado trozos de muelas y de incisivos que saltaron a fuerza de rechinar los dientes, entre el cuarto y el quinto piso. Más arriba, ya no quedan fuerzas ni para eso.

Al cabo de cierto tiempo—que varía, según la resistencia individual—los sometidos a esta práctica dimiten, desoyendo los ruegos que se les hacen para que no abandonen su cargo. Existe, sin embargo, algún raro ejemplo de perseverancia. El camarada que administra la Hacienda Pública sube a gatas todos los peldaños desde hace cinco meses, diez veces diarias. Claro que



está hecho un asco y por poco que abra la boca se ve que ya tiene el corazón asomándose por la glotis.

Antes, el mariscal se divertía—un poco paternalmente—dejando caer objetos desde la terraza del ático y ordenando a este técnico de las Finanzas.

—Me cayó el mechero a la calle, Gutiérrez; ve a buscarlo.

Y así le obligaba a subir más veces. Pero ahora hay un pequeño grupo de paracaidistas que, cuando es necesario se lanzan desde el ático de la Gran Vía para atender cualquier encomienda urgente.

—Señor mariscal—dije al presidente cuando me permitió interrogarlo—, la prensa norteamericana transparenta el disgusto que en mi país producen los frecuentes movimientos subversivos a que se entregan las masas proletarias en la Repúblicas hispanoamericanas. Existe el recelo de que el gobierno de Madrid los provoque y ampare. ¿Puedo conocer su opinión?

—Es una cuestión muy delicada—declaró el mariscal—. La prensa capitalista de su país la explota para cultivar su política de confusión entre nosotros y las Repúblicas hispánicas. Resulta natural que veamos con simpatía los esfuerzos de aquellos hermanos. Nos sobran razones: un pasado común y unas aspiraciones también comunes en el presente...

—Pero es que en el Senado norteamericano se han presentado pruebas de que desde aquí se organizaron revoluciones y que aquí han sido preparados sus dirigentes en escuelas especiales. Y se ha publicado la fotocopia de un recibo de armas firmado por un jefe comunista del Brasil...

—¡Qué cinismo!—comentó el presidente de la Federación de Repúblicas Populares.

Y se rió con sarcarmo.

El comisario de Prensa, que asistía a la entrevista, hizo eco a aquella risa; dos generales de Estado Mayor que decoraban la puerta, rieron también; la guardia, que estaba al otro lado, rió con más fuerza junto al ojo de la cerradura, para ser oída; los centinelas que jalonaban los peldaños de la escalera, se solidarizaron con la hilaridad de su jefe, aunque no sabían de qué se trataba, y así hasta llegar al portero mayor, que lanzó una sonora carcajada. A dos transeúntes que en aquel momento iban por la acera y guardaron un aire serio, se les pidió la documentación y fueron detenidos.

La risa sarcástica volvió a ascender, de rebote, y cuando cesó esta apasionante muestra de identificación con el presidente, me dijo el mariscal:

—Me asombra ese cinismo de las potencias capitalistas. ¡Los suministros de armas!... ¿Es que no han facilitado ellas, incesantemente, armas a todos los países que les convenían y en todas las condiciones? No negaré que se las vendimos a Hispanoamérica, pero Francia, Inglaterra y los mismos Estados Unidos lo han hecho otras veces. En cuanto al funcionamiento de nuestras Escuelas y Universidades comunistas es absolutamente normal, y están y estarán abiertas a los ciudadanos de cualquier nación para esparcir la cultura y el progreso. A nadie puede extrañar que acudan a ellas mejicanos o argentinos o chilenos o colombianos. Lo raro sería que viniesen senegaleses.

—¡Ja...!—comenzó a hacer el comisario de Prensa, pero se corrigió, fingiendo carraspera cuando vió que el presidente conservaba un gesto grave.

—Nosotros—siguió el mariscal—tenemos muchos problemas comunes con las naciones hispanas de América. Y les ayudaremos a emanciparse del capitalismo, de las supersticiones religiosas y de los influjos del imperialismo.

—Pero es notorio que esa actitud inquieta y desagrada a mi país.

—Es comprensible, aunque también será innútil. Los pueblos hispanoamericanos se unirán en un poderoso bloque contra ustedes, bajo la inspiración comunista. España les ayudará. Ya hemos firmado tratados comerciales y alianzas militares con los gobiernos revolucionarios de Méjico y de Guatemala, ya se perfila el Pacto de Defensa del Caribe, ya tenemos en Madrid,



como embajadores a líderes del comunismo en América del Centro y del Sur.

—¿Y de los incidentes en la frontera portuguesa?

—No hubo incidentes. Lo que sucede es que Portugal quiere pasar a ser la República número 54 de la Federación. No se trata de agentes nuestros, como propalan nuestros enemigos, sino de que Portugal, como el mundo entero, admira y envidia nuestro régimen y desea incorporarse a él.

—Dígame, mariscal, ¿no están en la cárcel tres periodistas norteamericanos y uno inglés?

—Ciertamente. Faltaron a la «Ley contra la transmisión de noticias más o menos falsas». Pero esto no autoriza a decir que perseguimos a los enviados de la prensa extranjera. Precisamente estoy estudiando la posibilidad de rebajar a dieciocho los veinte años de trabajos forzados que se les han impuesto. Y, vea usted, apenas hace un mes, concedimos la condecoración del «Mérito Fetén» a Sam Pope, corresponsal del «New York Times» por sus crónicas rezumantes de devoción hacia nuestra República. Créame, Mistress Smith, se exagera mucho. Con eso de que están encerrados dos cardenales y diecisiete obispos más, los fascistas del extranjero están alborotando. ¡Pero, señor: si ellos han confesado sus culpas, si no tuvieron empacho en declarar que eran espías disfrazados y que tramaban un terrible complot y que estaban a sueldo de las potencias capitalistas!... Y todo espontáneamente, por su propia voluntad... ¿Qué quieren ustedes que hiciésemos?

—Y, ¿por qué el embajador de Rusia fué el único diplomático invitado a las recientes maniobras militares?

—Porque Rusia..., a pesar de todo..., sigue siendo la madre del proletariado consciente del mundo. Y con nosotros se porta muy bien. Ahora va a devolvernos los niños que se llevó de aquí durante la revolución del 36. Y lo hace con un espíritu de escrupulosa honradez del que se dará usted cuenta si le digo que como los niños que se llevó son ya viejos, nos mandará otros nuevos. Niños, verdaderos niños, de las mismas edades que los otros. Claro que... como en Rusia escasean, nos donarán chiquillos chinos, chinitos que adquirieron ahora del Tibet y de más allá del Tibet. Pero ya se sabe que todos los niños se parecen. ¿Qué más da? El caso es que si chiquillos se llevaron, chiquillos nos reintegran. A eso se llama ser decentes.

—Se sabe que los gobiernos de París, de Londres y de Wáshington presentaron reclamaciones acerca de la expropiación de Peñarroya, de Ríotinto, de la Telefónica... ¿Qué se les contestará?

—No admitimos negociaciones. No queremos oír nada a ese respecto. Por eso hace medio año que no recibo a los embajadores de tales potencias. Y si alguna vez vienen... no habrá ascensor.

—Sin embargo, la propiedad de esos bienes, señor mariscal...

—Oiga—me interrumpió—¿sabe que ya me están cargando sus preguntas?

—Pero, señor mariscal...

Entonces, con un movimiento lleno de esa maravillosa energía que este gran estadista pone en el gobierno de su país, me arrebató el sombrero y lo arrojó desde la azotea a la calle.

—Si quiere recoger ese chisme—me dijo—dése prisa en bajar porque dentro de diez minutos barren.

Esto quería decir que la entrevista había terminado. Lo comprendí con perspicacia yanqui. Salí. El comisario de Prensa, con aire distraído, me hizo caer con una zancadilla bien estudiada, y el señor mariscal se rió, sin duda para darme a entender que quedaba bien impresionado de mí.

Como yo lo estoy de este país que realiza un esfuerzo sorprendente para salir de la oscuridad espiritual en que estaba sumido y que tan enérgica y tenazmente le reprocharon nuestra Prensa y nuestros gobernantes, que por algo se negaron a prestarle otra ayuda que los sinapismos de sus ataques. Sin duda a tal terapéutica se debe la plausible reacción de España hacia el progreso y la democracia en que ahora vive y de los que procuré dar una idea en mis crónicas.